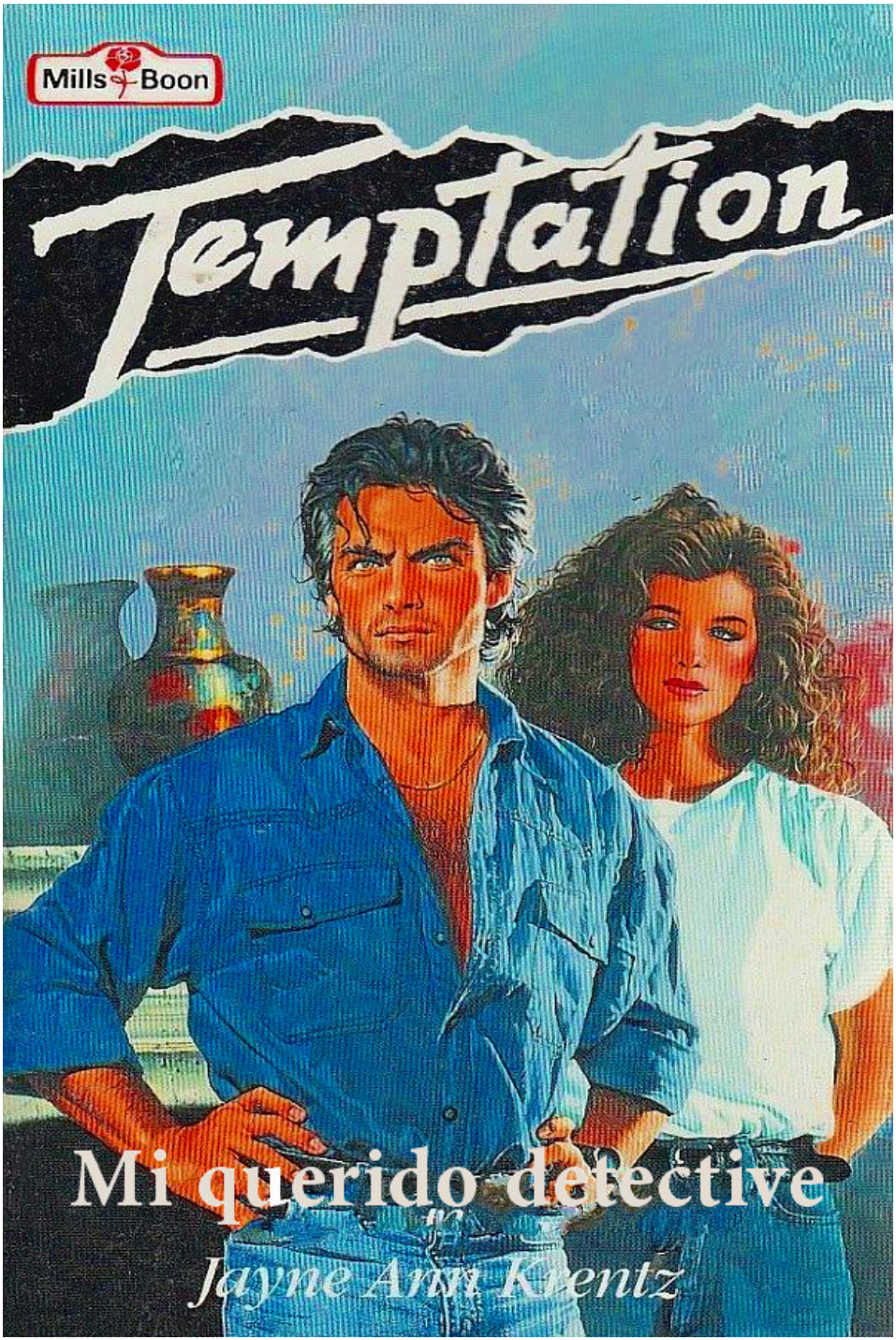
Mills & Boon
Temptation
Mi querido detective
Jayne Ann Krentz

Josh accedió a investigar los extraños sucesos que ocurrían en la encantadora posada de Maggie. Estaba seguro de que le caso no le llevaría mucho tiempo y podría dedicarse a cosas más importantes como descansar, recuperarse… y seducir a la atractiva Maggie. Pero se equivocaba… en lo referente al caso y en lo referente a la dulce Maggie: tendría que pagar un precio muy alto si no desempeñaba el papel de héroe.

Jayne Ann Castle Krentz

Mi querido detective

Super Julia - 66

(Multiautor Rebeldes y pícaros - 1)

ePub r1.0
LDS 31.01.17

Título original: *The private eye*
Jayne Ann Castle Krentz, 1992
Traducción: Ángeles Aragón López
Publicado originalmente: Mills and Boon Temptation (MBT) - 339 /
Harlequin Temptation (HT) - 377
Protagonistas: Josh January y Maggie Gladstone
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

Prólogo

Nunca compensa hacerse el héroe.

Josh pensó que algún día tendría que aprender la lección. Se sentó en el borde de la camilla de la sala de urgencias e hizo una mueca en dirección a la puerta cerrada. No estaba de buen humor. No le gustaban los hospitales y le gustaba aún menos saber que había sido lo bastante estúpido o desafortunado para terminar en uno.

Se recordó que podía haber sido peor. Si la navaja de Eddy Hodder se hubiera clavado unos centímetros más abajo, habría pasado la noche en el depósito de cadáveres.

Josh respiró cuidadosamente y frunció el ceño. El doctor le había dicho que sus costillas estaban contusionadas y no rotas, pero era difícil notar la diferencia. Quedaba por saber si el tobillo estaba fracturado o solo había sufrido una mala torcedura. Los resultados de los rayos X llegarían en cualquier momento.

Todo lo demás se lo habían curado sin grandes problemas. Le habían vendado el arañazo del hombro y limpiado con suturas la herida de la frente. Desgraciadamente, el anestésico local empezaba a perder efecto. Se dijo a sí mismo que le estaba bien empleado. No debería continuar con aquella profesión.

Seguía culpándose a sí mismo cuando se abrió la puerta y entró un hombre joven vestido con una bata blanca.

—Buenas noticias, señor January. Sólo es una torcedura. Se la arreglaremos y podrá marcharse pronto de aquí.

—Estupendo —murmuró Josh, observando su tobillo hinchado

—. ¿Cuánto tardaré?

—¿Cuánto tardará en qué? —preguntó el médico.

—¿Cuánto tardaré en poder andar con este pie?

—Tal vez pase algún tiempo —respondió el doctor—. Tendrá que descansar al menos una semana y luego quizá le moleste una temporada. Saldrá de aquí con muletas.

—¿Muletas?

El médico se volvió hacia él con una banda elástica en la mano.

—Podría haber sido peor. He oído que estuvo usted a punto de morir cuando entró en ese edificio en persecución de Eddy Hodder. La policía está ahora con él en otra sala. Si le sirve de consuelo, Hodder está mucho peor que usted.

—Sí, eso me hace sentirme mucho mejor —gruñó Josh.

—Eso pensaba. Pero usted tendrá que soportar algunos dolores durante una temporada. Eso no podemos evitarlo. Le daré algunas pastillas cuando se marche. Mi consejo es que se tome usted algún tiempo libre, señor January. Necesita unas semanas de descanso y relajación.

—Ya lo sé —murmuró el otro, observando al médico, que empezaba a trabajar en su tobillo—. Tranquilo. Eso duele.

—Lo siento. Le dolerá una temporada, ¿sabe? —anunció el otro, sonriente.

Josh lo miró.

—¿Le gusta su trabajo?

—Me encanta.

El paciente volvió a gemir en el momento en que el doctor le colocaba la banda elástica.

—Se nota —dijo.

* * *

McCray lo estaba esperando en el vestíbulo. Bajo, calvo y bastante rechoncho, McCray era lo más cercano a un amigo que tenía Josh. También era su socio en la Agencia de Investigación y Seguridad, una de las mayores agencias de seguridad privada del Pacífico noroccidental.

Su socio movió la cabeza al verlo salir con muletas.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Cómo te sientes?

—Fatal.

—Sí, ése es justo el aspecto que tienes. He firmado todos los papeles y ya he hablado con la policía. Les he hecho un informe completo. Podemos irnos.

Josh movió los hombros en un esfuerzo por acomodarse mejor las muletas. Lo único que consiguió fue que una oleada de dolor le recorriera la espalda.

—¿Está bien la chica?

—Sí, está bien. Dice que está furiosa contigo por haber arruinado su vida. Su novio, Hodder, estaba en libertad bajo fianza cuando se le ocurrió esa brillante idea del secuestro. Ahora volverá directamente a la cárcel y probablemente pase una larga temporada allí. Nuestro cliente, el padre de la chica, nos está muy agradecido.

—Envíale la factura mañana por la mañana. No nos irá mal aprovecharnos de su gratitud.

—¡Vaya! Esta noche no estás de muy buen humor, ¿verdad?

McCray abrió la puerta de cristal y Josh salió al aire frío de la noche.

—¿Sabes una cosa, amigo?

—¿Qué?

—Necesitas un descanso. Tal vez un mes o algo así.

—Escucha, McCray…

Su amigo levantó una mano.

—Hablo en serio, January. Estás cansado, herido y de mal humor. Lo que necesitas es un mes de descanso. Necesitas a alguien que te cuide. Necesitas comidas caseras y un ambiente relajante. En resumen, necesitas un cambio completo de escenario.

—¿Tienes algún plan especial en mente? —preguntó Josh, irritado.

—La verdad es que sí —repuso su amigo, abriendo la puerta de su viejo Oldsmobilé azul—. Entra. Tengo una carta que quiero que leas.

—¿De quiénes? ¡Ay!

—Espera, dame esas muletas. Las dejaré en el asiento de atrás. La carta está en la guantera.

Josh se colocó con cuidado en el asiento del coche. Abrió la guantera, sacó un sobre y miró el membrete. Allí decía: «Mansión

Peregrine».

Abrió el sobre. Dentro había un folleto en colores que describía una mansión de estilo Victoriano y una carta mecanografiada. Una mirada al folleto le dijo que la Mansión Peregrine prometía lo último en lujo y comida en la espectacular costa de Washington.

La carta prometía un empleo.

—Creo que deberías aceptar el caso —le dijo McCray, sentándose al volante.

Josh leyó el contenido de la carta.

—Esto no es un caso. Es una broma. Es evidente que esta señorita Margaret Gladstone tiene mucha imaginación.

—Ésa es precisamente la cuestión —dijo su socio—. Es un caso fácil. Podrás disfrutar de las maravillas y el lujo de esa casa durante un mes y lo único que tendrás que hacer a cambio es investigar un poco para la anciana que ha escrito la carta.

—Un caso fácil, ¿eh? ¿Qué te hace pensar que esta señorita Gladstone es una anciana?

—¿Quién más podría escribir una carta así excepto una solterona anticuada? ¿Qué tienes que perder? Los dos sabemos que necesitas descansar una temporada. No nos serás de mucha ayuda aquí hasta que se te pase ese mal humor que ya llevas arrastrando unos meses. Como he dicho, estás agotado, amigo. Llevas demasiado tiempo en este trabajo.

—Tú llevas el mismo tiempo.

—Sí, pero para mí no es tan duro. Yo no intervengo tanto como tú. Yo soy un hombre de oficina.

Josh volvió a pensar que nunca compensaba hacerse el héroe. Miró la carta que tenía sobre las rodillas. Algo le decía que la señorita Margaret Gladstone no era ninguna ancianita. Y sus presentimientos casi siempre resultaban acertados.

De pronto se sintió consumido de curiosidad por saber más acerca de la mujer que había escrito una carta tan extraña ofreciendo un trabajo aún más extraño.

Capítulo 1

Un coche negro se acercó hasta detenerse en la puerta principal de la mansión Peregrine. Eran las cinco y ya había anochecido. La lluvia de noviembre golpeaba las ventanas del salón, así que las personas reunidas allí no podían ver quién conducía el vehículo. Pero había pocas dudas sobre la identidad del recién llegado.

—Supongo que ahí está nuestro hombre —dijo el coronel con satisfacción.

Sacó un reloj de oro del bolsillo de su elegante chaqueta y se tocó el canoso bigote.

—Muy puntual. Buena señal. Admiro a los hombres que conocen el valor de la puntualidad.

—Espero que hayamos hecho lo correcto —murmuró Odessa Hawkins, preocupada.

Estaba sentada al lado del coronel con un vaso de Sherry en la mano. Ella también estaba vestida para la cena. Su vestido azul pálido era casi tan viejo como la chaqueta del coronel, pero lo llevaba con una elegancia que sus sesenta y cinco años de edad no habían podido disminuir.

—Hemos hablado de ello más de cien veces, Odessa. No teníamos otra elección. Maggie tiene razón. A veces hay que contratar a alguien que se ocupe de estas cosas.

Shirley Smith bebió un trago de su Martini y miró irritada a Odessa a través de las gruesas lentes de sus gafas.

Shirley tenía aproximadamente la misma edad que la otra mujer, pero sus antecedentes eran muy diferentes. A ella no le habían

enseñado de pequeña a ser elegante. Para ella, vestirse para la cena significaba ponerse zapatos de tacón alto y un vestido de raso rosa sin mangas que le llegaba muy por encima de las rodillas. Aquella noche se había colocado toda su colección de diamantes falsos. Incluso lucía una diadema sobre el pelo rubio teñido.

El coronel asintió solemne y dio unos golpecitos en la mano de Odessa.

—Shirley tiene razón, querida. No debes preocuparte. No teníamos elección. Había llegado el momento de actuar.

Maggie Gladstone miró los rostros de los tres huéspedes permanentes de la mansión Peregrine y suspiró. Esperaba sinceramente haber hecho lo correcto. Contratar un investigador privado era una experiencia nueva para ella. Sin embargo, había leído suficientes novelas de misterio para saber todo lo que se podía esperar del hombre del coche negro. Sintió una oleada de excitación. ¡Estaba a punto de conocer a un detective privado de verdad!

—Iré a recibirlo y lo acompañaré a su habitación. Ha hecho un largo viaje desde Seattle. Estoy segura de que querrá cambiarse para la cena.

Dejó su vaso de Sherry y se puso en pie.

—Sí, claro —murmuró Odessa—. Recuérdale que aquí nos vestimos para la cena —apretó los labios—. Espero que sea un detective correcto. Uno de la vieja escuela como los que se describen en esas fantásticas novelas británicas de misterio, no uno de esos jóvenes terribles que salen en la tele siempre con el revólver en la mano.

—Yo tengo la impresión de que podemos necesitar un hombre que sepa cómo manejar una pistola —declaró el coronel.

—Tiene razón —asintió Shirley—. No necesitamos ningún dandi esnobista. Éste es un trabajo para un hombre con agallas, como solía decir mi Ricky.

Maggie se detuvo en el umbral del salón.

—Es de la Agencia de Investigación y Seguridad. Una de las mejores compañías de la costa oeste. Hemos tenido mucha suerte de poder contar con él. Estoy segura de que no es ningún inútil. Ahora, por favor, guarden silencio. No estaría bien que nos oyera hablar de él.

—Ve a buscarlo, querida —dijo Odessa.

—Sí —asintió Shirley con un guiño—. Nos portaremos bien.

Maggie salió corriendo al vestíbulo y se miró en el espejo que colgaba cerca de la entrada. Aquella noche había elegido un traje pantalón de seda negra que sabía realzaba su esbelta figura. Su melena de rizos castaños estaba recogida en una coleta sobre la nuca. Se observó con ojos críticos. Quería que el investigador privado la encontrara sofisticada y eficiente. No quería que aquel caro detective pensara que podía quedarse allí un mes gratis y luego escribir un informe y marcharse. Quería acción.

Algo golpeó contra la puerta. Maggie cogió el picaporte y la abrió.

Se quedó mirando asombrada al hombre que estaba de pie en el porche y el corazón le dio un vuelco. Aquél no era el detective que ella había esperado.

El pobre hombre parecía que acabara de salir de la sala de urgencias del hospital más cercano. Llevaba muletas y su pie izquierdo estaba fuertemente vendado. En la frente llevaba una venda blanca y tenía los dos ojos morados de golpes.

—Lo siento —murmuró—. Esperaba a otra persona.

El hombre la observó frunciendo el ceño. Llevaba barba de dos días y aquello le daba un aspecto feroz. Su cabello negro estaba mojado, al igual que sus tejanos y su camisa desgastada. Maggie pensó que tal vez se hubiera equivocado en su primera impresión. Desde luego, era lo bastante alto para responder a su imagen de un hombre de acción y su cuerpo parecía muy musculoso y fuerte. Además, había algo extremadamente peligroso en la expresión de sus ojos fríos.

Pero, por otra parte, estaba segura de que ningún detective privado se hubiera presentado para trabajar en un caso andando con muletas y con múltiples heridas.

—¿Le importa que entre? —preguntó el desconocido, con cierta irritación—. Aquí fuera está lloviendo.

—Sí, claro. Entre a secarse —dijo ella, apartándose—, pero me temo que no puede quedarse. No aceptamos huéspedes hasta después de Año Nuevo. Tal vez hasta la primavera. Estamos arreglando algunas cosas. No tendría usted reserva, ¿verdad? Yo creía que había informado a todos. ¿Quién es usted?

—January. Joshua January. Usted me envió a buscar.

Maggie abrió mucho los ojos.

—¿Es usted January? ¿El investigador privado?

—Exacto.

Cogió ambas muletas con la mano izquierda y se pasó la mano derecha por el pelo.

—Si no le importa, me gustaría que alguien me ayudara con el equipaje. Es algo difícil llevar maletas cuando hay que andar con muletas.

—Pero, señor January…

—Llámeme Josh —miró a su alrededor con impaciencia—. ¿Dónde está el botones?

—No tenemos ninguno. Escuche, señor January. Debe de haber un error.

—No hay ningún error. Esto es la mansión Peregrine, ¿verdad?

—Sí, pero…

El hombre sacó una hoja de papel del bolsillo de su camisa, la abrió y empezó a leer en voz alta.

—«A cambio de sus servicios como investigador privado, estoy dispuesta a ofrecerle un mes de estancia en una de las más bellas casas de huéspedes de la costa noroeste. La mansión Peregrine es un ejemplo de arquitectura victoriana que ofrece una serie de habitaciones únicas amuebladas en el estilo de la época…

—Sí, pero…

—«En la mansión» —continuó leyendo él—, «podrá usted relajarse y disfrutar del esplendor de la costa de Washington en invierno, una época muy especial aquí. Por las mañanas le servirán un desayuno casero y por las tardes disfrutará de té y pastas».

—Por favor, señor January.

—«Por las tardes, le animamos a disfrutar de un vaso de Sherry y de la conversación con los demás residentes de la mansión antes de ofrecerle una cena en nuestro magnífico restaurante. Después de cenar, podrá disfrutar usted de la velada frente al fuego. Visítenos en la mansión Peregrine y disfrute del tranquilo entorno de esta encantadora…».

—Ya basta, señor January. Es suficiente, gracias. Recuerdo muy bien lo que escribí.

El hombre levantó la vista y Maggie se dio cuenta por primera

vez de lo fríos que eran sus ojos. Su tono gris carecía de calidez o de paciencia.

—Bien. Me alegro de ello —dijo, metiéndose de nuevo la carta en el bolsillo—. ¿Es usted la señorita Margaret Gladstone?

—Sí.

—Estupendo. Soy el detective que contrató usted. Creo que esto lo arregla todo, así que sigamos adelante. Me gustaría que me indicara mi habitación si no le importa.

Maggie lo miró sorprendida.

—Pero usted… usted está… —vaciló, indicando las muletas y las vendas—. Usted no es exactamente lo que yo tenía en mente, señor January. Siento mucho que esté herido y no quiero ofenderlo, pero necesitamos un hombre de acción. Tenemos un problema y necesitamos a alguien que esté en buenas condiciones físicas.

El hombre sonrió con sequedad.

—¿Buenas condiciones físicas? ¿Además de todo lo demás? ¿No cree que eso es esperar demasiado, teniendo en cuenta lo que paga?

Maggie se ruborizó.

—Escuche, señor January. Yo ofrezco cama y comida durante un mes en una de las mejores casas de huéspedes de la costa. Eso no es ninguna bagatela.

—¿Tiene usted idea de lo que cobramos nosotros por hora, señorita Gladstone? —preguntó él.

—Bueno, no.

Por supuesto, no se había molestado en averiguarlo. Maggie sabía bien que no tenía dinero para pagar a un investigador por horas. En aquel momento apenas si podía pagar la factura de la electricidad.

—No pregunté cuánto cobraban ustedes porque supuse que lo que estaba dispuesta a ofrecer suponía una compensación suficiente.

—Ni por asomo, señorita Gladstone.

—Entonces, ¿por qué aceptó usted el caso?

—Digamos que, cuando llegó su carta, yo me sentía muy caritativo. Es usted mi buena obra del año, señorita. Y ahora, si no le importa, me gustaría que me diera la llave de mi habitación. También le agradecería que alguien me subiera el equipaje, ya que no estoy en condiciones de hacerlo personalmente. Según mi socio,

iban a cuidarme muy bien.

—¿Por qué será que tengo la impresión de que usted no suele hacer actos de caridad, señor January?

El hombre sonrió por primera vez.

—Tal vez porque es usted una mujer muy intuitiva, señorita Gladstone. ¿Podemos dejar ya esto? No he tenido un buen día. De hecho, tampoco he tenido una buena semana ni un buen mes. Estoy más que dispuesto a disfrutar de un poco de tranquilidad.

Maggie consideró la posibilidad de echarlo de allí y decidió que, aun contando con la ayuda del coronel, aquello no sería fácil. Josh January podía estar herido y andar con muletas, pero parecía muy fuerte.

—Supongo que, ya que ha venido hasta aquí, puede quedarse a pasar la noche.

—Vaya, por fin dice algo razonable —dijo él burlón—. Muchas gracias, señorita Gladstone.

—Le traeré la llave —se acercó al mostrador y sacó una llave de los cajetines de la pared—. La número 312.

—¿En el tercer piso? —Gruñó él—. Olvídelo. No pienso subir y bajar dos pisos de escaleras cada vez que salga de mi cuarto. Usted ha dicho que la mayoría de las habitaciones estaban vacías. Tiene que haber algo disponible en un piso más bajo.

Tenía razón, pero Maggie estaba demasiado enojada por su tono de voz para admitirlo. Sacó otra llave.

—La 210 está en la torre éste.

Se dio cuenta de que aquélla era la habitación contigua a la suya y vaciló un momento. Luego decidió que no importaba.

—Es una habitación muy buena. Tiene una vista excelente del mar y una cama con baldaquín. También tiene chimenea propia. Y ahora, si hace el favor de subir, yo me ocuparé de su equipaje.

Josh frunció el ceño.

—¿Tiene usted a alguien que le eche una mano?

—Desde luego que sí —mintió ella—. Su equipaje no será problema. Le será subido inmediatamente.

—Como usted diga —se encogió de hombros y se ajustó las muletas bajo los brazos—. Huelo a comida y estoy hambriento. ¿Cuál es su arreglo para la cena?

—Bueno, esperamos que cene aquí con nosotros —replicó ella,

nerviosa—. Pero quizá prefiera ir a la ciudad —añadió esperanzada —. Hay un par de restaurantes estupendos.

—Demasiadas molestias. Cenaré aquí. Usted ofreció comida casera. Bajaré en cuanto me haya duchado y cambiado de ropa. ¡Dios! Necesito una copa. Ha sido un viaje terrible.

Y, sin más, dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

Maggie lo observó un momento.

—No creo que lo mencionara en mi carta, pero los otros residentes han establecido una pequeña tradición de vestirse para la cena. Espero que usted haga lo mismo.

—No se preocupe —musitó él, desde las escaleras—. Me vestiré. No suelo cenar desnudo.

* * *

La joven cerró los ojos un momento y luego cogió un paraguas del paragüero, apretó los dientes y salió a buscar el equipaje de Joshua January.

Empezaba a preguntarse si habría hecho bien al contratar a un investigador sin verlo antes cara a cara. Además, tenía el presentimiento de que sería muy difícil deshacer el error. El señor January no parecía la clase de hombre que fuera a permitir fácilmente que lo despidieran.

De hecho, no parecía la clase de hombre que hiciera nada que no quisiera hacer. Abrió el maletero y lanzó un gemido. Al parecer, al hombre no le gustaba viajar con pocas cosas.

Extendió un brazo y levantó una de las maletas más pequeñas. Era de metal y sorprendentemente pesada. La llevó hasta el vestíbulo y vio al coronel en la puerta del salón. Cuando vio la maleta metálica, le brillaron los ojos.

—Oh, un ordenador —dijo, con alegría—. Veo que nuestro hombre es un investigador de tecnología punta. Excelente. Excelente.

Maggie miró la maleta y sintió una sensación de alivio. Se dijo que el ordenador era una señal prometedora. Tal vez Joshua January supiera lo que hacía después de todo.

—He oído que la mayoría de las investigaciones modernas se

llevan a cabo con ordenadores —comentó.

—Estoy seguro de que se siguen empleando los viejos métodos —dijo el coronel—. Pero no hay duda de que los ordenadores son la clave para saber los antecedentes de las personas. Sí, señor. Parece que nuestro hombre sabe lo que hace.

Maggie se preguntó si el coronel sentina lo mismo cuando hubiera visto las vendas y las muletas del detective. Se volvió y salió a buscar otra maleta.

Cinco minutos después, tenía ya en el vestíbulo las dos maletas, una bolsa de viaje y el ordenador. Miró las escaleras y suspiró.

—¿Quiere que le eche una mano, querida? —preguntó el coronel.

—No, gracias. No pesan nada —sonrió ella.

El coronel, como el caballero educado que era, se había visto obligado a ofrecerse, pero los dos sabían que su médico le había prohibido terminantemente que hiciera nada que pudiera dañarle la espalda.

—Las subiré arriba y bajaré dentro de unos minutos. El señor January ha dicho que estaría encantado de cenar con nosotros —dijo.

—Excelente —respondió el coronel, volviéndose para entrar en el salón.

Maggie esperó a que desapareciera y se inclinó a coger las dos maletas. Tambaleándose a causa del peso, subió las escaleras y llamó con los nudillos a la puerta de la 210, alegrándose de que no hubiera aceptado la habitación del tercer piso.

—Espere. Ahora salgo —gruñó el hombre, desde dentro.

Maggie aprovechó la espera para recuperar el aliento. Cuando se abrió por fin la puerta, había dejado de jadear, pero la vista de Joshua January, ataviado sólo con una toalla en torno a la cintura y los restos de crema de afeitar en la cara, bastó para volver a dejarla sin aliento.

—Ah, es usted —murmuró él, metiendo una maleta tras otra.

—Podría haberlo hecho yo.

Tenía la boca seca y el pulso acelerado. Entonces notó los golpes de las costillas y del hombro.

—¡Dios mío! Debe de haber sido un viaje terrible.

El hombre siguió la mirada de ella.

—Los golpes siempre tienen peor aspecto un par de días después del accidente.

—¿Quiere que le traiga algo?

—Un vaso de *whisky* y una comida decente cuando baje es todo lo que necesito. ¿Dónde está mi ordenador?

—En el vestíbulo. Se lo subiré ahora con la bolsa de viaje.

Maggie dio media vuelta y se alejó por el pasillo. La visión de los musculosos hombros de January le había producido un extraño efecto en sus nervios.

Cuando llegó con el ordenador, llamó a la puerta con los nudillos.

—Se la dejo aquí fuera, señor January —gritó—. Lo veré abajo.

Al volver al cuarto de baño, Josh se quitó el resto de crema de afeitar de la cara y oyó el sonido de los pasos de Maggie alejándose por el pasillo.

Su presentimiento había sido correcto. Maggie Gladstone podría ser soltera, pero, desde luego, no era vieja. De hecho, era extraordinariamente atractiva. Había algo de inocente en su cara, a pesar de que debía de estar cerca de los treinta años. Estaba dispuesto a apostar que había vivido siempre en una ciudad pequeña. Tal vez hubiera trabajado como maestra de escuela o bibliotecaria. Probablemente leía muchas novelas de misterio y creía que los detectives privados eran una especie de caballeros andantes que luchaban por que resplandecieran la verdad y la justicia.

Definitivamente no era su tipo. Sin embargo, no podía negar que había sentido un impulso irresistible de introducir sus dedos en la melena de rizos castaños que le caían a ella hasta los hombros. Parecía una mujer delgada, pero no carecía de curvas.

Se miró al espejo y se preguntó qué podía haberle pasado para haber aceptado aquel extraño trabajo en Peregrine Point.

Había sido una locura permitir que McCray lo convenciera. La única explicación que se le ocurría era que las pastillas que le habían dado en el hospital habían entorpecido de algún modo su razonamiento.

Examinó su cuerpo lleno de heridas. Aquella vez había escapado, pero no podía ignorar el hecho de que un hombre que estaba a punto de cumplir los cuarenta no se movía con la misma

agilidad de diez o quince años atrás.

Definitivamente, se estaba haciendo demasiado viejo para entrar en edificios oscuros en persecución de personas que no sentían ningún escrúpulo en atacar a la gente con barras de hierro o navajas. Era demasiado viejo para hacerse el héroe. Se preguntó cuándo demonios iba a aprender aquella lección.

Y además estaba lo de su libro. Quería escribir aquella novela en la que llevaba dos años pensando y la mansión Peregrine era el lugar ideal para intentarlo y descubrir si podía escribir o no.

Lanzó un juramento al salir del baño. Aunque el tobillo solo estaba torcido y no roto, cuando pisaba mal, le dolía tremendamente.

Examinó la habitación y movió la cabeza. Parecía un cuarto de cuento de hadas con sus paredes redondas, cortinajes de terciopelo grueso y los tapetitos de los muebles. La misma cama parecía una monstruosidad. Josh sabía que se sentiría ridículo cuando subiera a ella mediante la pequeña escalera de madera colocada en un lado.

Colocó una maleta sobre la cama y la abrió. Dentro encontró una camisa blanca limpia y una corbata de seda. En la bolsa de viaje llevaba una chaqueta italiana bastante decente y unos pantalones de vestir. No comprendía por qué la gente tenía que molestarse en vestirse para cenar en un lugar como aquél, pero estaba dispuesto a seguir el programa hasta cierto punto.

Sonrió al pensar en la expresión que pondría Maggie Gladstone cuando lo viera con unas zapatillas deportivas sin cordones y su chaqueta italiana y su corbata de seda. No pensaba, de ningún modo, ponerse zapatos de vestir con aquel tobillo hinchado.

Veinte minutos después, bajaba lentamente las alfombradas escaleras. Olía a comida en el aire. Se sintió optimista y casi se arrepintió del modo en que había tratado a la pobre señorita Gladstone.

Entonces llegó al salón, vio al resto de los huéspedes y volvió a cambiar de idea.

Al oír el ruido de sus muletas, Maggie se volvió hacia él y sonrió algo nerviosa.

—Ah, es usted, señor January. Permítame que le presente. La señorita Odessa Hawkins y la señorita Shirley Smith.

—Señoras —inclinó la cabeza—. Llámenme Josh.

Las dos mujeres lo miraron sonrientes.

—Nos alegramos mucho de que haya podido usted aceptar nuestra oferta, Josh —dijo Odessa.

—Desde luego —declaró Shirley, examinando sus vendas—. ¿Qué diablos le ha pasado? ¿Ha tenido un tiroteo con algún bandido?

—He tenido un accidente —musitó él.

—Lo siento mucho —murmuró Shirley, decepcionada—. Creí que quizá hubiera sido algún criminal.

Maggie le indicó al caballero de enormes bigotes blancos y aspecto marcial.

—Y éste es el coronel Amos Boone.

—Retirado —murmuró el viejo soldado, acercándose para estrecharle la mano—. Del ejército de los Estados Unidos. Todo el mundo me llama coronel.

—Comprendo.

—¿Cuál es su arma favorita, señor? —preguntó el coronel, con interés—. ¿Pistola automática o revólver? Yo siempre llevaba un Colt cuando actuaba solo.

—No me interesan demasiado las armas —replicó Josh.

Maggie frunció el ceño.

—¿Quiere decir que no lleva pistola?

—Si puedo evitarlo, no. Y, créame, la mayor parte del tiempo puedo evitarlo.

El coronel asintió comprensivo.

—Prefiere las artes marciales, ¿eh? No me sorprende. Tiene usted aspecto de ello. Siempre he sido capaz de distinguir a la primera a un hombre que practica las artes marciales.

Maggie sonrió mirando sus muletas.

—Esperemos que ése no sea su fuerte, coronel. Si lo es, tendremos un problema. Un experto en artes marciales que lleve muletas no inspira demasiada confianza.

—No se preocupe, Maggie —dijo Josh, con gentileza—. Mis muletas son unas armas muy poderosas.

El coronel carraspeó antes de que ella pudiera responder.

—¿Quiere tomar algo, señor?

—*Whisky*, si tienen.

—Por supuesto que tenemos —abrió una de las puertas del

mueble bar y sacó una botella—. Buen *whisky* de Tennessee. Lo ideal para una noche como ésta.

Sirvió una modesta cantidad en un vaso y se lo pasó a Josh.

—Gracias.

Dio un sorbo y notó que Maggie lo observaba discretamente. Era fácil leer sus pensamientos.

—La respuesta es no —dijo.

La joven parpadeó.

—¿Cómo dice?

—He dicho que la respuesta es no. No soy un borracho. Los detectives que beben mucho sólo existen en las novelas. El beber mucho no suele dejar pensar con claridad y los investigadores de la vida real tenemos que ganarnos la vida. Espero no haberla decepcionado.

—Me siento muy aliviada —murmuró ella, con sequedad—. Descubrir que tenía usted un problema con la bebida además de ser propenso a los accidentes, habría sido descorazonador en estas circunstancias.

—Sí. Lo comprendo.

Reclinó la cabeza contra el respaldo de su sillón y la observó atentamente. Empezaba a animarse. No dijo ni una palabra hasta que Maggie dio muestras de nerviosismo, lo cual no tardó en suceder.

—Ahora supongo que me dirá usted qué es lo que quiere que haga a cambio de un mes de alojamiento.

La joven lo miró con decisión.

—Mire, señor January. Nosotros esperábamos a un detective que fuera capaz de aceptar todas las responsabilidades de este trabajo. ¿Cree usted que puede hacerse cargo del caso en su presente estado?

Josh sonrió lentamente.

—Uno recibe aquello por lo que paga, señorita. Y, créame. Por lo que usted está dispuesta a pagar, yo soy lo mejor que hay disponible.

Capítulo 2

A Maggie no le gustó la sonrisa de Josh. La puso nerviosa y eso la irritó. Para terminar de empeorar las cosas, no podía negar que además se sentía físicamente atraída por él.

Había llegado el momento de hacerse con el control de la situación. Le sonrió con sequedad y murmuró:

—Señor January.

—Creo que le he dicho que me llame Josh.

—Muy bien, Josh. Seré franca y te diré que tú no eres lo que esperaba cuando contraté un detective privado.

—Casi nunca soy lo que la gente espera. Por algún motivo, siempre parecen sorprenderse.

—No me extraña —dijo ella—. Bueno, pues, como parece que tenemos que cargar contigo…

—¡Maggie! —intervino Odessa con reproche—. No hay necesidad de ser descortés con Josh.

—Sí. Todavía no ha hecho nada —añadió Shirley—. Dale una oportunidad al pobre.

El coronel miró a Maggie con aire desaprobador.

—Tienen razón, querida. Tenemos que darle una oportunidad. No deberías dejarte llevar por simpatías o antipatías personales.

Maggie se ruborizó.

—Tengo intención de darle una oportunidad. Como él mismo ha dicho, parece que uno recibe aquello por lo que paga.

Josh levantó una mano.

—Tengo una idea. ¿Por qué no me dice alguien por qué creen

que necesitan a un detective? La carta de Maggie mencionaba unos «sucesos perturbadores» en la mansión Peregrine. ¿A qué se refería exactamente?

Como era de esperar, todos empezaron a hablar a la vez.

—Los incidentes más terribles… —comenzó Odessa, preocupada.

—Creímos que necesitábamos ayuda profesional —confesó el coronel—. Hay muchas cosas en juego. Millones.

—Amenazas —dijo Shirley—. Eso es lo que son. Amenazas. Y no me importa admitir que estoy asustada.

Josh volvió a levantar la mano.

—Me gustaría que hablara uno solo y no todos a la vez —miró directamente a Maggie—. Tú escribiste la carta y eres la que me paga. Dime exactamente qué es lo que ocurre aquí.

—Está bien —repuso la joven, cruzando las piernas—. Han ocurrido una serie de incidentes que nos han preocupado a todos. A decir verdad, ésa es la razón de que este año hayamos cerrado hasta la primavera.

—¿Qué clase de incidentes exactamente?

—En primer lugar, hemos tenido muchos problemas mecánicos y estructurales. En mitad de la temporada alta, se estropearon el enorme congelador y la nevera de la cocina. Perdimos varios cientos de dólares en comida. Peor aún, tuvimos que cerrar el comedor precisamente el fin de semana más provechoso del año. Mucha gente que tenía reservas para la cena se enfadó. La casa estaba llena y todos se sintieron muy molestos.

—Continúa —dijo Josh.

—Hemos tenido problemas con la calefacción a pesar de que fue instalada hace menos de dos años. Un día revisé el detector de humos del sótano y descubrí que alguien había desconectado las baterías. Aquello me preocupó. El coronel guarda todo su equipo y sus archivos en el sótano. Sería desastroso que se produjera un incendio allí.

—¿Equipo y archivos?

El coronel se encogió de hombros con modestia.

—Me gusta hacer experimentos. Ya se lo explicaré más tarde si quiere.

—Comprendo. —Josh volvió a mirar a Maggie—. ¿Algo más?

La joven se mordió el labio inferior. Adivinaba que él no se

sentía muy impresionado de momento.

—Como dije, ha habido una variedad de pequeños problemas. El tanque del agua caliente, que era nuevo, se estropeó. Le aseguro que a los huéspedes no les gustó nada.

—Algunos de ellos le gritaron a Maggie de un modo terrible. Fue espantoso —le confesó Odessa—. El coronel se vio obligado a hablar con un hombre que se mostró muy grosero.

—Conducta irregular, como solíamos decir en el ejército —dijo el coronel—. Por supuesto, lo eché de aquí.

Maggie sonrió con sequedad.

—Desgraciadamente, lo echó usted antes de que hubiera pagado por su habitación.

—Mantener la armonía es más importante que el dinero —dijo Odessa.

—Exacto —añadió Shirley.

—Muy cierto —murmuró el coronel—. No podemos tolerar cierta clase de comportamientos, ¿sabe?

Maggie suspiró. Era fácil hablar así cuando uno no tenía que preocuparse por pagar las facturas. Se dio cuenta de que Josh la miraba y se apresuró a seguir con su historia.

—Además de los problemas con el agua caliente, tuvimos problemas con los baños. Luego, las habitaciones que tienen chimenea, como la suya, empezaron también a tener problemas. Siempre que los huéspedes las encendían, los cuartos se llenaban de humo. Los bomberos vinieron durante siete días consecutivos y al final tuvimos que pedir que nadie encendiera sus chimeneas.

Shirley movió la cabeza.

—Después las limpiamos y volvieron a funcionar, pero era una cosa tan otra y, antes de darnos cuenta, ya se estaban esparciendo rumores por ahí.

Josh la miró.

—¿Qué clase de rumores?

—Ya sabe. Que la mansión no era un buen lugar para hospedarse. Demasiados problemas. Anticuada y necesitada de reparaciones. Dijeron que la nueva dirección estaba abandonando el lugar y Maggie empezó a perder clientes.

Josh miró pensativo a la joven.

—¿Es eso cierto?

Ella asintió.

—Después del problema con las chimeneas, decidí que era mejor decir que este año íbamos a cerrar hasta que empezara la temporada. Le dije a todo el mundo que aprovecharíamos el invierno para llevar a cabo ciertas reparaciones y que abriríamos en la primavera. Pero el lugar está bien cuidado. La tía abuela Agatha se encargó de ello.

—¿Quién es Agatha?

Esa vez fue el coronel el que respondió.

—Agatha Gladstone fue una de las damas más encantadoras que he conocido nunca. Este lugar fue suyo durante cuarenta años. Murió el año pasado y le dejó la propiedad a Maggie.

El detective se quedó un momento pensativo.

—Bien, veamos a ver si lo entiendo. Ha habido una serie de pequeños problemas mecánicos y eléctricos. La casa empezó a adquirir mala reputación y tú decidiste cerrar quedándote solo con los tres huéspedes permanentes.

Maggie lo miró sorprendida.

—Odessa, Shirley y el coronel no son huéspedes. Son residentes permanentes. La mansión es también su casa. Tía Agatha dejó eso muy claro.

El coronel asintió.

—Teníamos una especie de trato, ¿comprende? Somos una familia. Agatha, que en paz descanse, se ha ido, pero ahora tenemos a Maggie.

Josh miró a la joven.

—Ah. Una familia feliz.

La joven frunció el ceño.

—La cuestión es que nosotros no creemos que los incidentes de los últimos meses hayan sido debidos sólo a la mala suerte. Queremos que encuentres a la persona o personas que los han provocado y descubras cuáles son sus motivos. Antes de empezar, deberías saber que todos tenemos alguna teoría que nos gustaría que investigaras.

Josh bebió un sorbo de su *whisky*.

—¿Les importa que cenemos antes de contarme sus teorías? Tengo hambre. Si no recuerdo mal, me prometieron abundante comida casera.

Maggie se puso en pie y sonrió con sequedad.

—Muy bien. Si me disculpan un momento, voy a ver el estofado.

—Voy contigo —dijo Odessa.

Al levantarse las mujeres, el coronel se puso en pie galantemente.

—Maggie y Odessa son las que cocinan ahora —explicó—. Tuvimos que despedir al chef y a su ayudante cuando cerramos. Shirley y yo nos encargamos de la limpieza.

—Una familia feliz —repitió Josh.

—No se burle —dijo Shirley—. Funciona bien.

Maggie se volvió a mirarlo desde el umbral de la puerta.

—¿Tienes familia, Josh? —preguntó.

—No —repuso él—. La única persona de la que tengo que preocuparme es de mí mismo. Me gusta vivir así.

La joven lo miró un momento y se apresuró a seguir a Odessa.

—¿Qué le parece? —murmuró al alcanzarla.

—Parece un joven muy eficiente —respondió la anciana, animosa—. Creo que estamos en buenas manos, querida.

—¿Eficiente? Ese hombre lleva muletas. Y a mí no me parece que sea tan profesional. Su actitud no me gusta. Y ni siquiera lleva revólver. Yo creía que todos los detectives privados llevaban pistola.

—Tal vez eso sólo ocurra en las novelas que lees tú, querida. ¿Has conocido alguna vez a un investigador privado en la vida real?

La anciana abrió la puerta del frigorífico y sacó la ensalada que había preparado con antelación.

—Bueno, no. Pero he leído suficientes novelas de misterio para saber lo que se puede esperar de un detective —dijo la joven, examinando el estofado—. Creo que es probable que Josh January aceptara este caso porque creyó que la casa sería un buen lugar para recuperarse del accidente.

—Me pregunto qué le habrá ocurrido —murmuró Odessa, aderezando la ensalada con su receta secreta—. ¿Crees que sería un accidente de coche?

—Es más probable que alguien se enfadara con él y lo tirara escaleras abajo —dijo la joven, retirando el estofado del fuego.

—No vas muy desencaminada —dijo Josh desde el umbral—. Alguien se enfadó mucho conmigo.

Maggie se volvió a mirarlo y señaló sus muletas.

—No te he oído llegar.

Josh sonrió con malicia.

—Lo sé. Los detectives privados sabemos movernos silenciosamente —golpeó la muleta sobre la alfombra del pasillo—. Y las alfombras facilitan mucho nuestro trabajo. No lo olvides.

—No lo haré —repuso ella.

—No le hagas caso a Maggie —dijo Odessa—. Sólo era una broma. Tiene mucho sentido del humor —salió de la cocina con la ensalada en la mano—. Siéntate en la gran mesa redonda del comedor, Josh. Cenaremos en un momento.

—Gracias.

Esperó a que la anciana desapareciera en el comedor y se volvió hacia Maggie.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar?

—En tu condición actual, lo dudo mucho —repuso la joven, saliendo de la estancia con el estofado.

—Recuérdame que no me pasee cerca de las escaleras cuando tú andes por ahí —murmuró Josh a sus espaldas.

* * *

Mientras cenaba, pensó que la dueña de la casa tenía razón. Había aceptado aquel caso porque le había parecido un trabajo fácil y porque necesitaba tiempo para recuperarse de sus heridas. Maggie Gladstone no era ninguna tonta.

En cuanto al caso en sí, sería tan fácil como McCray había predicho. Estaba seguro de que no se trataba más que de una serie de accidentes exagerados por mentes demasiado fantasiosas. En las casas viejas era normal que se estropearan las cosas. Su cliente había exagerado lo que no eran más que problemas perfectamente normales.

Lo difícil sería conseguir que aquel caso le durara un mes. Si se quedaba cuatro semanas, como había planeado, tendría tiempo de avanzar bastante con su libro. Decidió que aquello sería lo que haría. Cuando se sintiera mejor y hubiera descubierto si servía para escribir novelas de misterio, prepararía un informe para su cliente. Ella y su «familia» se sentirían impresionados y probablemente

también aliviados al saber que no había nadie detrás de aquellos incidentes. Sería coser y cantar y, mientras tanto, él se dejaría servir y cuidar. A juzgar por aquella primera comida, la cocina de Maggie era excelente.

Josh terminó su segundo plato del sabroso estofado y, estaba pensando si debía servirse un tercero, cuando Odessa se le adelantó.

—Sírvete más, Josh. Un caballero que acaba de tener un accidente necesita comer mucho para recuperar las fuerzas.

—Me ha convencido —dijo él, obedeciendo—. Ahora ya estoy dispuesto a escuchar sus teorías. ¿Por qué no empieza usted, Odessa?

—Desde luego.

La mujer dejó su tenedor y apretó los labios con aire de desaprobación.

—Estoy convencida de que uno de mis sobrinos se ha empeñado en cerrar la mansión Peregrine. Tengo tres sobrinos, ¿sabe?

—¿Y por qué iban a querer ellos cerrar la casa?

—En venganza por haberlos borrado a los tres de mi testamento, claro. Son desagradecidos y egoístas. He decidido no dejarles ninguna de mis acciones de la mina de oro. Tengo bastantes acciones de una compañía llamada Lucky Incorporated y me temo que mis sobrinos se han enterado de que pienso desheredarlos. Creen que pueden asustarme para hacerme cambiar de idea.

Josh hizo un esfuerzo por no sonreír. Era poco probable que una mujer que poseyera un montón de acciones valiosas llevara un vestido tan ajado como el que lucía aquella noche Odessa Hawkins. Era probable que aquella mujer hubiera sido rica en otro tiempo, pero estaba seguro de que los diamantes que lucía aquella noche en el dedo no eran más que piedras falsas.

—Yo, sin embargo, tengo una teoría diferente —dijo el coronel, desde la cabecera de la mesa—. Creo que ya le he dicho antes que estoy llevando a cabo ciertos experimentos en el sótano. No suelo decírselo a cualquiera, pero la verdad es que soy una especie de inventor. Estoy buscando un combustible que acabaría con la utilidad del petróleo. Me atrevo a decir que revolucionará la industria del automóvil y tendrá una enorme repercusión en ciertos sectores de nuestra economía.

—Interesante —murmuró Josh con sequedad.

Pensó en las baterías desconectadas del detector de humos del sótano y se estremeció. La idea de pasar un mes con un inventor loco que se dedicaba a jugar con sustancias inflamables no le hacía la menor gracia.

—Naturalmente, he suspendido mis investigaciones hasta que usted aclare todo este asunto —continuó el coronel—. No puedo arriesgarme a que los resultados de mis experimentos caigan en malas manos.

—No —se apresuró a asentir Josh—. No puede arriesgarse. Ha sido usted muy inteligente al suspender sus actividades.

—Bueno, yo no creo que estos incidentes tengan nada que ver con los sobrinos de Odessa ni con los experimentos del coronel —anunció Shirley, mirándolo fijamente—. Es él. Él me ha enviado una advertencia.

Josh la miró sorprendido.

—¿Quién le está enviando una advertencia, Shirley? —preguntó.

—Ricky —repuso la mujer con ojos llorosos—. Discúlpenme. No quería hacer una escena. Pero siempre que pienso en él, no puedo evitar asustarme.

Josh suspiró y se volvió hacia Maggie.

—¿Sabes tú quién es ese Ricky?

—Es un gángster —murmuró Maggie, algo avergonzada—. Shirley dice que ella era su novia.

—Así es —sollozó la mujer—. Ricky «El Demoledor». Hace veinte años hacía honor a su nombre. Pero era un verdadero caballero. Siempre me trató como a una reina hasta el día en que se lo llevaron a la cárcel. Estoy segura de que cree que yo lo traicioné y ahora quiere vengarse.

Maggie tosió discretamente.

—Shirley dice que cambió su apellido hace quince años cuando se mudó a la costa. Pero siempre le ha preocupado que Ricky la encontrara cuando saliera de la cárcel.

John enarcó las cejas.

—¿Cuándo tenía que salir en libertad?

—Hace unos años —replicó Shirley, secándose los ojos—. Supongo que no le ha resultado fácil encontrarme, pero ahora que lo ha conseguido, me está advirtiendo de que piensa vengarse por lo que él cree que yo le hice. Si pudiera, me iría de aquí, pero no

tengo dinero. La mansión Peregrine es mi hogar.

Josh se preguntó si debería mencionar que, si un poderoso mafioso quisiera matar a alguien como Shirley Smith, probablemente lo habría hecho ya. Luego recordó que quería pasar un mes allí y no le interesaba destruir demasiado fácilmente las teorías de sus clientes. Si creían que no lo necesitaban, podían despedirlo. Tenía el presentimiento de que no seria difícil convencer a Maggie de que podía prescindir de sus servicios.

—Muy bien —declaró en tono autoritario—. Ya he oído las teorías de ustedes tres. ¿Qué es lo que piensas tú de los incidentes, Maggie?

—Quizá será mejor que lo discuta luego contigo, Josh —dijo ella, con rapidez—. Por el momento, ya tienes suficiente material para analizar. ¿Alguien quiere postre?

Se puso en pie y empezó a recoger la mesa con movimientos rápidos y nerviosos.

Josh la miró divertido. Estaba claro que la joven se daba cuenta de que las teorías de sus compañeros residentes eran ridículas y no deseaba darle motivos para que se burlara de ella.

—Lo del postre me parece buena idea —dijo.

Se sorprendió al descubrir que empezaba a sentirse a gusto en el comedor de aquella mansión, rodeado por aquel grupo de lunáticos excéntricos.

—Siempre me han gustado los hombres que tienen buen apetito —anunció Shirley, poniéndose en pie—. No te preocupes por los platos, Maggie. Sabes que el coronel y yo nos encargamos de la limpieza. ¿Sabe? Mi Ricky solía comer como un caballo. Claro que, con una profesión como la suya, necesitaba mucha energía. Supongo que usted también, ¿eh, Josh?

—Sí, señora —asintió él—. Después del accidente, perdí el apetito, pero parece que lo estoy recuperando.

—Voy a buscar la tarta de manzana —dijo Maggie, saliendo de la estancia.

Odessa sonrió.

—Creo que se siente impresionada por usted —dijo.

El coronel lo miró solemne.

—Tenga cuidado con ella, señor. No juegue con ella. Nuestra Maggie es una joven de provincias y no está acostumbrada a tratar

con hombres como usted.

—¿Hombres como yo?

—Ya sabe a lo que me refiero —continuó el coronel—. Usted parece un hombre acostumbrado a conseguir lo que se propone. Lo único que le pido es que no acose a nuestra Maggie a menos que esté seguro de que la quiere de verdad. Todos la apreciamos mucho y no nos gustaría verla sufrir.

—Comprendo —musitó Josh—. ¿Todos conocen bien a Maggie? —preguntó.

—Sí —dijo Odessa—. Todos la conocemos desde niña. Sus padres vivían en Washington y ella pasaba la mayor parte de sus vacaciones en la mansión Peregrine. En los últimos años no la hemos visto mucho, claro. Pero luego Aggie murió y le dejó la casa. Además, siempre hemos estado en contacto. Sus padres se han retirado a Arizona, pero vienen aquí todos los veranos.

—¿Y a qué se dedicó ella en los últimos años? —preguntó Josh.

—Cuando se graduó, fue a la universidad y se hizo bibliotecaria. Ha estado trabajando en eso en distintas ciudades del estado. Abandonó su último empleo al heredar este lugar. Sus padres no estaban de acuerdo, pero Maggie insistió en venirse aquí.

—A su novio no le gustaría mucho que cambiara de carrera y se viniera a Peregrine Point —observó Josh.

—¿Novio? Maggie no tiene novio —dijo Shirley—, a menos que cuente a ese Clay
O’Connor
.
—
¿O’Connor
? —repitió el joven con gentileza.

—Llegó a la ciudad el año pasado —dijo el coronel, con aire preocupado—. Abrió una agencia inmobiliaria. Parece que le va bien. Maggie y él han salido juntos a cenar algunas veces. La semana pasada la llevó al cine.

Josh percibió el tono de desprecio en las palabras del coronel.

—¿No le gusta a usted
O’Connor
?

El hombre se encogió de hombros.

—Supongo que no tiene nada de malo. Es educado y le va bien en los negocios, pero me parece algo blando. La clase de hombre que debería haber pasado algún tiempo en el ejército para endurecerse.

—Es blando, desde luego —intervino Shirley—. Ciertamente, no es la clase de hombre que mi Ricky hubiera querido tener tras él en una pelea. Maggie puede conseguir algo mejor que Clay.

—No estoy tan segura —contrarrestó Odessa con un suspiro—. Clay es muy agradable. No es diferente a la mayor parte de los hombres de ahora y es mejor que muchos. Al menos tiene un empleo estable y es educado, que es más de lo que se puede decir de muchos otros.

—Eso no significa gran cosa —murmuró Shirley—. Un buen trabajo y unos modales educados no significan necesariamente que sea un buen hombre. Como ya he dicho, Maggie puede llevarse algo mejor.

—Tal vez ustedes se muestren demasiado protectores con Maggie —sugirió Josh, pensativo.

El coronel sonrió.

—Tal vez. Como ya le dije, somos una familia.

Capítulo 3

Varias horas después, Josh yacía apoyado contra los almohadones, contemplando el baldaquín de su cama. Pensaba alternativamente en tres cosas diferentes: en la presencia de Maggie en la habitación contigua a la suya, en su libro y en el caso que había cometido la idiotez de aceptar. De los tres, la idea de Maggie durmiendo en el cuarto anexo al suyo era lo que más le turbaba. Suspiró. Era demasiado viejo para reaccionar así ante la proximidad de una mujer.

Pero la verdad era que se había sentido fascinado por ella desde el momento en que abrió su carta. Tal vez fuera su audacia al pedir ayuda a cambio de un mes de alojamiento que le había intrigado. La mayoría de la gente nunca se habría dirigido a una agencia como la suya por una situación tan ridícula.

Sin duda, había necesitado valor para escribir aquella carta. Y Josh admiraba el valor.

Se colocó de lado y lanzó un gemido al notar el dolor en su espalda. Prestó atención a cualquier ruido que pudiera llegarle de la habitación contigua, pero todo estaba en silencio. Antes había oído el ruido de un grifo abierto en el cuarto de baño y se había imaginado a Maggie arreglándose para acostarse.

Intentó decidir qué era lo que le gustaba tanto de ella. No era una gran belleza y, para ser una chica provinciana, tenía una lengua muy afilada. Josh sabía ya que sería uno de esos clientes exigentes que exigen mucho más de lo que están dispuestos a pagar por sus servicios.

Pero había algo en ella que lo atraía sin remedio y, después de pensar un rato en ello, creyó haber descubierto lo que era.

Había reconocido en Maggie el mismo deseo ingenuo de ayudar a los débiles e inocentes que él tuviera en el pasado y que le condujo a meterse en una profesión como la suya. Aquello explicaba que hubiera dejado su trabajo para intentar mantener a flote aquella enorme mansión. Estaba haciendo todo lo posible por proteger el hogar de aquellos tres excéntricos residentes.

Estaba claro que Maggie Gladstone no había aprendido todavía que el trabajo de caballero andante era una pérdida de tiempo y una tarea que nadie solía agradecer.

Miró el reloj de la mesilla de noche y, al ver lo avanzado de la hora, intentó olvidar sus pensamientos y dormir. Un rato después, convencido de que aquello no le iba a resultar fácil, decidió que, ya que no podía dormir, podía empezar a escribir. Antes o después tendría que descubrir si era capaz de hacerlo.

Se incorporó y echó a un lado el pesado edredón. Se colocó en el borde de la cama y se dispuso a bajar. No recordó los pequeños escalones del lado del lecho hasta que se dio cuenta de que su pie derecho colgaba en el aire y perdió el equilibrio.

Se agarró con fuerza a una de las ornadas columnas de la cama, pero, al parecer, estaba rota, ya que cedió bajo su mano. En un movimiento reflejo que lamentó más tarde, bajó el pie izquierdo hasta el suelo y se apoyó sobre él. Una oleada de dolor lo recorrió por entero.

—¡Maldición!

Apretó los dientes y buscó un punto de apoyo. Su mano se cerró en torno a la tela del baldaquín.

Desgraciadamente, la tela no había sido diseñada para soportar peso. Se rasgó y Josh cayó al suelo, golpeándose el hombro y las costillas, cuyas heridas hasta entonces se estaban recuperando bien.

Josh cerró los ojos, apretó los dientes y esperó a que remitiera el dolor. La tela rasgada del baldaquín cayó sobre él.

Se quedó en el suelo, envuelto en la tela e intentó combatir el dolor con todas sus fuerzas. Un momento después oyó unos golpes en su puerta.

—¿Josh? ¿Josh? ¿Te encuentras bien? —Sonó la voz de Maggie.

—Estoy bien —musitó—. Vuelve a la cama.

—No creo que estés bien. Será mejor que abras la puerta. Me ha parecido oír que se caía algo.

—Ha sido un pequeño accidente —murmuró él.

—¿Otro accidente? —preguntó ella, consternada.

—No te preocupes —dijo él entre dientes.

Estaba seguro de que ella lo consideraría un torpe idiota. Y, desde luego, no podía culparla.

—Josh, tu voz suena terrible. Voy a entrar.

—¡No!

Aquello le hizo ponerse en acción. Se sentó bajo la tela que lo envolvía y tuvo que retener el aliento al sentir otra oleada de dolor.

—¡Maldición!

En aquel momento se abrió la puerta y Maggie introdujo la cabeza en la habitación.

—¿Josh? ¿Dónde estás?

El hombre comprendió que ella no podía verlo porque estaba situado al otro lado de la cama.

—Aquí. Escucha, no hay por qué preocuparse. Estoy bien.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —Miró hacia la cama—. ¡Dios mío! ¿Qué le has hecho a la cama?

—Pregunta más bien que me ha hecho la cama a mí. ¿Sabías que una de esas columnas está suelta? —Hizo un esfuerzo por librarse de la ropa que lo envolvía y no tardó en estornudar—. ¿Y cuándo fue la última vez que lavaste esta cosa? Está llena de polvo.

—¡Oh! Lo siento mucho. Hace tiempo que no la limpiamos. Ésta era la habitación de mi tía. No vi motivos para limpiar con regularidad los cuartos que no se usaban. Vamos, déjame ayudarte.

La oyó acercarse y se resignó a la inevitable humillación de ser encontrado en el suelo.

—Ya que estás aquí, supongo que puedes echarme una mano. Quítame esta estúpida tela de encima.

—Por supuesto. Siento mucho todo esto. ¿Intentabas bajar y no has acertado con el escalón? A veces la gente se desorienta y olvida lo altas que son estas camas. No pensarás demandarme ni nada de eso, ¿verdad?

—No es mala idea —murmuró él, con sequedad.

—No te serviría de nada. La única propiedad que tengo es esta casa de huéspedes y tú probablemente no la querrías —le quitó la

tela de encima—. ¡Dios mío!

Josh levantó la vista y vio que ella lo miraba fijamente. Se había ruborizado intensamente.

—¿Qué pasa ahora?

Observó también que la joven llevaba el cabello suelto en cascadas sobre la cara. Se había puesto una bata, pero no se había molestado en abrochársela. A través de ella, se veía claramente un anticuado camisón de franela adornado con pequeñas florecitas y algunos lazos.

A pesar de su dolor, Josh sintió que su cuerpo respondía ante la presencia de ella. Se preguntó cómo era posible que la naturaleza permitiera que un hombre pudiera sentir dolor y deseo al mismo tiempo.

—Te traeré una bata —dijo ella, volviendo a colocarle la tela encima.

—Espera. No vuelvas a enterrarme con eso —sonrió él—. Supongo que debía haberte advertido de que duermo en calzoncillos. Mira, si esto es demasiado para tu modestia virginal, vete de aquí. Puedo cuidarme solo.

—No seas ridículo. Te ayudaré a volver a la cama.

Terminó de quitarle la tela de encima y se volvió para depositarla en la silla más cercana. Una pequeña nube de polvo se elevó de la ropa.

—Supongo que debería aprovechar para lavarla —dijo.

—Buena idea.

Josh se agarró al borde del lecho y empezó a incorporarse. El movimiento le provocó un dolor penetrante y lanzó un gemido.

Maggie se volvió hacia él. La vergüenza había dado paso a la preocupación. Se acercó y lo cogió por un brazo.

—Vamos, apóyate en mí. Cuando estés en la cama, bajaré y te traeré algo de hielo para el tobillo. ¿Quieres que te ponga también un poco en el hombro?

La humillación de verse en aquella situación irritó a Josh.

—No necesito hielo, ni tampoco una enfermera. Déjame solo, ¿vale? No me estoy muriendo.

—No, pero es evidente que sufres.

Lo ayudó a sentarse en la cama y luego apartó su brazo.

—Quédate ahí. Volveré ahora mismo con el hielo. ¿Hay alguna

bata en tu armario?

—No. No tengo ninguna bata.

—Está bien. Ahora mismo vuelvo.

Salió antes de que pudiera detenerla. Josh lanzó un juramento en voz baja y se quedó sentado muy quieto esperando su regreso. Ya que había ido a buscar hielo, sería una idiotez por su parte no utilizarlo.

Cuando oyó sus pasos en las escaleras unos minutos después, el dolor había remitido algo.

—Afortunadamente, solemos tener bolsas de hielo preparadas para emergencias —musitó la joven—. Túmbate y te pondré una en el tobillo. También te he traído otra para el hombro.

Era inútil protestar, así que Josh se colocó contra los almohadones y dejó que Maggie le colocara las bolsas.

—Gracias —dijo.

La joven se enderezó y lo miró preocupada.

—¿Tienes algún analgésico?

—Sí, pero no lo necesito. Estaré bien dentro de unos minutos. El hielo será suficiente —la miró con malicia—. Estoy haciendo todo lo posible por arruinar cualquier idea romántica que puedas tener sobre lo que debe ser un investigador privado, ¿verdad?

Maggie sonrió.

—A decir verdad, sí. Desde luego, no te pareces a ninguno de los protagonistas de las novelas que he leído. Nunca había oído que ninguno se cayera de la cama, pero supongo que puedo afrontar la realidad. ¿Sigues pensando que puedes hacerte cargo del caso?

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con eso? Como de costumbre.

—Hablo en serio —se sentó en una silla al lado del cama—. ¿Cómo vas a investigar este caso?

Josh se encogió de hombros y se esforzó por hablar de un modo profesional.

—Bueno, creo que en este caso, lo primero que tengo que hacer es eliminar las teorías de todos. No creo que ninguno de tus residentes permanentes se sienta satisfecho con los resultados hasta que no les haya probado que están equivocados.

—Hum. Puede que tengas razón. Entiendo que no crees en

ninguna de las teorías que te han dado.

Josh se recordó que no le convenía hablar demasiado. No quería quedarse sin trabajo.

—Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que creo que hay que examinarlas atentamente. Ya conoces el viejo dicho: «cuando se ha eliminado lo imposible, lo que permanece, por improbable que parezca, debe ser la verdad».

A Maggie se le iluminó la cara.

—Sherlock Holmes —dijo—. Me alegro mucho de ver que has estudiado a los detectives clásicos.

—Ah, sí. Los clásicos.

Decidió que no sería buena decirle que hacía treinta años que había leído a Sherlock Holmes y que había olvidado hacía mucho de quién eran aquellas palabras.

—Supongo que utilizarás tu ordenador para eliminar lo imposible en tus casos.

—¿Eh? Ah, sí, el ordenador —repitió él, que sólo había pensado utilizarlo para escribir su libro—. En estos tiempos utilizamos mucho el ordenador en nuestras investigaciones.

—Sí, lo sé.

Josh, que conocía las dificultades de tener a un cliente al que entusiasmaban demasiado los misterios, se esforzó por cambiar de tema.

—Todavía no me has dicho cuál es tu teoría, Maggie.

La joven lo miró dudosa.

—Bueno, es cierto que tengo una. Pero probablemente sea pura fantasía.

—Oigámosla.

—Bueno —vaciló ella—, si he de ser sincera, he empezado a preguntarme si no habrá alguien buscando el broche de esmeraldas de tía Agatha. No he podido encontrarlo desde su muerte.

Josh reprimió una sonrisa. Aquel caso se hacía cada vez más interesante.

—¿Y por qué iba a tomarse alguien la molestia de crear tantos problemas por un broche?

Maggie se inclinó hacia adelante.

—Mi teoría es que la persona que está causando los problemas quiere que cerremos la mansión para poder registrar la casa en

busca del broche.

Josh intentó fingir que estaba impresionado.

—¿Crees que está oculto en algún lugar de la casa?

—Es posible. Mira, mi tía murió súbitamente de un ataque al corazón. No tuvo tiempo de dejar instrucciones de última hora. Tenía una salud excelente y ningún motivo para preocuparse por su futuro. Siempre le gustó mucho ese broche y solía guardarlo en su joyero en vez de en una caja fuerte, pero cuando repasé sus cosas después del funeral, el broche había desaparecido.

—¿Y quién tenía que heredarlo después de su muerte? ¿Lo especificó en su testamento?

—Sí. Me lo dejó a mí junto con la casa. Dejó instrucciones precisas de que debía considerarlo como una inversión.

—¿Una inversión?

—Sí. Para la casa. La tía Agatha me dijo en privado que, si alguna vez necesitaba el dinero para mantener la casa, vendiera el broche.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante que la casa siga abierta?

Maggie lo miró sorprendida.

—Es su hogar.

—¿El hogar de quién? ¿Te refieres a Shirley, Odessa y el coronel?

—Exacto. Si llegaba el día en que la casa dejara de producir dinero, la tía Agatha quería estar segura de que todavía podrían vivir aquí sus amigos.

Josh lanzó un silbido.

—¿Quieres decir que tu tía te dejó esa responsabilidad?

Maggie frunció el ceño.

—No me obligó a aceptarlo. Lo hablamos muchas veces antes de que yo decidiera hacerlo. No me importó. Siempre pensé que sería divertido dirigir la mansión Peregrine. Y lo es. Para mí, es el trabajo ideal. Aprendí bastante trabajando aquí los veranos. Y debo decir que nos iba muy bien hasta que empezaron los problemas hace unos meses.

—Pero ahora ya no te va tan bien —sugirió él—. Y el broche ha desaparecido. Probablemente lo robara hace tiempo algún ladrón que se hizo pasar por huésped.

—No lo creo.

—¿Solía tu tía llevarlo en público?

—Algunas veces.

Josh asintió sombrío.

—Entonces, mucha gente sabía que lo tenía y que no lo guardaba en el banco. Créeme, Maggie, es probable que desapareciera hace tiempo.

—Aunque tengas razón, eso no invalida mi teoría —señaló ella, testaruda—. Alguien puede pensar que el broche está en la casa y quiere buscarlo. Para poder hacerlo, necesita echarnos a todos al menos por una temporada.

El hombre golpeó el lecho con los dedos intentando no perder la paciencia.

—Dime una cosa. ¿Qué vas a hacer si no puedes conservar la casa para los amigos de tu tía?

La joven suspiró.

—No lo sé. Ninguno de ellos tiene recursos financieros. Sé que Odessa habla de sus acciones, pero la tía Agatha me dijo en una ocasión que las había comprado hace años y no parecía obtener nunca dividendos.

Josh sonrió brevemente.

—Eso elimina una de las teorías, ¿verdad?

Maggie le devolvió la sonrisa.

—¿La de sus sobrinos? Sí, eso me temo, pero no tengo valor para decírselo a ella. Es muy orgullosa. El hecho de poseer acciones es muy importante para ella.

—Bueno, lo comprobaré sólo para asegurarme. Si descubro que sus acciones no valen nada, tal vez pueda encontrar un modo de decirle a Odessa que sus sobrinos son inocentes sin tener que informarle de que sus acciones son una posesión inútil.

—Eso sería muy amable por tu parte.

—Bueno, ¿qué vas a hacer si no puedes mantener la casa abierta? —preguntó él de nuevo.

—No lo sé —admitió ella—. Lo único que puedo hacer es intentarlo.

Josh pensó que no se había equivocado al juzgarla. Aquella mujer aceptaba el papel de Don Quijote en un esfuerzo por proteger a los débiles e inocentes.

—Es una pérdida de tiempo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Hacerse el héroe. Nunca compensa.

La joven lo miró con aire interrogante.

—¿Cómo lo sabes?

—Por experiencia —musitó él con dureza—. ¿Cómo crees que me metí en esta profesión?

—¿Porque querías ayudar a la gente?

El hombre apretó la mandíbula.

—Cuando empecé, lo último que tenía en mente era crear una compañía como la nuestra. Al principio trabajaba solo. Tenía la estúpida idea de que podía ayudar a aquellos que no podían ayudarse solos.

Como dije, quería hacerme el héroe. Quería proteger a las persona que no pueden protegerse a sí mismas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó ella con gentileza.

—Lo que ocurrió fue que al final aprendí que es muy duro jugar al héroe porque es imposible distinguir a los buenos de los malos. Eso fue lo que ocurrió.

—No comprendo.

—¡Diablos, Maggie! En mis cinco primeros años como detective, acepté todos los casos tristes que me llegaron. Y ninguno de ellos era lo que parecía.

—Háblame de ellos —murmuró ella.

—¿Quieres saber lo que es ser detective privado? Pues te lo voy a decir. Me llegaban padres llorando y suplicándome que encontrara a sus hijas perdidas. Yo encontraba a la chica y descubría que se había escapado de casa porque tenía más miedo de ser violada por su padre que de la vida en la calle.

—¡Oh, Josh!

—Encontraba esposas perdidas que me decían que se habían escondido porque sus maridos las golpeaban regularmente y amenazaban con matarlas. Me suplicaban que no les dijera a mis clientes dónde estaban.

—¡Qué horrible!

—Y luego estaban los casos de la custodia de los hijos —continuó él con fiereza—. Los padres se peleaban entre ellos y los pobres chicos se veían atrapados en el medio. Los chicos son los premios de la batalla. Los despojos de la guerra. Un modo que

utilizan los padres para herirse mutuamente. Yo tenía que ponerme de parte del que tenía la custodia legal y a ninguno de ellos les importaba nada los niños.

Maggie se había quedado silenciosa.

—Creo que comprendo lo que quieres decir. La vida real no se parece a mis novelas de misterio, ¿verdad?

—La mayor parte del tiempo no se parece nada. Al final, recuperé el sentido común y decidí que, ya que no podía salvar a los débiles e inocentes, podía al menos conseguir que me pagaran bien. Un amigo mío y yo creamos la compañía. Alquilamos unas oficinas en Seattle, contratamos empleados y nos dedicamos a proteger a las grandes compañías.

—Supongo que hay una gran demanda para cubrir la seguridad de las grandes compañías en estos tiempos —dijo Maggie.

—Sí, y, aunque nunca creí que llegaría a decir esto, es un trabajo más limpio que el que hacía antes. Prefiero un caso de fraude de ordenadores o un problema de seguridad en las instalaciones.

—¿Sabes? —dijo ella—. No quería decir nada, pero no he dejado de preguntarme por qué habrías aceptado este caso. A decir verdad, me sorprendió bastante que me llamaran de tu oficina para decirme que venías para acá.

Josh se acomodó en la cama y observó su tobillo hinchado.

—Tú no fuiste la única.

—La tuya era la última compañía de la que esperaba obtener respuesta. Había probado ya con las agencias más pequeñas de Seattle y nadie estaba dispuesto a venir aquí. Empezaba a desesperarme y decidí que no tenía nada que perder contactando con las grandes firmas.

—Apuesto a que la mayoría se rieron en tu cara —respondió Josh.

—No exactamente, pero lo único que conseguí fueron una serie de cartas informándome de que no solían aceptar este tipo de casos.

—Tu situación es algo fuera de lo normal —asintió él.

Maggie se mordió el labio inferior.

—¿Y por qué aceptaste tú este caso, Josh?

—Me apetecía cambiar de aires —dijo él—. Como ya he dicho, es un caso que se sale de lo normal.

Maggie lo observó un momento y luego se puso en pie.

—Creo que hubo algo más —sonrió y se acercó a la cama—. ¿Sabes qué es lo que creo?

Josh la miró, preguntándose si habría adivinado que estaba utilizando su casa como un lugar de reposo.

—¿Qué es lo que crees? —preguntó.

—Creo que, a pesar de lo que has dicho, sigues haciéndote el héroe. Creo que algo en mi carta suscitó tu deseo de correr en ayuda de los débiles e inocentes. No quieres admitirlo porque eres demasiado orgulloso. Estás acostumbrado a ocultar tus sentimientos detrás de la fachada del detective duro y cínico que ya lo ha visto todo.

Josh extendió una mano y la cogió por la muñeca. Maggie dio un respingo y lo miró a los ojos.

—Si de verdad crees eso, te llevarás una decepción, amiga. Acepta un consejo. No pierdas el tiempo atribuyéndome motivos altruistas. Soy un hombre de negocios. Sólo consigues aquello por lo que pagas.

—Ya me has dicho que no estoy pagando la tarifa habitual, así que, ¿qué es exactamente lo que voy a conseguir?

—Todavía no estoy seguro —musitó él con voz ronca.

El perfume de ella le inundaba la cabeza y sintió una excitación desconocida. Sin pensar en lo que hacía, le apretó la muñeca y la acercó más a él.

La joven lo miró alarmada.

—¿Josh? Basta, por favor. ¡Por el amor de Dios! Ni siquiera te conozco.

El aludido sonrió con ternura.

—Pero yo sí te conozco a ti —musitó.

—No, eso no es cierto.

Pero no hizo ningún esfuerzo por soltarse; se limitó a mirarlo fascinada.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé que eres una chica de provincias que trabajaste hasta hace poco en una biblioteca. Sé que de niña pasabas aquí tus vacaciones de verano. Sé que tus padres viven en Arizona y que estás saliendo con un agente inmobiliario llamado
O’Connor

—sonrió con sorna—. ¿Quieres que continúe?

La joven abrió la boca, atónita.

—¿Cómo sabes…? Espera un momento. Has estado sonsacando al coronel y a los demás, ¿verdad?

—Soy detective privado, ¿recuerdas? Recopilar información es mi trabajo.

—Querrás decir meterte en los asuntos de los demás.

Josh se encogió de hombros.

—Es lo mismo. Después de un tiempo, te acostumbras a ello. En el mundo moderno, es difícil conservar la intimidad. En cualquier caso, pensé que tenía derecho a averiguar algunas cosas sobre ti. Tus amigos me hicieron ciertas advertencias y eso me enojó.

La joven frunció el ceño.

—¿Ciertas advertencias?

—Exacto. El coronel me dijo que no intentara seducirte a menos que mis intenciones fueran honorables.

—¡Qué vergüenza! —musitó ella, intentando por primera vez liberar su mano—. Puedes estar seguro de que ya les diré yo algo. Sé que sus intenciones son buenas, pero no tienen derecho a meterse en mi vida privada.

Josh le apretó la muñeca una vez más antes de soltársela.

—¿Significa eso que sí te interesa que te seduzca sean cuales sean mis intenciones?

—No seas ridículo —se apartó rápidamente de la cama—. No sé nada de ti. ¿Por qué iba a querer yo otra cosa que una relación de negocios?

—¿Quién sabe? Tal vez porque yo te comprendo mejor de lo que crees. Ya te he dicho que yo solía tener algunas cosas en común contigo.

—Pues no parece que tengamos nada en común ahora —replicó ella, cortante.

—Nunca se sabe. Tal vez seamos almas gemelas.

—Eso es una locura.

—La vida es una locura. ¿Quién podría imaginar hace una semana que hoy estaría tumbado en esta cama conversando con una ex bibliotecaria que lee demasiadas novelas de misterio?

Se inclinó y abrió el cajón de la mesilla de noche. Sacó la libreta y el bolígrafo que había dejado allí por si se le ocurría alguna idea

brillante para el libro.

Maggie lo miró vacilante.

—¿Qué haces?

—Igualar el marcador. Es justo que ambos empecemos esto con los mismos puntos.

Apuntó el número privado de su socio McCray y le tendió el papel a la joven, que lo cogió automáticamente.

—¿Qué es esto? —preguntó mirando los números.

—Has dicho que no sabías nada de mí. Eso puedo arreglarlo. Este número es de mi socio. Cuando lo llames, dile que yo le pido que te diga todo lo que quieras saber sobre mí.

—Pero yo no quiero saber nada sobre ti —repuso ella, arrugando el papel—. Al menos, nada personal.

—Nunca se sabe —murmuró él, tranquilamente—. Si decides que te interesa tener algo más que una relación puramente laboral conmigo, puede que quieras saber muchas cosas. Es razonable. En estos tiempos, hay que tener mucho cuidado con la gente.

—Supongo que sí. Yo intenté contratar un detective privado y mira lo que me han enviado. Hace falta valor.

—Eso fue lo que dije yo cuando leí tu carta ofreciéndome un mes de estancia gratis aquí. Al parecer, el valor es otra cosa que ambos tenemos en común.

—Eso no lo dudo —repuso ella, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Maggie?

—¿Sí? —Se detuvo con la mano sobre el picaporte.

—Espero que hagas esa llamada. Quiero que sepas exactamente dónde te metes.

—Pues espera sentado.

Josh sonrió.

—Quiero que llames, Maggie. Porque, si lo haces, sé que dejarás de estar en guardia conmigo.

La joven lo miró.

—A ti no te intereso yo. Esto no es más que un reto. Tu ego se siente retado porque mis amigos te advirtieron que no te acercaras a mí.

—Me advirtieron que no me acercara a menos que mis intenciones fueran honorables —corrigió él.

Maggie hizo una mueca de desdén.

—No creo que lo sean.

—Eso no lo sabrás hasta que hayas llamado a McCray. Estamos en la edad moderna, amiga. Una mujer inteligente procura informarse bien de todo lo concerniente a un hombre antes de entablar una relación con él.

—Yo no pretendo entablar ninguna relación contigo —musitó ella, saliendo apresuradamente del cuarto.

Josh sonrió satisfecho. No había duda de que ella era consciente de su presencia como hombre. Aquel mes en la mansión Peregrine podía resultar muy interesante.

Después de unos momentos, se quitó el hielo de la pierna y se levantó con cuidado de la cama. Esa vez sí encontró los escalones. Se apoyó sobre su pierna buena y examinó detenidamente las columnas talladas de la cama.

Recordó que Maggie le había dicho que aquella habitación había pertenecido a su tía Agatha. Agarró con fuerza el poste más cercano y lo hizo girar en sentido contrario al de las agujas del reloj. El poste crujió ligeramente y luego empezó a ceder.

Josh lo sacó de su agujero y vio un pequeño joyero en el hueco. Lo cogió y lo abrió.

Un anticuado broche de esmeraldas empezó a brillar a la luz de la lámpara de la mesilla de noche.

Sonriente, volvió a colocar la tapa y devolvió la caja a su agujero. Luego volvió a colocar con cuidado el poste y lo giró hasta que volvió a su sitio.

Mientras regresaba a la cama, se recordó una vez más que no había motivos para resolver demasiado pronto los misterios de la mansión Peregrine. Tenía todo un mes por delante. Todo un mes para profundizar en los misterios de Maggie Gladstone, lectora de novelas de detectives. Comprendió que la idea de aquellas cuatro semanas le producía más entusiasmo del que había sentido en mucho tiempo.

Se quedó dormido con la impresión de que alguien le hubiera quitado un peso enorme de los hombros.

Capítulo 4

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Maggie se sentía descansada y contenta. Comprendió entonces que en los últimos tiempos no había dormido demasiado bien. La tensión de escuchar para ver si oía ruidos extraños y la preocupación por el futuro de la mansión Peregrine la habían puesto nerviosa.

Al parecer, le sentaba bien tener en casa a un hombre como Josh January. A pesar de sus heridas, había algo extrañamente reconfortante en su presencia. Aunque no dejaba de ser una pena que la noche anterior se le hubiera insinuado de aquel modo; ahora no tendría otra opción que intentar mantenerlo en su sitio.

Se duchó y se vistió unos tejanos y una camiseta naranja. Luego se cepilló el pelo y, acababa de atárselo en una cola de caballo en la nuca, cuando sus ojos se posaron sobre la hoja de papel que había en la cómoda. Se quedó un momento inmóvil, pensativa, y comprendió que no le iba a resultar fácil olvidar la escena de la noche anterior.

Aunque sabía que no debía permitir que aquello se repitiera, una parte de ella se preguntaba cómo sería acostarse con Josh January. Nunca antes había experimentado una curiosidad tan potente y profunda. Su tranquilo pasado no la había preparado para las insinuaciones de un hombre como Joshua January.

Estaba segura de que él no se había sentido tan afectado por su proximidad como ella por la de él. Para Josh, el hecho de conquistarla no era más que un reto a su ego masculino.

Se dijo con firmeza que no llamaría a aquel número. Se preguntó

si él iniciaría siempre sus relaciones con un examen sobre el pasado de su pareja. Era probable. Aquel hombre no era un romántico. Tal vez su profesión hubiera destruido su sentido de la pasión de la misma forma que había destruido su fe en la naturaleza humana.

Pero, a pesar de ello, Maggie no se decidió a tirar el papel. Abrió un cajón de la cómoda y lo dejó en su interior. Luego salió de la habitación.

Al bajar las escaleras, le salió al encuentro el aroma del café recién hecho. Al parecer, Odessa se había levantado temprano. Maggie inhaló profundamente y sonrió con placer. Cuando abrió la puerta de la cocina, la sonrisa seguía todavía en su rostro.

—Buenos días, Odessa —dijo—. Ese café huele maravillosamente.

—Gracias —replicó Josh, desde el otro extremo de la enorme estancia—. Siempre suelo hacer buen café. Sírvete una taza.

La joven se detuvo al verlo. Estaba apoyado contra el mostrador con una taza de café en la mano y las muletas apoyadas a un lado. Estaba muy *sexy*, con una camisa vaquera abierta en el cuello y unos tejanos ceñidos. Su cabello negro brillaba a la luz del sol que entraba por la ventana.

Maggie, intentando permanecer impasible, dio un paso hacia adelante. Tendría que vivir con él durante un mes, así que no le quedaba más remedio que acostumbrarse a encontrárselo por la mañana.

Decidió que lo mejor que podía hacer era establecer ciertas normas. Estaba claro que la primera tendría que consistir en comportarse como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada. Se recordó que, después de todo, no había pasado nada. Ni siquiera había intentado besarla. Se había limitado a invitarla a que investigara su pasado.

—Gracias —dijo, cogiendo la taza que le ofreció él—. Parece que eres muy madrugador.

—Parece que tú también —sonrió él, mirándola a los ojos—. Una cosa más que tenemos en común.

Maggie se encogió de hombros.

—Yo soy una de las que se ocupa de la cocina. Tengo que madrugar me guste o no.

—Ah, sí. Estoy deseando probar ese desayuno casero que me

prometías en tu carta. Y también el té con pastas que describías en el folleto.

La joven tomó un sorbo de café.

—El té y las pastas sólo se sirven cuando la mansión está abierta a los huéspedes. Esperaba que lo hubieras entendido.

—Nada de eso. El té y las pastas forman parte del trato —musitó Josh, con expresión impenetrable—. Por lo que a mí respecta, acepté este trabajo basándome en las promesas contenidas en la carta y en el folleto que la acompañaba. Es un contrato vinculante.

—Vamos, Josh. Yo sólo pretendía que conocieras las posibilidades de la mansión. No quería insinuar que fueras a ser servido como si fueras un huésped de pago.

—Eso fue precisamente lo que yo entendí. Y quiero que cumplas tu promesa. Desayuno casero, té y pastas por las tardes y una cena de *gourmet*.

—¿De verdad? ¿Y cuándo me ofrecerás tú algo a cambio?

—Tranquila. No he dejado de trabajar desde que entré por esa puerta. Estás en buenas manos.

—Estupendo. Es reconfortante pensar que el futuro de la mansión está en manos de un detective que tiene problemas en bajarse de la cama —gruñó ella.

—Tal vez tenga problemas saliendo de la cama, Maggie. Pero te garantizo que sé muy bien como entrar en ella.

La joven levantó la barbilla con dignidad.

—Creo que debo decirte que no me gusta esa clase de humor. Además, yo soy la persona que te ha contratado y, por lo tanto, tengo derecho a decidir qué comportamiento espero de ti. Quiero dejar muy claro que espero que tu comportamiento para conmigo sea puramente profesional. ¿Comprendido?

—Comprendido —bebió un sorbo de café y sonrió—. ¿Vas a llamar hoy a McCray?

—No, claro que no. No tengo motivos para llamarlo.

—Yo te daré un motivo —murmuró Josh con suavidad.

Antes de que Maggie pudiera darse cuenta de sus intenciones, el hombre dejó la taza en el mostrador y tendió los brazos hacia ella.

—¡Josh!

La joven lo miró tensa. Se sintió empujada hacia adelante con gentileza y no pudo reunir fuerzas para resistirse. Su curiosidad era

más poderosa que su sentido común.

—Anoche quise hacer esto —murmuró él.

Inclinó la cabeza y sus labios rozaron suavemente los de la joven. El beso contenía una invitación y una promesa de algo más. Josh levantó la cabeza casi al momento, rompiendo el contacto antes de que ella tuviera tiempo de decidir cómo debía reaccionar. La miró con ojos brillantes.

—No lo hice anoche porque me pareció que era demasiado pronto —murmuró él, pasándole los brazos en torno al cuello—. Tú no estás acostumbrada a tomar decisiones rápidas sobre la gente como lo estoy yo. No sabes cómo mirar a los ojos a una persona y descubrir si te está engañando, pero a mí se me da muy bien. Llevo tanto tiempo separando la mentira de la verdad que en mí es como una segunda naturaleza.

—Tienes razón —replicó ella, sin aliento—. Yo no tengo esa habilidad. Así que, ¿cómo sabré si me dices la verdad sobre ti?

—Para empezar, puedes llamar a McCray —dijo él con gentileza.

Aquello devolvió a Maggie abruptamente a la realidad. Dio un paso atrás y Josh la soltó.

—No, gracias. Si lo hiciera, tampoco sabría si McCray me diría la verdad.

—Te aseguro que puede proporcionarte pruebas de cualquier cosa que te diga.

Maggie sonrió con nerviosismo.

—Disculpa. Será mejor que empiece a prepararte el desayuno. No quiero que digas que no te pago el sueldo.

El hombre sonrió.

—Tienes razón. En este negocio, las noticias corren muy deprisa. Si no me pagas, puedes tener problemas en contratar a otro detective en el futuro.

Odessa apareció en aquel momento en la puerta de la cocina.

—¿Discutiendo de nuevo, muchachos?

—Ha empezado ella —dijo Josh animoso.

Maggie lanzó un gemido.

—¡Y yo que empezaba a pensar que tal vez fueras lo bastante hombre como para aceptar la responsabilidad por tus acciones!

Josh bebió un trago de café.

—Depende del tipo de acciones.

—Vamos, vamos, muchachos. Ya basta —musitó Odessa, cogiendo un racimo de uvas y un cuchillo—. Deja de burlarte de ella, Josh.

—Sí —asintió Maggie—. De todas formas, tus amenazas son inútiles. Sabes muy bien que es poco probable que vuelva a necesitar un detective privado. ¿Qué me importa a mí si me ponéis en la lista negra por falta de pago?

—Nunca se sabe —murmuró el hombre—. En estos tiempos, muchas mujeres utilizan los servicios de un detective.

Odessa lo miró sorprendida.

—¿Y para qué quieren las mujeres los servicios de un detective? —preguntó.

—Para que investiguen los antecedentes de los hombres con los que salen —le explicó él—. A nosotros nos llegan muchos encargos de ésos, pero, como nos especializamos en seguridad de empresas, normalmente los pasamos a agencias más pequeñas.

Maggie parecía sorprendida.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Siempre hablo en serio cuando se trata de negocios —le aseguró él.

Odessa parecía pensativa.

—¿Qué clase de mujeres recurren a los detectives para que investiguen a sus novios?

—Las mujeres inteligentes —repuso él—. Muchas son mujeres con carrera y económicamente independientes. Corren el riesgo de que se casen con ellas por su dinero. Quieren asegurarse de que no van a casarse con algún listillo que sólo quiere limpiar su cuenta bancada y luego dejarlas plantadas. Otras son mujeres que quieren estar seguras de que sus novios no son bisexuales o toman drogas.

—Creo que tiene mucho sentido —anunció el coronel desde la puerta—. En los viejos tiempos, los padres y los vecinos de una joven sabían muchas cosas del hombre con el que quería casarse. Pero ahora no hay prácticamente nadie que proteja a las damas.

—Y, si uno intenta protegerlas, no quieren escuchar —repuso Josh, mirando significativamente a Maggie—. En estos tiempos, uno le da un consejo a una mujer y ella se apresura a apretar los dientes y salir corriendo en la dirección opuesta.

—Y hablando de correr, será mejor que sirvamos el desayuno,

Odessa —anunció Maggie—. Estoy segura de que Josh está impaciente por iniciar su investigación. Coronel, ¿le importaría enseñarle la casa esta mañana? Señálele los lugares en los que hemos tenido problemas. Tal vez pueda encontrar una pista o algo así.

—Desde luego —asintió el coronel—. Estaré encantado.

—Una pista —murmuró Josh con fingido entusiasmo—. ¡Qué idea tan buena! Las pistas son algo muy importante en mi trabajo.

* * *

Maggie se sorprendió al ver que, en los días siguientes, Josh se adaptaba muy bien a la rutina de la casa. A medida que sus costillas y su tobillo empezaron a mejorar, incluso empezó a resultar muy útil. Siempre se levantaba el primero y tenía ya el café listo cuando bajaba ella. Además, parecía ser bastante manitas en lo concerniente a la casa. La ayudó a pintar tres cuartos de baño de los huéspedes, arregló una bañera estropeada y colgó de nuevo el baldaquín sobre su cama.

Y no volvió a hacerle ninguna otra insinuación.

—Todavía no sé si eres un buen detective, pero me has ahorrado el dinero que tendría que haberle pagado a Dwight —le dijo en una ocasión.

—¿Quién es Dwight?

—Dwight Wilcox hace un poco de todo. Es el muchacho que se encarga normalmente de las reparaciones de la casa.

Al final de la semana, Maggie se dio cuenta de que se había acostumbrado ya a la presencia de Josh. La intimidad de compartir la cocina con él por las mañanas se había convertido en algo que esperaba impaciente cada día.

Por lo que veía, él parecía estar investigando los incidentes de la mansión. Pasó mucho tiempo con el coronel examinando el sótano, en el que se habían originado muchos de los incidentes, y habló largo tiempo con Odessa y Shirley. Hizo preguntas sobre los sobrinos y sobre Ricky «El Demoledor». Además, pasaba horas encerrado en su cuarto trabajando en su ordenador. A Maggie, todo aquello le parecía muy profesional.

Lo único molesto de la situación era que empezaba a cansarse de preparar té y pastas a las tres de la tarde.

—Me pregunto qué hará en esa cosa —murmuró Shirley el viernes.

Estaba sentada con los demás a la mesa de la cocina observando a Maggie amasar la harina para las pastas.

Josh llevaba tres horas en su habitación y Maggie sabía que bajaría en cualquier momento a exigir su ración de la tarde.

—Revisando la información que ha recogido —musitó el coronel con aire de entendido—. Nuestro hombre es un investigador moderno. Me ha dicho que la mayoría de sus investigaciones las lleva a cabo en el ordenador. También es muy listo. Demuestra un gran conocimiento de materias técnicas. Comprendió casi todos los detalles que le di sobre mis experimentos.

Odessa asintió sin levantar la cabeza de su labor de punto.

—Tengo que admitir que es muy buen oyente. Le conté todo lo de mis horribles sobrinos y pareció entender lo desagradables que pueden llegar a ser los familiares. Me dijo que, cuando empezó su trabajo como detective, gran parte de sus casos estaban relacionados con situaciones familiares desgraciadas.

Josh apareció en el umbral sin sus muletas.

—¿Están ya listas las pastas? —preguntó.

Maggie introdujo una bandeja en el horno y se volvió a mirarlo.

—No. Faltan al menos quince minutos. ¿Dónde están tus muletas?

—Ya no las necesito.

Entró en la habitación con cuidado. Seguía cojeando, pero era evidente que podía andar solo.

—Puedo arreglármelas siempre que no intente subir o bajar las escaleras corriendo. Estoy hambriento.

—Sí, hace casi tres horas que comiste, ¿verdad? —murmuró Maggie.

El hombre miró su reloj de pulsera y frunció el ceño.

—Más de tres horas. ¿Qué ocurre aquí? El folleto decía que el té se toma siempre a las tres. Ya son las tres y cinco.

Maggie lo miró con frialdad.

—Hablando de escaleras, ¿qué ocurriría si cayeras por ellas accidentalmente?

—Que te demandaría —le aseguró él—. ¿Está listo el té?

En aquel momento sonó el teléfono. La joven, que pensaba decirle que, si tenía tanta prisa, se lo preparara personalmente, cogió el aparato.

—Mansión Peregrine —dijo cortante.

—¿Maggie? —dijo una voz familiar al otro lado.

—Hola, Clay. Lo siento. Estaba ocupada. ¿Cómo estás?

—Muy bien —repuso Clay
O'Connor
, agradablemente—. Sólo llamo para asegurarme de que sigue en pie nuestra cita de esta noche.

—Por supuesto. A las seis, ¿verdad?

—Verdad —hizo una ligera pausa—. Escucha, he oído que tienes un huésped en la casa. Yo creía que habías decidido cerrar durante el invierno. ¿Has cambiado de idea?

Maggie se dio cuenta de que no se le había ocurrido inventar ninguna historia que explicara la presencia de Josh en la casa.

—Ha sido algo inesperado, Clay —dijo, pensando rápidamente. Clay
O'Connor
era un hombre muy agradable, pero no quería que nadie de fuera de la casa supiera que había contratado a un detective—. Ya te lo contaré todo esta noche. Te veré a las seis.

—Maggie…

—Tengo que darme prisa, Clay. Tengo unas pastas en el horno. Adiós.

Colgó el teléfono y miró a Josh.

—¿Problemas? —preguntó él con suavidad.

—Tenemos que pensar en una razón que explique tu presencia en la casa. No quiero que los habitantes de Peregrine Point sepan que he contratado a un detective. Podría enterarse la persona que está causando los problemas.

—Eso es cierto —intervino el coronel—. Cuando decidimos contratarle, acordamos guardar en secreto el motivo de su presencia aquí.

Josh miró a la joven. Parecía pensativo.

—¿No crees que tu amigo
O'Connor

guardaría el secreto?

Maggie frunció el ceño.

—No me preocupa que hable. Me preocupa que se ría de mí. Él cree que esos incidentes me han vuelto muy paranoica.

—Comprendido —asintió él—. No te preocupes. Se me ocurrirá una buena historia antes de que venga a buscarte esta noche. A las seis, ¿verdad?

—Sí.

Josh sonrió con picardía.

—Déjalo todo de mi cuenta. No me canso de decirte que estás en buenas manos, Maggie.

La joven lo miró recelosa. No terminaba de gustarle lo que oía.

—Tal vez sea mejor que inventemos la historia juntos —dijo.

—Olvídalo. Eso entra dentro de mi campo de trabajo.

—Pero…

—Vamos, Maggie —interrumpió el coronel—. Tiene razón. Déjale esto a él. Es un profesional.

—Creo que las pastas ya están listas —dijo Josh—. A propósito, la mermelada está a punto de acabarse. Será mejor que la pongas en la lista de la compra.

—Gracias por recordármelo —musitó Maggie entre dientes.

—Para eso estoy aquí. Para ocuparme de los detalles.

Odessa sonrió feliz.

—Es un alivio saber que tú te ocupas de todo, Josh.

—Desde luego —asintió Shirley—. Como solía decir siempre mi Ricky, cuando quieres que algo se haga bien, contrata a un profesional.

Josh sonrió.

—Estoy seguro de que Ricky sabía muchas cosas sobre profesionales, Shirley.

* * *

Mientras se vestía para la cena, Maggie se sentía cada vez más nerviosa. No había podido dejar de pensar en la historia que inventaría Josh para explicar su presencia allí y, cuanto más se acercaba la hora, más nerviosa se ponía.

Se puso un vestido negro de manga larga que realzaba su cintura y se dejó el pelo suelto sobre los hombros. Se disponía a elegir unos pendientes cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Ha llegado Clay —dijo la voz de Shirley—. Déjame verte, querida.

Maggie abrió la puerta de su cuarto.

—Dile que ahora mismo bajo.

—De acuerdo. Eh, ¿sabes una cosa? Tengo un collar que irá perfectamente con ese vestido. Espera un momento. Iré a buscarlo.

—No importa, Shirley, de verdad…

Pero la anciana había ya desaparecido del umbral. Reapareció unos momentos después con un largo collar de diamantes falsos.

—Aquí tienes, querida. Te iré perfecto.

La joven sonrió débilmente. No quería herir los sentimientos de la otra mujer, así que se puso el collar, que le colgó hasta la cintura. Los diamantes falsos brillaban en torno a sus pechos. Se miró al espejo y sonrió. Las vulgares piedras no carecían de cierto atractivo.

—Gracias, Shirley —dijo.

—Que lo pases bien, querida.

Al bajar las escaleras, oyó voces en la sala. Apresuró el paso y entró en la estancia en el preciso momento en que Josh y Clay se estrechaban la mano.

—Encantado de conocerlo, January —dijo Clay—. Me habían dicho que Maggie tenía un huésped aquí. Yo creí que había cerrado la casa durante el invierno.

—Un amigo común la convenció de que hiciera una excepción conmigo —explicó Josh—. Estoy escribiendo un libro y necesito un lugar tranquilo para trabajar. Mi amigo me sugirió esta casa y convenció a Maggie para que me dejara pasar un mes aquí —volvió la cabeza al oír entrar a la joven—. ¿No es cierto, Maggie?

La joven sonrió aliviada. Tenía que admitir que Josh era muy listo cuando quería. Hacerse pasar por escritor en busca de soledad e inspiración era un modo maravilloso de explicar su presencia en la mansión.

—Sí, es cierto —dijo con animación—. Un amigo común me convenció. Y, puesto que a Josh no le importa que estemos haciendo reparaciones, decidí hacer una excepción. ¿Estás listo para salir, Clay?

—Por supuesto. Estás encantadora esta noche —sonrió el aludido.

La sonrisa se reflejó en sus ojos azules. Era un hombre atractivo y amigable. Aquella noche se había puesto un traje caro para la cena. Lucía un anillo de oro con un diamante en un dedo y un reloj de oro en la muñeca. Se había arreglado el cabello castaño claro de un modo que le daba un aire muy sofisticado y urbano comparado con Josh.

De algún modo, el contraste entre los dos tenía el efecto de hacer que Josh pareciera peligroso y duro. Maggie decidió que aquella impresión se debía, en parte, a que el detective todavía no se había vestido para la cena.

Llevaba todavía los tejanos, unas zapatillas deportivas y una camisa de trabajo. Su cabello moreno probablemente no había conocido nunca el fijador. La joven se preguntó si habría bajado así para que su historia pareciera más realista. Desde luego, tenía aspecto de escritor, aunque ella no había conocido nunca a ninguno.

—Deberíamos irnos ya —sonrió la joven.

—No te preocupes, querida —se rió Clay—. Esto es Peregrine Point, no Seattle. No tenemos que preocuparnos por que nos quiten la mesa en el restaurante.

—Lo sé, pero estoy hambrienta.

Lo cogió por el brazo y lo condujo hacia la puerta. No quería que se quedara allí haciendo preguntas.

—Qué lo pasen bien —murmuró Josh cortésmente, desde el umbral.

—Gracias —musitó la joven.

—¿A qué hora volverás? —preguntó el hombre.

—No te preocupes por eso —replicó ella—. Tengo llave. Yo soy la dueña de esto, ¿recuerdas?

—Oh, sí. Es cierto.

Maggie se sintió aliviada cuando la puerta se cerró tras ella.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Clay, ayudándola a sentarse en el asiento delantero de su Mercedes plateado.

—No mucho. Una semana.

—Pues parece haberse instalado muy bien —dijo el hombre, sentándose ante el volante—. ¿Quién es el amigo común que te

convenció para que lo admitieras?

Maggie vaciló un momento.

—Oh, un amigo de Seattle —dijo con vaguedad—. Para ser sincera, siempre que no le importe estar ahí mientras pintamos y redecoramos, no me importa tenerlo. Este invierno no va a ser fácil. Normalmente tenemos todos los fines de semana llenos incluso en noviembre y diciembre.

Clay asintió con aire preocupado.

—Lo sé. Los próximos meses van a ser duros, querida. ¿Crees que merece la pena?

Maggie suspiró.

—Tengo que intentar salvar la casa. Ya te lo he dicho.

—Querida, admiro tu generosidad, pero haz caso a un experto. Esa vieja mansión es una ruina. Acabarás invirtiendo todas tus ganancias en ella y al final probablemente tendrás que vender de todas formas. Estarías mejor si vendieras ahora y sacaras algún beneficio.

Maggie apretó los labios. Aquélla no era la primera vez que Clay le sugería que vendiera la mansión. Tenía que admitir que, desde el punto de vista de él, tenía sentido. Después de todo, él era agente inmobiliario y entendía de aquello.

—Sé que tienes razón, pero tengo un compromiso con el coronel, Odessa y Shirley. Tengo que intentarlo.

Clay retiró una mano del volante y acarició un momento la de la joven.

—Lo comprendo. Pero recuerda que, si cambias de idea, estaré encantado de ayudarte a encontrar un comprador. Y ni siquiera te pediré ninguna comisión. ¿No te parece un trato justo?

Maggie sonrió.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

* * *

A las once de aquella noche, Maggie estaba de vuelta en su casa despidiéndose de Clay. Desgraciadamente, cada vez le costaba más trabajo encontrar un modo amable de librarse de él.

En el fondo de su corazón sabía que lo único que buscaba en

Clay era amistad y empezaba a sentirse algo culpable al respecto. Era evidente que él deseaba una relación más íntima. Se preguntó cuánto tiempo más podría aceptar sus invitaciones cuando sabía sin ninguna duda que nunca podría enamorarse de él. Quizá hubiera llegado el momento de terminar de una vez.

—Clay —empezó a decir, mientras sacaba la llave de su bolso—. He estado pensando.

El hombre la miró divertido.

—Yo también. Veo que la luz del salón está apagada, lo que significa que el coronel y los demás se han ido a la cama. ¿Por qué no me invitas a tomar una copa y seguimos pensando los dos juntos?

Maggie se mordió el labio inferior.

—La cuestión es…

Antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, la puerta se abrió y Josh apareció en el umbral.

—Me había parecido oír a alguien —dijo, encendiendo la luz del vestíbulo—. Estaba viendo la televisión en el estudio. Adelante. Podemos tomar un café todos juntos. ¿Juega usted a las cartas, O'Connor
?

Clay lo miró con evidente disgusto.

—Lo siento. No me gustan las cartas. Maggie dice que tiene que acostarse temprano. Será mejor que me retire. Buenas noches, querida.

La joven sonrió con nerviosismo.

—Ha sido una noche encantadora, Clay.

—Te llamaré —musitó él, bajando los escalones en dirección a su Mercedes.

Josh movió la cabeza con tristeza.

—Eso lo dicen todos.

Maggie lo miró furiosa.

—En su caso, da la casualidad de que es cierto. Me llamará.

—Sí, probablemente lo hará —repuso él, ayudándola a quitarse el abrigo—. Ven al salón. Te he preparado una taza de cacao caliente.

—¿Cacao? ¿Acaso me estabas esperando? Espero que no sea así, porque, si pensara por un momento que has montado esa escena en

la puerta para hacer que Clay se retirara temprano, me pondría furiosa.

Josh la miró con aire herido.

—Yo pensaba que te gustaría conocer los progresos que he hecho en tu caso.

Maggie lo miró a su vez.

—¿Es que has hecho algún progreso?

—No es necesario que pongas ese tono de sorpresa. Es mi trabajo. ¿Cuántas veces tengo que recordarte que soy un detective profesional?

—No sé por qué es algo que tiendo a olvidar —repuso ella con sequedad.

Capítulo 5

Josh sirvió el cacao caliente que había preparado con antelación. Al hacerlo, sintió que lo abandonaba la tensión que lo había acompañado durante toda la velada. Comprendió que había estado esperando el regreso de Maggie desde el momento en que ella saliera por la puerta del brazo de otro hombre cinco horas atrás.

El coronel, Odessa y Shirley le habían asegurado que la joven nunca se quedaba hasta muy tarde con Clay, pero aquello no le había aliviado. Sabía que era sólo cuestión de tiempo el que
O'Connor
convenciera a Maggie para que se quedara hasta más tarde. Había visto la determinación de su mirada cuando fue a recogerla aquella tarde. No tenía ninguna duda de que Clay estaba dispuesto a hacer lo posible por conseguirla.

Durante aquellas horas había tomado la decisión de que la joven no se acostaría con
O'Connor
mientras él estuviera allí para impedirlo. Si se acostaba con alguien, sería con él.

Sabía que se sentía atraído por ella desde el momento en que la vio, pero hasta aquella noche no había comprendido lo profundo de sus sentimientos hacia ella.

La interminable espera le había enseñado que en los últimos días había llegado a pensar en Maggie como en algo suyo y la idea de que otro hombre pudiera tocarla hizo que le temblara la mano

ligeramente. La jarra que tenía en la mano chocó contra la taza de Maggie.

La joven lo miró horrorizada.

—Ten cuidado con esa jarra. La tía Agatha me dijo una vez que ha pertenecido a la familia durante generaciones.

—A pesar de lo que pienses, no soy un completo inútil —repuso él, dejando la jarra en un lado de la mesa.

Maggie sonrió con alivio.

—Es que esa jarra es muy valiosa. Si alguna vez tengo que vender este lugar, me gustaría sacar dinero suficiente para que el coronel y los demás puedan contar con cierta seguridad financiera.

Josh se sentó con cuidado al lado de ella en el sofá.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso?

—¿En qué?

—En vender la casa, siempre que he hablado contigo, me has dejado muy claro que no tenías intención de considerar esa alternativa.

Maggie suspiró y se reclinó sobre el cojín del sofá.

—Clay y yo hemos hablado de ello —explicó—. Ya te dije que es un agente inmobiliario. Y al parecer es muy bueno.

—Lo sé. He visto el Mercedes y el anillo de oro.

—Él cree que debería desprenderme de la casa —continuó ella —. Dice que intentar mantenerla abierta es tirar el dinero.

—¿Cuándo empezaste a salir con él?

—Hace dos meses. Es muy simpático, ¿sabes?

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

—Pues lo es —murmuró ella.

Lo miró con reproche.

—Eso me recuerda que no supe qué decir cuándo me preguntó por nuestro amigo común. Deberías haberme contado antes tu historia.

—¿Qué le dijiste? —preguntó él.

—No mucho. Sólo que era un amigo que vivía en Seattle. Luego cambié de tema.

—Parece que te las has arreglado muy bien.

—A pesar de eso, espero que en el futuro me mantengas informada de tus intenciones. Y, hablando de informes, háblame de tus progresos.

Josh se encogió de hombros.

—Creo que puedo descartar la teoría de Shirley sobre el responsable de los problemas de la mansión. He hecho algunas averiguaciones sobre Ricky y la respuesta ha llegado hoy.

—Ah, sí —musitó ella—. Tus investigaciones en el ordenador. ¿Qué has descubierto?

Josh decidió que no merecía la pena decirle que sus investigaciones se habían limitado a una llamada de teléfono a sus oficinas, donde uno de sus empleados había llevado a cabo una rápida investigación.

—Ricky *Ring* salió de la cárcel hace cinco años. A juzgar por todos los testimonios, fue un prisionero modelo. Pasó la mayor parte de su condena enseñando a leer a otros presos. Desde que salió, dedica veinte horas a la semana a un proyecto de alfabetización. Lleva una vida tranquila en Portland y no muestra ninguna señal de volver a la mala vida. Sus únicos ingresos parecen proceder de bonos del Estado que compró años antes de ir a la cárcel. En resumen, Ricky es un hombre reformado.

—¿Ninguna indicación de que busque venganza?

—Ninguna.

Maggie miró pensativa su taza de cacao.

—Bueno, nunca creí que la historia de Shirley tuviera ningún fundamento. ¿Qué me dices de los sobrinos de Odessa?

—También los he investigado a ellos. Los tres sobrinos viven en la costa este. Ninguno ha viajado nunca a Washington y, al parecer, ninguno tiene intención de hacerlo. Lo que es más, todos disfrutan de una buena posición económica. Dos de ellos son abogados y el otro trabaja en un banco. Todavía estoy investigando las acciones de Odessa.

—Eso nos deja al coronel y sus experimentos.

Josh estuvo a punto de decirle que, por lo que había visto del trabajo del coronel, podían también descartar esa teoría. Era imposible que nadie pudiera convertir el agua en una sustancia combustible. Al menos, no del modo que lo intentaba el coronel. Pero pensó que guardaría esa información para más tarde. Todavía tenía que alargar su trabajo otras tres semanas más.

—Todavía estoy trabajando en la teoría del coronel y en tu idea de que alguien busca el broche de esmeraldas de tu tía —dijo.

—Supongo que piensas que mi teoría es tan disparatada como las de todos los demás.

—¿Por qué dices eso?

Su tono de voz lo asustó y la miró sorprendido. Aquélla no era la decidida Maggie que había llegado a conocer en la última semana.

—Esta noche estás algo deprimida, ¿verdad?

—Un poco —admitió ella.

Dejó su taza de cacao sobre la mesa y se puso a mirar por la ventana.

—Clay se ha pasado la velada hablando de lo inteligente que sería vender la casa. Sé que sus intenciones son buenas, pero, aun así, ha sido deprimente oírle detallar las razones por las que debería vender. Dice que no le estoy haciendo ningún favor al coronel, a Odessa o a Shirley al intentar conservarla.

—¿Sí?

La joven asintió.

—Dice que todos estarían mejor económicamente si vendiera la casa y les diera una parte de los beneficios. No sé, Josh. Quizá sea una estupidez intentar conservarla. ¿Qué pasará si no hay ningún misterio en todo esto? ¿Si no se trata más que de una vieja casa que empieza a caerse a pedazos?

—Eh, no saques conclusiones tan deprisa —musitó él.

Comprendió entonces que no quería que ella tuviera que enfrentarse tan pronto a la realidad y, para sorpresa suya, sintió un perentorio deseo de ayudarla a salvar su sueño. Se recordó a sí mismo que nunca compensaba hacerse el héroe, pero ya era demasiado tarde. Josh sabía que, en su interior, estaba ya buscando los medios de correr en su ayuda.

—Tal vez Clay tenga razón —dijo ella—. Tal vez les haría un favor a los demás si vendiera ahora. Sé que aman esta casa y piensan en ella como en su hogar, pero…

—Dame el resto del mes —se apresuró a decir él—. Dame sólo el tiempo para el que me contrataste. Es todo lo que te pido. ¿De acuerdo?

Maggie volvió la cabeza y lo miró con ojos húmedos.

—¿Pero qué puedes hacer tú aparte de demostrar que nuestras teorías son falsas? ¿Qué pasará si no ocurre nada raro?

El hombre le tocó el rostro con gentileza y se inclinó hacia ella.

—Maggie, tú me contrataste para que me encargara de todo. Déjame hacer mi trabajo durante el resto del mes y ya veremos qué ocurre —sonrió y le rozó los labios con los suyos—. ¿Qué tienes que perder? Recuerda que yo trabajo muy barato.

—Oh, Josh, no lo sé. Al principio, estaba segura, pero Clay dice…

—Olvídate de él, ¿vale? —Le acarició el labio inferior con el pulgar—. Todavía no has llamado a McCray, ¿verdad?

—Bueno, no —repuso ella, ligeramente temblorosa—. No veo por qué debería hacerlo.

—Maggie, cariño, eres muy amable, pero un poco ingenua.

Bajó los labios hasta la boca de ella y aquella vez los mantuvo allí.

Maggie se puso tensa al principio y, luego, para alegría de él, empezó a responder. Josh sintió que todo su cuerpo reaccionaba intensamente ante la promesa de la proximidad de ella. Una oleada de deseo lo recorrió por completo.

Cuando ella se movió al fin, fue solo para pasarle los brazos en torno a la cintura.

Josh se dio cuenta de que le costaba trabajo mantener el control sobre sí mismo. El efecto que Maggie tenía en él era electrificante. Se sentía hambriento de ella, pero era demasiado pronto para llevársela a la cama. Si lo intentaba, estaba seguro de que la espantaría para siempre. Se recordó que tenía que avanzar despacio, pero no estaba seguro de poder esperar. Nunca le había ocurrido algo así.

—¿Josh?

—Maggie, cariño. Déjame acariciarte. Por favor.

La tumbó con cuidado sobre los cojines del viejo sofá Victoriano y se colocó encima de ella. Deseaba ser cuidadoso y darle tiempo a responder sin presionarla.

Lanzó un gemido y besó la mejilla de Maggie y luego su garganta. Cuando levantó la cabeza para mirarla, vio que los ojos de ella expresaban asombro y desconcierto. Y luego percibió el deseo que empezaba a despertarse en ella. Alargó la mano para apagar la lámpara y las sombras los envolvieron.

—Josh. Josh.

En labios de Maggie, su nombre no era más que un dulce

murmullo en la oscuridad. Un murmullo que le provocó oleadas de pasión.

—Estoy aquí, querida.

Movió una mano y le acarició el cuello hasta el borde del escote.

—Eres un hombre muy raro —dijo ella, muy seria.

Aquello lo hizo vacilar.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Simplemente siento que en ti hay algo diferente.

—¿Diferente a qué? —preguntó él.

—Diferente a todos los demás hombres a los que he conocido.

Josh se relajó ligeramente y sonrió en las sombras.

—Muy bien. No es el mejor cumplido que puede recibir un hombre en esta situación, pero supongo que puedo interpretarlo como quiera.

La joven le tocó suavemente la mejilla.

—¿Y cuál sería el mejor cumplido?

Josh empezó a desabrochar los botones del vestido de ella.

—Podías decirme que soy increíblemente *sexy*.

—Lo eres —dijo ella, sincera—. Pero suponía que eso ya lo sabías.

El hombre se detuvo en uno de los botones y la miró a los ojos.

—Maggie, cariño, ¿hablas en serio? ¿De verdad crees que soy *sexy*?

—Sí. El hombre más *sexy* que he conocido nunca.

—¡Oh, Maggie! —Se echó a reír—. Te perdono todo lo que me has dicho estos últimos días. Hasta te perdono que me dijeras que era «propenso a los accidentes».

La joven sonrió.

—¿Te gusta oír que eres *sexy*?

—Me gusta oírtelo a ti. Me gusta mucho —continuó desbrochándole los botones—. Sobre todo porque yo creo que tú eres maravillosamente *sexy*.

La joven se echó a reír y se apretó contra él.

—Josh, tiene que haber algo más.

El hombre retuvo el aliento.

—Hay más, amor mío. Mucho más. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Terminó de desbrocharle el vestido. Los diamantes falsos

cubrían las curvas de sus senos. Introdujo la mano bajo ellos y tocó un pecho suave envuelto en una prenda de encaje. Lo acarició con el pulgar y sitió que el pezón empezaba a endurecerse. Comprendió que ella estaba reteniendo el aliento.

—Relájate, Maggie. Confía en mí.

—Ya confío. Es una locura, pero lo hago.

Le pasó los brazos en torno al cuello y lo besó en la mejilla.

Josh percibió la rendición de ella y se sintió maravillado. Sintió que le estaban ofreciendo un regalo maravilloso y no se atrevió a arruinar aquella experiencia exigiendo más de lo que ella estaba dispuesta a darle en aquel momento.

Bajó la mano hasta el borde inferior de su vestido y le acarició los muslos. Suspiró al notar la suave calidez entre sus piernas. Bajó la cabeza y le lamió el pezón a través del encaje. Cuado la oyó gemir con suavidad, empezó a explorarla más detenidamente.

Le bajó lentamente las braguitas hasta los tobillos y luego se las sacó. Le acarició las piernas y le separó los muslos con gentileza. Ella se resistió un poco y luego cedió ante su presión.

Los dedos de él acariciaron el suave nido que protegía su intimidad.

—Josh.

En su voz había pasión, pero también vacilación. El hombre no sabía si había ido demasiado lejos o si ella quería que avanzara más. Volvió a acariciarla y notó la humedad caliente de ella en sus dedos. La besó.

—¿Te gusta esto, Maggie?

—Sí. Oh, sí. Por favor, Josh.

El hombre respiró profundamente para controlar su propio deseo y volvió a acariciarla con la palma de la mano. Ella arqueó el cuerpo contra su mano. Josh le introdujo un dedo y sintió que ella se estremecía.

—Estás muy excitada —dijo, maravillado.

—Yo no… no puedo… Josh, me siento muy rara. ¿Qué me estás haciendo?

El hombre oyó la confusión y la excitación en su tono de voz y se quedó admirado al comprender que Maggie no reconocía que estaba a punto de tener un orgasmo. Se dio cuenta de que ella iba a descubrir el poder de su cuerpo gracias a él y lo envolvió una

especie de júbilo. Se sintió al mismo tiempo humilde y orgulloso. Podía darle algo casi tan maravilloso como lo que ella le daba a él. Algo que ningún otro hombre le había dado nunca.

—Relájate, amor mío. Será maravilloso.

Siguió acariciándola con gentileza y un momento después percibió los suaves temblores que emanaban del cuerpo de ella. En aquel momento le costó trabajo mantener su auto control.

—Josh.

El hombre se dio cuenta de que iba a gritar y le cubrió la boca con la suya. La abrazó y sintió tanto placer con el orgasmo de ella como ella misma. Lo único que deseaba en aquel momento era que ella fuera feliz y saber que él era el responsable de su felicidad.

Maggie se quedó inmóvil al fin y, durante largo rato, Josh se contentó con yacer a su lado saboreando su perfume y su proximidad.

Al fin, la joven se movió ligeramente.

—¿Josh?

—¿Sí?

—Eso ha sido… maravilloso.

El hombre sonrió en la oscuridad.

—Sí lo ha sido. Nunca había visto nada igual.

Maggie se echó a reír.

—Te estás burlando de mí.

—No, hablo en serio. Ha sido estupendo.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró ella—. No me he dado cuenta. No estaba pensando. Quiero decir que tú no…

Josh la besó en la boca, obligándola a guardar silencio.

—No, es cierto. Pero no importa —le aseguró—. Cuando me llegue el turno quiero estar muy dentro de ti. Y es algo pronto para eso. Necesitas tiempo para conocerme mejor. Quiero que estés segura de mí, amor mío.

La joven movió la cabeza.

—Ya vuelves a hacerte el héroe, ¿verdad?

Josh frunció el ceño.

—Ya te dije que dejé ese papel hace mucho tiempo.

—No te creo.

Josh abrió la boca para decirle que no se equivocara con él, pero algo se lo impidió. Un ligero sonido procedente de algún lugar de la

casa. Un sonido que no era normal.

—¿Josh? ¿Qué ocurre? ¿Ocurre algo?

—Calla.

Le puso los dedos en los labios en señal de advertencia y luego se sentó lentamente en el sofá.

El sonido, un pequeño ruido metálico, parecía proceder del vestíbulo. Maggie se sentó también y empezó a abrocharse el vestido. Josh la tocó en el hombro y le murmuró al oído:

—Quédate aquí. No te muevas.

La joven asintió y luego acercó sus labios a la oreja de él.

—¿Llamo a la policía?

—No. Todavía no. Pero debes estar preparada.

Se puso en pie y avanzó hasta la puerta de la sala. Escuchó un momento hasta que percibió el débil sonido metálico y supo con certeza que provenía del sótano.

Avanzó cojeando y maldijo en silencio la debilidad de su pierna izquierda. Cruzó el vestíbulo. Sus pies descalzos no producían ningún sonido sobre la moqueta. Cuando llegó a la puerta que se abría a las escaleras del sótano vaciló una vez más.

Silencio.

Abrió la puerta. Los goznes crujieron ligeramente. Las escaleras estaban completamente a oscuras. Si había alguien allí abajo, debía tener ojos de gato.

Pero su instinto le dijo que el sótano estaba vacío. Esperó un momento más y luego decidió encender la luz. Se apoyó contra la pared y se agachó. Si había alguien oculto allí abajo, no quería presentar un blanco fácil. Extendió el brazo y apretó el interruptor.

Se encendió la luz y Josh recorrió la estancia con la vista. El sótano estaba vacío. Se enderezó lentamente.

—¿Maggie? —llamó.

—Estoy aquí —murmuró ella desde el vestíbulo—. ¿Todo va bien?

—Sí, eso creo. Pero estoy seguro de haber oído algo. Voy a bajar a inspeccionar el sótano.

Empezó a descender las escaleras, apoyándose en la barandilla. Maggie lo siguió.

Lo primero que llamó la atención de Josh fue la fría corriente que recorría la habitación. Miró hacia las dos estrechas ventanas

situadas cerca del techo de la estancia. Una de ellas estaba abierta.

Bajó el último escalón y cruzó el suelo de cemento. Maggie lo siguió con la mirada.

—Josh, esa ventana debería estar cerrada. Siempre la dejamos cerrada.

—Estaba cerrada —musitó él—. Yo mismo lo comprobé antes. Pero el pestillo no vale gran cosa. Es muy fácil abrirlo desde el exterior. Quizá hasta se haya abierto solo. Es muy viejo.

Contempló la ventana un momento y luego examinó las cajas y archivos metálicos colocados bajo ella. Una sábana cubría los archivos metálicos. Encima de ella, había rastros de barro. Josh los tocó con los dedos.

—¿Qué has encontrado? —Se acercó Maggie—. ¿Barro?

El hombre asintió.

—Si ha habido alguien aquí, ha debido entrar y salir por esa ventana. Puede haber usado estas cajas para bajar y volver a subir luego.

Maggie se quedó pensativa un momento.

—Es una ventana muy estrecha —dijo.

—Es lo bastante grande para que pase un hombre delgado.

—O una mujer —la joven observó la estancia—. Josh, ¿crees de verdad que ha habido alguien aquí?

—Creo que hay muchas posibilidades de que así sea —repuso él.

—Pero ¿qué podía buscar? Aquí no hay nada de valor excepto la provisión de vinos de la casa. Pero está cerrada con llave en esa jaula de hierro —dijo, indicando la zona de almacenamiento de vinos.

—El vino puede ser tentación suficiente para algunos —señaló él, pensativo—. Adolescentes, tal vez.

Maggie lo miró.

—¿Sabes lo que creo yo?

—No. ¿Qué es lo que crees?

—Creo que alguien ha entrado aquí para buscar el broche de esmeraldas de la tía Agatha.

Josh guardó silencio. No le pareció el momento más oportuno para destruir su teoría.

—¿Qué te parece si echamos un vistazo y vemos si han forzado alguna de las cajas?

—Muy bien.

Maggie avanzó decidida hacia los archivadores que utilizaba el coronel para guardar los datos de sus experimentos. Después de unos pasos, se detuvo con un grito.

—¡Oh, Dios mío! Mira. Sale agua de esa tubería. Si llega hasta los muebles, destruirá los papeles del coronel.

Josh miró en la dirección que le indicaba y frunció el ceño. Un pequeño chorro de agua caía por entre la juntura de dos tuberías situadas en el techo. El volumen del agua aumentaba sin cesar.

—Pásame esa llave inglesa de la pared —ordenó—. No, ésa no. La otra. La grande.

Llegó hasta los archivadores, colocó las manos en dos de ellos y se izó hasta quedar de pie sobre la superficie de metal. Sintió una punzada de dolor en el hombro, pero la ignoró.

El agua empezaba a caer a los lados de los archivos. Maggie le tendió la llave inglesa.

—Toma, Josh. Date prisa. Al coronel se le romperá el corazón si se destruyen sus papeles.

—¿Crees que no lo sé?

Aplicó la llave inglesa a la juntura de las tuberías e hizo presión. El chorro de agua empezó a disminuir rápidamente. Josh dio un par de vueltas más a la llave y aseguró la juntura hasta que el agua dejó de salir.

Cuando hubo terminado, le tendió la llave a Maggie y se dejó caer lentamente al suelo. La joven cogió unas ropas viejas y empezó a secar el agua de la parte superior de los archivos.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada. Josh contempló la tubería y pensó en el pequeño sonido metálico que había oído desde el salón.

—No hay duda de que alguien ha estado aquí —dijo Maggie—. Alguien ha entrado y aflojado deliberadamente esa juntura.

—Eso parece —asintió él, sin dejar de contemplar la tubería.

—Si no hubiéramos descubierto el agua esta noche, por la mañana todo el sótano habría estado inundado. Habría sido un desastre.

—Sí, así es.

Aquel incidente obligó a Josh a contemplar el caso desde otro ángulo. Estaba claro que las cosas que habían estado ocurriendo en

la mansión Peregrine no podían atribuirse ya a la imaginación de sus habitantes.

—¿En qué piensas? —preguntó Maggie.

—En que los problemas que has tenido pueden ser obra de algún gamberro. Quizá alguno del pueblo al que le gusta causar problemas. O algún muchacho que disfruta haciendo este tipo de cosas.

La joven se mordió el labio inferior.

—El *sheriff* me dijo lo mismo cuando lo llamé después de los primeros incidentes —admitió—. Me dijo que me asegurara de cerrar todo bien por las noches. No me he molestado en volver a llamarlo. Estoy segura de que esto no es sólo una gamberrada.

Josh la miró y leyó la ansiedad en sus ojos; suspiró.

—¿Todavía crees que esto tiene algo que ver con el broche de esmeraldas de tu tía Agatha? No quiero destruir tu teoría, pero no tiene sentido que alguien inunde el sótano para buscar una joya.

Maggie frunció el ceño.

—Parece que pretendía destruir los papeles del coronel, ¿verdad? ¿Crees que puede haber algo de cierto en su teoría?

—No —repuso Josh—. No lo creo.

—Pero es posible que alguien crea que puede inventar eso y esté buscando la fórmula.

—Maldición, Maggie…

—Está bien. Está bien. Es muy improbable.

—Muy improbable.

—Pero no imposible —persistió ella.

Josh la miró un momento.

—Está bien —replicó con gentileza—. Admito que no es completamente imposible que algún otro inventor loco crea que el coronel ha encontrado algo importante y quiera ver cómo progresan sus experimentos o destruirlos. Pero, para ser francos, no creo que esa teoría tenga muchas posibilidades.

La joven asintió.

—Me parece bien. A cambio, yo accedo a tomar en cuenta tu teoría del vandalismo.

—Trato hecho —murmuró él.

Se miraron un momento en silencio y Josh vio que la expresión de los ojos de ella empezaba a cambiar. Comprendió que la joven

estaba pensando que seguían estado solos y la noche no había terminado aún. Sus ojos verdes expresaban cierta timidez.

Josh sabía que el momento de intimidad había pasado. Se recordó que, de todas formas, no había sido su intención llevar las cosas más lejos aquella noche. Sonrió.

—¿Por qué no subes arriba, Maggie? Yo cerraré la ventana. Mañana colocaré algo para impedir que puedan abrirla desde fuera. Hablaremos de esto por la mañana.

La joven vaciló un momento y luego asintió con rapidez.

—Buenas noches, Josh.

—Buenas noches, Maggie.

La observó mientras subía las escaleras y tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no llamarla, pero sabía que debía dejarla marchar. Maggie necesitaba tiempo. Además, el recuerdo de la mujer temblando en sus brazos en el primer orgasmo que había conocido nunca sería más que suficiente para acompañarlo aquella noche en sus sueños.

Capítulo 6

La playa estaba sumida en la niebla. En el horizonte, el gris del mar se fundía con el gris del cielo, de tal modo que era imposible decir dónde empezaba uno y acababa el otro. Abrigada con una chaqueta de lana, Maggie estaba inmóvil al borde del agua intentando comprender las emociones que la embargaban.

No había duda de que se estaba enamorando de Joshua January y aquello era algo que la complacía y la aterrorizaba al mismo tiempo. Él era muy diferente a todos los demás hombres que había conocido. No podía dejar de reconocer que había algo en su interior que se compaginaba bien con una parte de ella misma. En el fondo de su corazón, sabía que Josh era un hombre bueno.

Y, sin embargo, a pesar de aquella certeza instintiva, se veía obligada a admitir que había muchas cosas de él que desconocía. No debería haberle permitido que la besara de aquel modo la noche anterior. Después de todo, estaba trabajando para ella. Debería haberlo mantenido a distancia. Las cosas ya eran bastante complicadas en aquel momento en la mansión sin necesidad de añadir además una relación explosiva a sus problemas.

Pero la noche anterior había sido muy especial. En brazos de Josh se había sentido increíblemente bella, apasionada y libre. La alegría de aquella experiencia no la había abandonado todavía por completo. Si cerraba los ojos, podía todavía revivir aquel glorioso momento. Su cuerpo empezó también a responder a aquel recuerdo.

—Hola, Maggie —murmuró la voz de Josh a sus espaldas—. Tenía el presentimiento de que te encontraría aquí.

La joven se volvió con una sonrisa trémula en los labios y lo observó emerger de entre la niebla. Llevaba una cazadora deportiva sobre los tejanos.

—Hola, Josh —dijo ella, con ligereza—. ¿Me estás buscando para que te prepare el desayuno?

El hombre sonrió.

—El desayuno puede esperar. Quería hablar contigo, pero tú no has bajado a la cocina como de costumbre.

—Esta mañana me apetecía dar un paseo por la playa.

Josh asintió.

—Sí. A mí también.

Sacó la mano derecha del bolsillo y se la tendió a la joven.

Maggie vaciló un momento y luego se la cogió. Los dedos de él apretaron los suyos y empezaron a avanzar juntos por la playa en silencio. La joven no sabía qué decir.

—No pasa nada, ¿sabes? —murmuró él después de un rato.

Maggie levantó la vista.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tienes por qué estar nerviosa. No voy a echarme encima de ti.

—No pensaba que fueras a hacerlo —replicó ella.

—Sí lo pensabas. Pero anoche te dije que te daría tiempo y hablaba en serio.

Maggie respiró profundamente.

—Creo que debo decirte que no quiero aventuras pasajeras ni contigo ni con nadie más, Josh. Nunca me han gustado ese tipo de cosas y no pretendo empezar ahora. Ni siquiera contigo.

—Lo sé —le apretó la mano con ternura—. A mí tampoco me gustan las aventuras de una noche. Son poco satisfactorias.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —preguntó ella.

—Nos deja a ti, a mí y algo más.

—Josh —continuó ella—, no creo que esto sea buena idea. Yo soy un cliente y tú trabajas para mí. Yo vivo aquí en la costa y tú vives en Seattle y, si lo piensas bien, verás que somos dos personas muy diferentes.

—¿Lo somos?

—Sí.

—No lo creo. Creo que tenemos mucho en común. Lo supe la

primera noche en que te vi. Es sólo que tú necesitas tiempo para comprenderlo.

—Josh, por favor…

—Ven a cenar conmigo esta noche.

—¿Qué?

—Cena esta noche conmigo en la ciudad. Una cita de verdad.

—¡Oh!

El hombre sonrió.

—¿Es eso una respuesta?

—No.

—¿Es esa tu respuesta? Vamos, Maggie. Dame una oportunidad.

La joven frunció el ceño.

—Está bien. Cenaré contigo. Pero no quiero que te hagas demasiadas ilusiones.

—Me portaré bien. Después de todo, soy consciente de que puedo ser reemplazado en cualquier momento por Clay O'Connor

.

Maggie se echó a reír.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó él.

—El imaginarte vendiendo casas. No me entra en la cabeza.

* * *

A media mañana, cuando Maggie estaba cortando verduras para la sopa, oyó una llamada en la puerta de la cocina. La abrió y sonrió al ver en el umbral a Dwight Wilcox, el joven que arreglaba las averías de la casa.

—Hola, Dwight.

Por todo saludo, el aludido inclinó gravemente la cabeza. Maggie no le había visto nunca expresar ninguna emoción. No era viejo. No tendría más de veintiséis años, pero no había duda de que no encontraba muchas satisfacciones en el mundo. La joven se preguntaba a veces si habría sido feliz alguna vez.

Dwight llevaba su uniforme de trabajo, que consistía en una gorra de visera, un par de pantalones de algodón fuerte y una camisa verde. Llevaba también sus botas de suela gorda y, como de

costumbre, mascaba chicle.

—Buenos días. Voy de camino a la ciudad. He pensado que tal vez quisiera que examinara la caldera de la calefacción. El otro día mencionó usted algo al respecto. He traído mis herramientas —dijo, señalando la caja que llevaba en la mano.

—Estupendo. —Maggie se apartó para dejarle entrar en la cocina—. Me alegro de verte. No quiero correr el riesgo de que la calefacción vuelva a estropearse.

Dwight asintió y cruzó la cocina en dirección a la puerta que conducía al sótano. Maggie lo siguió. Estaba abriendo la puerta cuando apareció Josh en lo alto de la escalera. Se inclinó sobre la barandilla y preguntó:

—¿Qué pasa ahí abajo?

La joven miró hacia arriba.

—Éste es Dwight Wilcox. Ya te hablé de él. Va a revisar las calefacción para asegurarse de que todo va bien. Dwight, éste es Josh January. Está pasando unas semanas en la casa.

Wilcox lo miró por debajo de su visera.

—Hola.

Josh empezó a bajar las escaleras.

—Iré con usted, Wilcox. Yo también entiendo algo de instalaciones eléctricas.

—¿De verdad? —preguntó el otro, escéptico.

—De verdad. Además, necesito un descanso. Llevo toda la mañana escribiendo.

—Josh es escritor —se apresuró a aclarar Maggie.

Dwight era un genio en lo referente a problemas mecánicos, pero resultaba difícil saber si comprendía lo que le decían. Siempre parecía estar como ausente, como si le resultara muy difícil comprender a la gente. Las únicas cosas con las que parecía sentirse a gusto eran sus herramientas.

—Como quiera —dijo, disponiéndose a bajar al sótano.

Josh lo siguió.

—¿Cómo va la comida? —preguntó al pasar junto a Maggie.

—No te preocupes por eso. No creo que te mueras de hambre.

—Estupendo. Hablando de comida, he reservado mesa para esta noche en un lugar que me ha recomendado el coronel —dijo, empezando a bajar las escaleras.

Maggie se quedó en el umbral de la puerta y observó un momento a los dos hombres. Luego volvió a la cocina a terminar la comida. No pudo evitar preguntarse por qué habría insistido Josh en acompañar a Dwight al sótano.

* * *

A las siete de la tarde, Josh y Maggie tomaban asiento en un agradable restaurante construido sobre los acantilados. La joven miró a su alrededor. Era sábado por la noche y el lugar estaba lleno a rebosar. El ruido de las conversaciones se mezclaba con el sonido de los vasos y de los platos.

En cuanto hubieron hecho su pedido al camarero, Josh se reclinó en su asiento con una mirada de satisfacción en los ojos.

—Es un alivio verte fuera de esa casa, querida. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que afecta a nuestra relación la presencia del coronel y de los demás. Tengo la impresión de que si uno de ellos me viera sobrepasarme contigo, no tardaría en verme delante de un sacerdote con una escopeta apoyada en mi espalda.

Maggie se ruborizó.

—El coronel y Odessa son algo anticuados. Supongo que Shirley sería más tolerante. Después de todo, ha sido amante de un gángster.

—No cuentes con ello. Shirley sería tan dura como los otros dos —repuso él con ojos brillantes.

Maggie se ruborizó aún más.

—Escucha, no te preocupes por eso. No corres peligro de que alguien te apunte con una escopeta para obligarte a casarte sólo por haber tonteado un poco en el sofá.

—Yo no estaba tonteando. Iba muy en serio.

La joven frunció el ceño, no muy segura de cómo debía tomarse aquello. Decidió cambiar de tema.

—¿Por qué has bajado esta mañana al sótano con Dwight?

El hombre la miró con aire divertido.

—Quería ver si Wilcox demostraba alguna sorpresa al descubrir que tu sótano no estaba inundado.

Maggie abrió mucho los ojos.

—¿Sospechabas que podía haber sido él el que entró anoche por la ventana?

—Es una posibilidad. Es lo bastante delgado para caber por ella y sabe manejar herramientas. Además, como hombre encargado de las reparaciones en tu casa, ha tenido acceso a ella a menudo. Podía haber estropeado las chimeneas y el refrigerador.

—Sí, pero no puedo creerlo de él —se rió Maggie—. Apuesto a que no demostró ninguna reacción cuando bajasteis al sótano. ¿Me equivoco?

—No. Ese tipo ni siquiera parpadeó.

—Él es así. Lamento estropear tu teoría, pero es imposible descubrir nada en la cara de Dwight. Desde que lo conozco siempre ha tenido la misma expresión. No creo que demostrara ninguna emoción aunque bajara al sótano y descubriera que había salido un cocodrilo de la tubería.

—¿Es eso cierto? —preguntó Josh, pensativo.

Maggie sonrió.

—Escucha, olvídate de él. No creo que tenga nada que ver. Es cierto que entiende mucho de mecánica, pero, para ser sincera, no creo que tenga inteligencia suficiente para planear una serie completa de incidentes de ese tipo. Y, aunque así fuera, ¿qué razones podía tener? ¿Qué te hizo sospechar de él?

—Permíteme que te explique algo. Tú eres mi cliente. Por definición, todos los demás son sospechosos. Así es como trabajo.

La joven lo miró atónita.

—¿Todos los demás?

—Todos los demás —confirmó él.

—Vamos, Josh. ¿Incluso el coronel, Odessa y Shirley?

—Sí. Incluso ellos.

—No puedes hablar en serio. ¿Qué motivos podrían tener ellos?

Josh la miró con ojos fríos.

—¿Quieres motivos? Está bien, te los daré. Empecemos por el coronel. Le ha dicho a todo el mundo que es un genio y que está a punto de perfeccionar una fuente de energía nueva e ilimitada. ¿Qué pasaría si, en el fondo, él supiera que sus experimentos son una tontería y empezara a temer que todos los demás se enteraran de ello?

Maggie frunció el ceño.

—¿Crees que sería capaz de destruir sus archivos antes de que alguien demostrara que no ha hecho nada?

—Muchos de los incidentes que me describiste se originaron en el sótano donde el coronel guarda sus papeles. Si destruyera sus archivos y fingiera que había sido obra de espías industriales, podría decirle a todo el mundo que sus experimentos habían sufrido un serio retroceso.

—¿Crees que el coronel se arriesgaría a destruir la mansión sólo para preservar sus ilusiones? No lo creo.

Josh sonrió con sequedad.

—Eso sólo demuestra lo ingenua que eres, Maggie.

—No soy ingenua. Es que hace años que conozco al coronel y no creo que sea capaz de hacer nada que pueda ser violento o peligroso.

—Ha sido militar de carrera —le recordó él—. Ha pasado años aprendiendo a ser violento. Por todo lo que sabemos, puede haber sido entrenado en sabotaje. Pero, si no quieres creer eso de él, sigamos con Shirley.

—¿Shirley?

—Sí. Lleva años viviendo de ilusiones. Cree que el gran amor de su vida, Ricky *Ring*, la abandonó porque pensaba que ella lo había traicionado. Puede que la reconforte pensar que la dejó por eso y no porque hubiera encontrado otra novia. Tal vez se haya vuelto loca y haya decidido provocar los incidentes de la mansión sólo para convencer a sus amigos de que todavía le importa lo bastante a Ricky para que él quiera vengarse.

—Comprendo lo que quieres decir, pero tampoco puedo creerlo.

Josh asintió.

—Muy bien. Sigamos con Odessa. Quiere que vendas la mansión, pero sabe que el resto de vosotros, incluido su amante, el coronel, desea seguir ahí.

—¿Su amante? ¿El coronel? —Maggie estaba atónita—. Pero ellos sólo son buenos amigos.

—¿Crees que a la gente de su edad no le gusta el sexo tanto como a los demás? Créeme, son algo más que amigos.

—Pero tienen dormitorios diferentes. No duermen juntos —protestó ella.

—Las personas de su generación tienden a ser discretas.

Especialmente delante de la generación más joven.

—Sí, pero…

—No importa. Lo que quiero decir es que sus sentimientos por el coronel le impiden a Odessa animarte abiertamente a vender. Pero quizá haya preparado los incidentes porque comprende que estarían en mejor situación económica si vendieras y confía en que termines por decidir que es demasiado problemático mantener la mansión abierta.

Maggie lanzó un gruñido.

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo, detective.

—Tengo algo que decirte, encanto. He visto casos en los que la gente ha matado por motivos menos importantes que los que acabo de darte.

Maggie lo observó un momento.

—Puedo comprender que un trabajo como el tuyo convierta a una persona en un cínico —dijo con gentileza—. No me extraña que a veces resultes tan frío.

El hombre la miró a los ojos.

—Mi trabajo no me ha hecho cínico, Maggie, sino realista. He visto bastantes cosas como para saber que la gente puede ser increíblemente cruel y avariciosa.

—¿Quieres decir que tu lema está basado en la experiencia?

—¿Qué lema?

—Nunca compensa hacerse el héroe. ¡Pobre Josh! Debe de ser una batalla constante para ti.

—¿Qué es lo que es una batalla constante?

—Intentar no hacerte el héroe. Desgraciadamente para ti, tengo la impresión de que es algo innato en ti.

—Tonterías. Hace mucho tiempo que dejé de ser héroe.

—No estoy tan segura de eso —se inclinó hacia adelante—. Me has dado los motivos de todos los demás. ¿Qué hay de los míos?

—Ya te he dicho que tú eres el cliente.

—Eso no me convierte en inocente.

—No creo que tú tengas nada que ver con los incidentes, Maggie —musitó él, enojado—. Cambiemos de tema.

—Está bien. Si eso es lo que quieres. Hay algo que he estado pensando todo el día —dijo—. Una pregunta profesional.

—¿De qué se trata?

—¿Haces el amor con todas tus clientes femeninas?

—No, maldición. A decir verdad, tengo por norma no hacerlo. Es poco profesional. Involucrarse emocionalmente con un cliente es una de las cosas más estúpidas que puede hacer un investigador privado.

—Comprendo.

Maggie se sintió repentinamente aliviada. Josh no era la clase de hombre que rompiera sus normas con facilidad. El hecho de que hubiera roto una de ellas le produjo una profunda satisfacción.

* * *

Cuando volvieron a la casa horas después, oyeron murmullos de voces en el estudio. Josh lanzó una maldición en voz baja.

—Vaya. La televisión está puesta. Parece que nuestros tres guardianes nos esperan levantados.

Ayudó a Maggie a quitarse el abrigo y lo colgó en el armario del vestíbulo.

La joven se echó a reír.

—¡Qué tierno! Es lo mismo que hiciste tú la noche que Clay me llevó a cenar. No sé lo que haría si no tuviera a tanta gente preocupándose por mi moralidad.

Josh sonrió.

—Sólo queremos que no te metas en líos.

—Puede que tenga que vender la casa solo para poder disfrutar de cierta intimidad —replicó ella, avanzando en dirección al estudio.

Josh la siguió. La vio detenerse en el umbral del estudio. Sonrió y volvió la cabeza hacia él.

—La televisión está puesta, pero mira lo que hacen mis guardianes.

Josh miró por encima de su hombro y vio que el coronel, Odessa y Shirley estaban profundamente dormidos enfrente de la pantalla. Pasó delante de ella y apagó el televisor. Luego encendió la luz.

—Hola a todos. Es hora de levantarse.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —El coronel bostezó y se incorporó—. Ah, es usted, January. Me ha dado un buen susto.

Odessa abrió los ojos.

—¿Qué hora es? —sonrió a Maggie—. Ya has vuelto. ¿Lo has pasado bien, querida?

—Hemos pasado una velada muy agradable —le aseguró la joven.

Shirley bostezó y buscó sus gafas. Se las puso y miró detenidamente a Josh.

—Ya era hora de que volvierais a casa. ¿Lo habéis pasado bien?

—Lo hemos pasado estupendamente hasta que hemos llegado a casa hace unos minutos y comprendido que ustedes tres nos habían estado esperando —repuso Josh—. No era necesario. No somos unos niños, ¿sabe?

—Ha sido idea del coronel —se apresuró a decir Shirley.

—No veo por qué ha de preocuparse por nosotros —dijo Josh—. Me pagan para que cuide de Maggie, ¿no es así?

—Sí, bueno. El coronel dijo que era como pagar al zorro para que vigilara el gallinero. —Shirley volvió a bostezar—. Pero supongo que hemos cumplido con nuestro deber. Sugiero que todos nos vayamos a la cama.

—Buena idea. —Odessa se puso en pie y se arrebujó en su rebeca—. Hace un poco de frío aquí, ¿verdad?

—Revisaré el termostato —se ofreció el coronel—. Vamos, querida —miró a Josh—. Ustedes dos se acostarán enseguida, ¿verdad?

—No estoy seguro —dijo el otro—. Todavía no he decidido lo que voy a hacer durante el resto de la velada. Estaba considerando la posibilidad de quedarme aquí abajo y seducir a Maggie enfrente del televisor.

Odessa sonrió.

—Vamos, deje de burlarse de todos, Josh. Es hora de acostarse.

Avanzó hacia la puerta, dejando muy claro que esperaba que los demás la siguieran.

Josh la miró encabezar el pequeño desfile en dirección a las escaleras. Luego miró a Maggie. Leyó una promesa en sus ojos y suprimió un gemido. Era muy tentador, pero se estaba haciendo viejo para pasarse las noches revolcándose en sofás.

Extendió una mano para coger la de ella y la acercó a él. Luego la condujo detrás de los demás. La joven volvió la cabeza y él le

murmuró al oído:

—La próxima vez que estemos juntos será en una cama.

Maggie se ruborizó profundamente y se apresuró a subir las escaleras.

Un momento después, Josh daba las buenas noches a Maggie en la puerta de su cuarto ante la atenta mirada del coronel, Odessa y Shirley. La observó entrar en su habitación y luego se dirigió de mala gana a su cuarto.

Cerró la puerta tras él, se aflojó la corbata y miró el ordenador instalado en su escritorio. Era evidente que no podría dormir durante algún rato. Estaba demasiado excitado parra ello.

El libro lo esperaba, pero también necesitaba buscar respuesta a algunas preguntas. Después de todo, se suponía que estaba trabajando en un caso. Miró su reloj de pulsera. Era casi medianoche, pero McCray solía ser muy trasnochador.

Avanzó hasta el teléfono y marcó el número de la casa de su socio. Se sentó en la cama y apoyó la espalda contra el cabecero.

—¿Sí? —Le llegó la voz preocupada de McCray.

—Soy January.

—¿Estás haciendo horas extras? —se burló el otro—. El doctor te dijo que procuraras descansar. ¿Cómo van tus costillas y tu tobillo?

—Ya casi están bien. ¿Cómo va todo por la oficina?

—Bien. La verdad es que, aunque no te lo creas, nos las arreglamos bastante bien sin ti. Hemos terminado el caso Coswell y tenemos un nuevo cliente que quiere que instalemos un sistema de seguridad en su compañía de electrónica. ¿Qué quieres que te diga? Los negocios van bien.

—Me alegro de oírlo. Escucha, tengo un par de encargos para ti.

—¿Quieres que investigue a más gángsters ancianos?

—Olvídate de los gángsters —se quitó la corbata y la tiró sobre la silla más cercana—. Investiga a un tipo llamado Dwight Wilcox. Al parecer ha vivido en Peregrine Point durante un par de años. Es el que suele encargarse de arreglar las cosas aquí en la mansión. Dudo que encuentres algo, pero merece la pena intentarlo.

—No será difícil. Le pediré a Carol que se encargue de ello por la mañana.

—Muy bien. Llámame en cuanto tengas el informe.

—¿Hay algo de verdad en ese caso? —preguntó el otro interesado.

Josh pensó en el incidente de las tuberías.

—Eso parece. Probablemente solo sea una cuestión de vandalismo. ¿Sabes algo de esas acciones mineras?

—La compañía se declaró en bancarrota hace años. Parece que todo fue un engaño desde el principio. La mina no vale nada.

—No me extraña. Estaba casi seguro de que sería así, pero tenía que comprobarlo. A propósito, hay un par de cosas que quiero que me envíes mañana por correo.

McCray escuchó la petición de su socio y luego se echó a reír.

—¿Bromeas? ¿Quieres que te envíe un informe sobre ti? ¿Para qué diablos?

—Eso no importa. Hazlo.

—De acuerdo. Lo echaré mañana al correo. Lo recibirás dentro de un par de días. ¿Te importaría decirme para qué quieres saber tu situación financiera, tu grupo sanguíneo y tu estado civil?

—Eso no es asunto tuyo, McCray.

—Espera un momento. Déjame adivinarlo. Te has enamorado de la cliente, ¿verdad? He sospechado algo desde que me dijiste que no era ninguna anciana. Bueno, ¡qué me aspen! ¿Quieres un consejo, January?

—No.

McCray lo ignoró.

—Yo en tu lugar le daría flores en lugar de un informe sobre ti. Es mucho más romántico, ¿sabes? Hace tiempo que quería hablar contigo sobre tu modo de tratar a las mujeres. No quiero herir tus sentimientos, amigo, pero la cuestión es que no se te dan muy bien. No sabes comprenderlas. Para empezar, pasas demasiado tiempo trabajando.

—McCray, no olvides que soy el socio más antiguo de la agencia.

—Sí, señor —se rió el otro. Y colgó el teléfono.

Josh dejó el auricular en su sitio y se quedó un momento inmóvil. Luego se incorporó y se quitó la camisa, los zapatos y los pantalones y se acercó descalzo al armario. Cogió un par de tejanos, se los puso y se dirigió hacia el ordenador portátil. Abrió la maleta y colocó la pantalla en posición vertical. Luego se sentó y se dispuso

a trabajar.

Al igual que solía ocurrirle últimamente, pronto se sintió sumergido en la historia que estaba creando. Estaba a punto de hacer que su protagonista, Adam Carlisle, cayera en una trampa mientras investigaba a un sospechoso cuando oyó una llamada en la puerta.

—¿Josh?

El sonido de la voz de la Maggie lo devolvió a la realidad. Lo primero que pensó fue que algo malo ocurría.

Se puso en pie y cruzó la habitación de dos zancadas. Abrió la puerta y encontró a la joven en el umbral. Se había quitado la ropa y llevaba la bata que le había visto la primera noche que pasó allí. Parecía nerviosa, pero decidida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josh.

—No ocurre nada. Sólo me preguntaba, bueno, me preguntaba si desearías darme un beso de buenas noches. Eso es todo —sonrió ella nerviosa.

Josh se sintió aliviado y enojado al mismo tiempo.

—¿Darte un beso de buenas noches? Diablos, mujer. Pensé que había pasado algo malo. No vuelvas a hacerme esto.

Maggie parpadeó y dio un paso atrás.

—Escucha, si es mucho problema, olvídalo. Me siento avergonzada. No he debido venir —sonrió y se apartó otro paso—. Lo siento mucho. Te veré por la mañana.

Josh frunció el ceño y Maggie se marchó hacia la puerta de su cuarto.

Capítulo 7

Maggie tenía ya la llave en el picaporte cuando Josh la cogió por la muñeca.

—Un momento. ¿Adonde crees que vas? —dijo con suavidad.

La joven, profundamente ruborizada, se volvió de mala gana y vio que él estaba sonriendo. El verlo desnudo de cintura para arriba le provocó un deseo desconocido.

—No quería asustarte —murmuró, avergonzada.

—Estaba trabajando. —Josh la acercó más a él—. Cuando llamaste a la puerta, estaba pensando en otra cosa y mi reacción ha sido algo exagerada. Pregúntamelo de nuevo.

Maggie estaba ya muy cerca de él. El calor de la piel del hombre llenaba sus sentidos. Le puso las manos en los hombros.

—No puedo volver a preguntártelo. He necesitado de todo mi valor la primera vez.

Josh le cogió la barbilla con la mano.

—¿Y si te lo pregunto yo?

Maggie sonrió.

—De acuerdo.

—¿Quieres darme un beso de buenas noches?

—¿De verdad quieres que lo haga?

—De verdad —le aseguró él.

La joven frunció el ceño con aire preocupado.

—¿No lo dices sólo para no avergonzarme?

—No.

—Porque no quiero que me hagas favores. Si no te interesa esto

tanto como a mí, prefiero que me lo digas francamente —dijo con firmeza.

Josh lanzó un juramento.

—Si seguimos así, acabaremos despertando a nuestros guardianes.

Maggie cerró los ojos y se puso de puntillas. Luego levantó el rostro hacia él.

No ocurrió nada.

—¿Josh? —preguntó.

Abrió los ojos y vio que la observaba sonriente.

—Estoy esperando —le explicó él.

Enojada, le apretó los hombros y lo besó rápidamente en los labios.

—¿Y tú llamas a eso un beso? —preguntó él con curiosidad.

—No funciona si tú no colaboras —murmuró ella.

—Ah, así que lo que quieres es colaboración. Deberías haberlo mencionado antes.

Y, sin más, la cogió por la cintura y la introdujo en su habitación. Luego cerró la puerta y la apoyó contra ella.

—Intentémoslo de nuevo —dijo, acercando su boca a la de ella —. Bésame.

Maggie sonrió y le pasó los brazos en torno al cuello. Después se entregó con entusiasmo a su beso. Josh se acercó más a ella. Colocó uno de sus pies descalzos entre los pies de ella y la joven sintió una oleada de calor subirle por los muslos. Cuando él bajó la mano para cogerle las nalgas, suspiró.

Su bata se había abierto y el movimiento de la pierna de él le subió el camisón hacia arriba. La joven se apretó con fuerza contra él.

—Maggie —murmuró Josh—. Amor mío, me deseas de verdad, ¿no es así? Has necesitado mucho valor para venir aquí de ese modo.

—Sí.

—No te preocupes, amor mío. No te preocupes. ¿Por qué tiemblas? No pasa nada. Yo también te deseo. Te deseo muchísimo.

La cogió en sus brazos y avanzó hacia la cama.

—Josh —murmuró ella—. Tus costillas. Tu tobillo. Bájame. Vas a hacerte daño.

—No vamos muy lejos, querida. Creo que puedo llegar.

La soltó para apartar el edredón y la joven lo observó con ansiedad.

—En tu estado, no deberías levantar peso. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Lo descubrirás pronto, ¿no crees?

—¿Josh?

El hombre la miró a los ojos.

—Tú decides, Maggie. Si prefieres esperar, esperaremos. Lo comprenderé. No quiero presionarte.

La joven tomó aliento y negó con la cabeza.

—No. No quiero esperar.

—Me alegro —dijo él, quitándole la bata.

Cuando empezó a sacarle el camisón por la cabeza, ella se echó a temblar.

—Relájate, amor mío. Todo saldrá bien.

Dejó caer el camisón al suelo y se quedó mirándola. Le acarició un pezón tras otro con ternura.

—No te pongas nerviosa.

—No es eso —murmuró ella, cubriéndose los pechos con las manos—. Es que tengo frío.

—¿Por qué no te metes en la cama? Yo haré fuego.

Maggie obedeció y se tapó con la sábana hasta la barbilla. Quería mostrarse decidida, pero sentía una profunda necesidad de esconderse. No estaba acostumbrada a que un hombre mirara su cuerpo de aquel modo.

Cuando al fin estuvo oculta bajo el edredón, observó a Josh acercarse a la chimenea, arrodillarse y encender los troncos. Las llamas no tardaron en brotar.

El hombre se quedó mirando el fuego.

—Eres muy bella, Maggie —dijo al fin, sin volver la cabeza—. ¿Te lo había dicho ya?

—No.

La joven se sintió conmovida por la sinceridad que percibió en la voz de él. Josh no era un hombre que hiciera cumplidos a la ligera.

—Gracias —dijo.

Josh se puso en pie.

—Sólo quería que lo supieras. Alguien me dijo una vez que no

soy muy bueno con las mujeres. Al parecer, no soy lo bastante romántico o algo así.

Maggie tragó saliva.

—Creo que eres el hombre más romántico que he conocido nunca.

Josh la observó un momento en silencio y luego sonrió.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Me alegro.

Apagó el interruptor de la luz y la habitación se sumió en las sombras. El resplandor de las llamas cubría el lecho con un suave brillo dorado. Josh se quitó los pantalones vaqueros y los calzoncillos. Luego, avanzó hacia la cama sin dejar de mirar a Maggie.

La joven lo miró, admirada por la evidencia de su excitación. La idea de que él la deseaba de verdad le produjo una especial sensación de poderío femenino. Dejó de sujetar la sábana y apartó el edredón.

—Yo sólo había venido a por un beso de buenas noches —dijo sonriente.

Josh se metió en la cama a su lado.

—Va a ser un largo beso —explicó, acariciándole la espalda.

Dondequiera que la tocara, los dedos de él le quemaban la piel. Su nerviosismo terminó por desvanecerse para ser reemplazado por una pasión cada vez mayor.

Se apretó contra él y pensó que aquello era precisamente lo que había estado esperando toda su vida. Josh era el héroe de sus sueños.

Lo miró inclinarse hacia ella. Exploró con cuidado la curva muscular de su hombro y su fuerte torso. Le gustaba tocarlo. Le gustaba la fuerza que emanaba de él.

Lo besó en la garganta y le oyó lanzar un gemido de respuesta. Luego él introdujo de nuevo su pierna entre los muslos de ella.

—Eres muy bella —murmuró, besándole los senos y acariciándole el estómago y el pubis—. Ábrete para mí, querida. Déjame entrar en ti.

Cuando Maggie se disponía a separar las piernas, se oyó una llamada en la puerta.

—¿January? ¿Está usted ahí? —Se oyó la voz del coronel.

—¡Maldición! —gimió Josh, descansando su frente en el hueco del hombro de Maggie—. No puedo creerlo. Dime que no es cierto.

Todavía desorientada por la oleada de pasión y deseo que la envolvía por completo, Maggie cogió la cabeza de Josh en sus manos y miró hacia el techo en un esfuerzo por comprender qué era lo que ocurría.

El coronel llamó una vez más.

—¿January? ¿Todavía está despierto?

—¿Josh? —musitó la joven, acariciándole el pelo—. Es el coronel. Está en la puerta.

—Nadie puede tener tan mala suerte —se levantó de mala gana y cogió sus tejanos—. Un momento, coronel. Ahora mismo salgo.

A Maggie le costó trabajo contener la risa al ver la expresión de Josh. Él se volvió a mirarla y se inclinó sobre ella.

—Tú no te muevas —ordenó—. Y no hagas ningún ruido. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Josh reprimió un gemido y se enderezó; cogió el edredón y lo dejó caer sobre ella, cubriéndola de los pies a la cabeza. Luego fue a abrir la puerta.

—¿Qué ocurre, coronel?

—Creo que se ha estropeado la calefacción —anunció el otro—. Cada vez hace más frío. He ido a reajustar el termostato por segunda vez y me he dado cuenta de que no funciona. Creo que será mejor que echemos un vistazo. Podría ser una avería, pero la última vez que ocurrió sospechamos que se trataba de sabotaje. No pudimos probarlo, pero todos sabíamos que alguien lo había estropeado.

—Funcionaba bien después de que Wilcox lo examinara. Yo lo he vigilado a él.

—Bueno, pues algo va mal. Voy abajo a echar un vistazo. He pensado que tal vez quisiera venir conmigo. No es necesario que despertemos a las damas. Se preocuparían demasiado.

—Muy bien. Iré con usted —replicó Josh.

Maggie esperó hasta que se cerró la puerta y oyó los ruidos de sus pasos en las escaleras. Entonces apartó el edredón y se levantó de la cama. Encontró su bata en el suelo y se la puso rápidamente.

Seguiría a los hombres abajo y se enteraría de lo que ocurría. El coronel creería que había estado en su habitación y la había despertado el frío.

Fue a colocar la pantalla de la chimenea delante de los troncos que había encendido Josh y vio entonces el brillo del monitor del ordenador en la pared opuesta.

Pensó que Josh había estado trabajando hasta tarde en el caso y se sintió conmovida por su dedicación. Era evidente que obtenía más de lo que pagaba.

Se acercó un poco más para poder leer el texto de la pantalla. Siempre había sentido curiosidad por saber cómo trabajaban los detectives privados en la vida real.

Bajé por el oscuro pasillo, deteniéndome brevemente para leer la inscripción de cada puerta. El edificio de oficinas llevaba horas cerrado. El guarda era una persona de costumbres fijas, que estaría en aquel momento haciendo la ronda del tercer piso. Calculé que disponía de treinta minutos antes de que llegara al piso doce.

Encontré el despacho de Stalling al final del corredor. Una rápida mirada a la cerradura me indicó que entrar sería fácil. Tal vez demasiado. Un hombre como Stalling, que se disponía a robar millones y estaba dispuesto a cubrir su robo con un asesinato, no debería utilizar cerraduras tan baratas. La toqué con cuidado.

Era sencilla. No tenía nada de especial. No había duda de que podría estar dentro en menos de quince segundos. Aquella cosa era como una invitación directa.

Sin embargo, la última vez que había aceptado una invitación de aquel tipo había estado a punto de ser asesinado. Pero ¡qué diablos! Me gustaban los riesgos.

Empecé a trabajar en la cerradura. Me había equivocado. Sólo tardé doce segundos en abrirla. No pude evitar preguntarme por qué Stalling me facilitaba tanto la entrada en su despacho privado.

Maggie se sentó y miró atónita la pantalla. Parecía que Josh estaba escribiendo un libro.

Su trabajo como bibliotecaria la había familiarizado bastante con los ordenadores. Miró el teclado y pulsó la tecla que le permitía mover el texto en la pantalla. Retrocedió hasta encontrar el encabezamiento de un capítulo. No había duda de que se trataba de un libro. Una novela de misterio.

Se sintió engañada. No le habían enviado a un detective privado, sino a un escritor. No era raro que Josh pasara tanto tiempo allí en su cuarto. Ni tampoco que insistiera tanto en obtener sus comidas y su té con pastas. Los escritores sin éxito solían ser unos gorrones. Probablemente aquel trabajo le habría venido como anillo al dedo.

Maggie se puso en pie, furiosa por el modo en que la habían engañado. Se recordó que Josh ni siquiera era un escritor que publicara sus libros. Si lo fuera, ella, que leía cientos de novelas de misterio, habría oído hablar de él.

Miró a su alrededor. Decidió que había llegado el momento de descubrir a qué clase de hombre había metido en su casa. Se acercó a la cómoda y abrió los cajones.

En el cajón superior encontró una colección de calcetines y ropa interior ordenados meticulosamente. Los otros dos estaban vacíos. Entró en el cuarto de baño y observó los utensilios de afeitar colocados en la repisa.

Abrió luego el armario y encontró varias camisas, una única chaqueta de vestir y una corbata. Las dos maletas, que tan laboriosamente había subido la primera noche, estaban apiladas en el suelo. Se arrodilló y las abrió. Ambas estaban vacías.

Disgustada con la falta de pistas que indicaran la verdadera identidad de Josh, Maggie cerró el armario y examinó el resto de la habitación. Sus ojos se posaron en la mesilla de noche situada al lado de la cama.

Se acercó y abrió el cajón. Se ruborizó intensamente al descubrir un pequeño paquete de condones al lado de una libreta y un bolígrafo. Era evidente que a aquel hombre le gustaba estar preparado. Cerró el cajón y volvió al ordenador.

Se sentó delante de la pantalla y comenzó a leer.

* * *

-¡Maldición! —dijo Josh, examinando un cable suelto de la caldera de la calefacción—. Mire eso. Alguien lo ha cortado a propósito.

—Sabotaje —murmuró el coronel—. Lo sabía.

Josh asintió.

—Eso parece. No se puede decir cuándo lo cortaron, pero ha debido de ser recientemente. Probablemente mientras Maggie y yo hemos salido a cenar.

—¿Cree que alguien ha podido entrar aquí mientras Odessa, Shirley y yo veíamos la televisión?

—Es posible —murmuró el otro, recordando que, al llegar, habían encontrado a los tres dormidos.

—Nuestro oído no es tan bueno como antes —admitió el coronel —. Y la televisión estaba bastante alta. Supongo que alguien ha podido entrar aquí y cortar el cable sin que lo oyéramos.

Josh se incorporó. Deseó haberse puesto una camisa antes de bajar. El sótano estaba bastante frío.

—Las ventanas están las dos cerradas —observó.

—¿Qué cree usted que está pasando aquí, January? Usted es el experto.

—Creo que será mejor que arregle ese cable para que podamos calentar este lugar. La casa entera se enfriará en una hora. Mañana por la mañana echaré un vistazo al exterior a ver si puedo averiguar por dónde entraron.

El coronel asintió.

—Muy bien. ¿Qué hay de las damas?

Josh lo miró de soslayo.

—Se lo diremos todo por la mañana. Como ha dicho usted, no es necesario que se preocupen esta noche.

—Muy bien. En ese caso, volveré a la cama. A menos que necesite ayuda con los cables.

—No. Es un trabajo sencillo. Puedo arreglármelas. Tengo cierta experiencia en este tipo de cosas —repuso, arrodillándose delante de la caldera.

—Supongo que en su trabajo usarán mucho equipo electrónico, ¿verdad? —señaló el coronel.

—Sí y no podemos estar llamando a un técnico cada vez que se

estropea algo. Uno tiene que aprender a arreglárselas.

—Eso pensaba. Bueno, en ese caso, nos veremos en el desayuno.

—Muy bien.

Josh se concentró en la tarea de reparar el cable cortado y el anciano empezó a subir las escaleras.

Unos minutos después, colocó el panel de acceso, se limpió las manos y echó un último vistazo al sótano. El pestillo de las ventanas estaba cerrado y no podía haber sido echado desde el exterior. Eso significaba que la persona que había cortado el cable debía de haber entrado en el sótano a través de la puerta del vestíbulo. Era evidente que debía haber penetrado en la casa a través de alguna de las puertas o ventanas de la parte superior y, por lo que Josh sabía, nunca antes se había arriesgado tanto. Aquel bastardo se había movido por el vestíbulo como si fuera el dueño de la casa.

Frunció el ceño y se dispuso a subir las escaleras. No le gustaba la idea de que el inductor de los accidentes se hiciera cada vez más atrevido. Eso indicaba que el vandalismo podía volverse pronto más amenazador. Al paso que iba todo, alguien podría resultar herido.

Decidió que tenía que acabar con aquello antes de que se le escapara de las manos. Había confiado en que su presencia en la casa desanimara al autor de aquellos incidentes, pero era evidente que no había sido así. Las personas desesperadas podían hacer cosas peligrosas.

Examinó todas las habitaciones del primer piso. Las puertas y ventanas estaban bien cerradas. Mientras subía a su cuarto, se preguntó si podría haberlo hecho alguien del interior. Pensó en la lista de sospechosos y en los motivos que le había dado a Maggie durante la cena.

Alguien podía haber hecho aquel trabajo desde dentro, pero, por otra parte, no podía olvidar el incidente de la tubería. En aquella ocasión, era indudable que alguien había entrado por la ventana.

Seguía pensando en posibilidades y motivos cuando llegó a su cuarto. Lo primero que vio fue a Maggie sentada delante del ordenador. Al oírlo entrar, levantó la vista.

Josh vio que la mirada de ella reflejaba sospecha y furia y se le encogió el estómago. Había sido un idiota. Al entrar Maggie, se olvidó por completo del ordenador y del libro y ahora tendría que

pagar el precio de su estupidez.

—Maggie, cariño.

Cerró la puerta y se quedó inmóvil, intentando pensar con claridad. Era preciso que pudiera explicarle aquello, que pudiera hacérselo comprender. Respiró profundamente.

—Sé que debe haberte extrañado lo que has visto en la pantalla.

La joven se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—Supongo que vas a decirme que, puesto que te haces pasar por escritor, querías tener algo preparado por si alguien venía a espiarte. Supongo que irás a decirme que elegiste unos capítulos de una novela y los escribiste aquí para que todo el mundo pudiera creer que eres escritor de verdad.

Josh la observó detenidamente.

—Eso lo he escrito yo —admitió al fin.

—Lo sé.

Se puso en pie y se dirigió hacia la ventana con aire desafiante.

—Lo he sabido en cuanto he leído unas pocas páginas.

—Maggie, sé lo que estás pensando.

—¿De verdad?

—Sí. Crees que te he engañado. Que pediste un detective privado y te han enviado a un embaucador.

—¿Y no es cierto?

—No, maldita sea. Dame una oportunidad de explicártelo. Al menos me debes eso.

La joven siguió de espaldas a él mirando por la ventana.

—¿Eres de verdad Josh January?

—Sí. Te dije que llamaras al número que te di. Te dije que, si tenías alguna pregunta, mi socio te las respondería y te enviaría pruebas.

—¿Eres de verdad detective privado y dueño de la Agencia de Investigación y Seguridad?

—Sí, maldita sea. Puedo enseñarte mi licencia. Escucha, Maggie, esto no es lo que parece. Te juro que estoy haciendo el trabajo para el que me contrataste —dijo él, desesperado.

—¿Estás seguro de que no eres un aspirante a escritor, quizá un amigo del verdadero Josh January? Tal vez el verdadero January no tenía intención de aceptarme como cliente y te pasó la dirección a ti.

—Soy el verdadero Josh January.

Maggie lo ignoró.

—Tal vez no. Quizá sólo seas su amigo. Quizá él te dejó que te hicieras pasar por él durante este mes.

—Maggie, te digo…

La joven asintió pensativa.

—Comprendo que te pareciera muy interesante. Tenías que recuperarte de un accidente. Tenías tiempo libre y querías escribir un libro. ¡Vaya una ganga! Vacaciones gratis y la oportunidad de trabajar en tu manuscrito. Además, hasta podías jugar a los detectives de verdad. Muy divertido.

—Maldita sea, Maggie…

—Y, para que todo resulte aún más divertido, decides seducir a la cliente. ¿Es así como os divertís los hombres de las grandes ciudades?

Aquello terminó con su paciencia. Josh cruzó la habitación, puso las manos en los hombros de Maggie y la volvió hacia él.

—Soy el verdadero Josh January —dijo entre dientes—. Soy el socio más antiguo de la Agencia de Investigación y Seguridad. Estoy investigando este caso y, además, da la casualidad de que intento escribir un libro. Te garantizo personalmente que nadie te está estafando. Descubriré quién está detrás de esos incidentes. Y lo haré muy pronto.

—Consigo aquello por lo que pago, ¿verdad?

—Sí, maldita sea. Admito que al principio acepté este caso porque me estaba recuperando de un accidente. Mi médico y mi socio me convencieron de que descansara una temporada. Para ser sincero, este caso parecía muy sencillo. Supuse que podía resolverlo en menos de un mes y al mismo tiempo trabajar un poco en mi libro.

—¿Y qué me dices de las escenas de seducción?

Josh lanzó un gemido.

—Amor mío, tú eres la primera cliente a la que he intentado seducir. Y, hasta el momento, no puede decirse que haya tenido mucho éxito. Maggie, nuestra relación no tiene nada que ver con el caso. Te doy mi palabra de honor.

—¿De verdad te gusto un poco?

Josh se sorprendió al verla sonreír. Casi no podía creer a sus

ojos.

—Maggie, es algo más que gustarme. Te lo prometo. Te deseo mucho. Nunca he conocido a nadie a quien deseara tanto como te deseo a ti. Por favor, créeme.

—Hum.

El hombre le acarició los hombros.

—Escucha, amor mío. Esta noche no puedo darte ninguna prueba. No espero que creas todo lo que te diga. Lo único que te pido es que esperes hasta que puedas comprobar todo lo que te he dicho antes de tomar ninguna decisión.

—Supongo que podemos hacer eso —accedió ella.

—Mañana por la mañana puedes llamar al número que te di o puedes esperar un par de días y te enseñaré algo que demuestre que soy quien digo ser.

—Pruebas. Eso es lo único en lo que piensas —dijo ella, exasperada—. Oh, no importa, Josh. Te creo.

—¿De verdad? —La miró atónito—. ¿Sin pruebas?

—Olvídate de las pruebas. Nadie podría inventar una historia tan ridícula como la que acabas de contarme —se apartó de él y fue a sentarse en el borde del lecho—. Bueno, ¿vienes a la cama o qué?

—¡Maggie!

No podía creerlo. Ella le sonreía invitadora. Estaba dispuesta a aceptar su palabra y creer todo lo que le había dicho. Josh avanzó vacilante en dirección a la cama.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres pasar la noche conmigo en mi cama?

La joven se echó a reír.

—Lo que te pasa a ti, Josh, es que eres exactamente como el Adam Carlisle de tu libro. Eres uno de los buenos.

Capítulo 8

En el instante en que Josh la penetró, sintió que había encontrado una parte de sí mismo que ni siquiera había notado que le faltara. La calidez femenina de Maggie le hizo sentirse completo. Por un segundo, reconoció lo que le estaba ocurriendo.

«Es mía», pensó. «Está hecha para mí».

Al instante siguiente, aquel pensamiento se desvaneció en medio de la excitación que lo recorrió por entero. Una gloriosa sensación puramente física se apoderó de él.

Era muy consciente de los brazos de Maggie apretados con fuerza en torno a él. Sintió que le clavaba con suavidad sus uñas en los hombros. Oyó los pequeños gemidos que salían de sus labios a medida que ella se rendía también a la pasión que compartían los dos.

—Es maravilloso —murmuró contra su boca—. Me siento como si formara parte de ti.

—Y así es —dijo ella con sencillez—. ¡Oh, Josh!

Al sentir que ella empezaba a estremecerse, él le cubrió la boca con sus labios y se dejó arrastrar junto a ella hasta un clímax de placer.

Cuando todo terminó, la estrechó en sus brazos y acomodó su cuerpo contra el de él. Un momento después, Maggie se quedó dormida a su lado.

Josh yació inmóvil durante largo rato. Contempló el baldaquín del lecho e intentó comprender qué era lo que le ocurría. Se sentía diferente. Algo importante acababa de cambiar en su vida y Maggie

era el motor principal de aquel cambio.

Se dijo que él siempre la protegería, que cuidaría de ella costara lo que costara.

Al final se quedó también dormido con aquel pensamiento en la mente.

Maggie se despertó sintiéndose vagamente desorientada. Se desperezó con languidez y entonces su pie tocó una pierna masculina y recordó lo ocurrido la noche anterior.

Josh le había hecho el amor y había sido algo maravilloso. La experiencia más maravillosa de su vida.

Se acomodó contra él y el hombre le pasó un brazo por la cintura.

—¿Josh?

—¿Sí? —preguntó él medio dormido.

—¿Estás despierto?

—No.

Apretó el brazo contra ella y le acarició el pezón con una mano.

—No me molestes. Estoy soñando.

—Bueno, en ese caso…

Sonrió y empezó a acariciarle el pecho. Cuando llegó al vello de su bajo vientre, tiró de él con gentileza.

—Estás jugando con fuego, amiga. —Josh le mordió un hombro.

—Promesas, promesas. ¡Oh, Dios mío! —murmuró al tocar su pene—. Estoy jugando con fuego, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho.

—Creo que podría llegar a aficionarme a este juego.

—Es evidente que tienes ciertas aptitudes para él.

Se movió hasta colocarse de tal modo que pudiera besarle los senos y luego se detuvo abruptamente.

—¿Qué pasa, Josh?

—Maldición —se incorporó, apartó el edredón y miró el reloj de la mesilla de noche—. Son las seis y media.

—¿Y qué? Anoche nos acostamos tarde —musitó ella.

Josh la miró.

—El coronel, Odessa y Shirley se levantarán pronto. No quiero que te encuentres con alguno de ellos en el pasillo cuando vuelvas a tu cuarto.

—No te preocupes —sonrió ella—. Tendré cuidado.

—Claro que tendrás cuidado. Vas a salir ahora mismo de la cama, ponerte la bata y volver a tu habitación.

Maggie, ligeramente sorprendida por su tono de voz, se sentó lentamente. Se pasó los brazos en torno a las rodillas y echó la cabeza a un lado para observarlo.

—¿Tanto te preocupa que el coronel y los demás puedan enterarse de que hemos pasado la noche juntos?

—Sería embarazoso para ellos y para ti.

Salió de la cama y empezó a tirar del edredón hacia atrás. Un momento después, Maggie estaba desnuda sobre la sábana. Le sonrió.

—Creo que podría soportarlo.

Josh miró un momento la bella imagen de su cuerpo.

—No tendrás que soportarlo mientras yo esté aquí. Recuerda que es mi trabajo protegerte. Vamos, Maggie.

—No soy una niña, Josh.

—Lo sé. Pero tampoco eres precisamente una mujer experimentada —repuso él, poniéndose sus tejanos.

—Esa frase no me gusta. ¿Tengo que recordarte que fui yo la que tomó la iniciativa anoche? —Lo miró orgullosa—. Si hubiéramos esperado a que lo hicieras tú, yo seguiría sola en mi habitación.

—Ya hablaremos de iniciativas en otro momento.

Se inclinó, la cogió por la muñeca y tiró de ella para sacarla de la cama. Maggie suspiró y decidió rendirse. Se puso en pie y dejó que él le colocara el camisón y la bata.

—¿Siempre eres tan gruñón por las mañanas? —preguntó cuando la empujaba hacia la puerta.

—Eso depende —la besó con ternura—. Algunas veces me levanto de un humor fantástico. Desgraciadamente, esta mañana no es uno de esos días.

—Supongo que no es mi día de suerte.

—Exacto.

Abrió la puerta y la empujó hacia el pasillo.

Lo primero que vio Maggie fue a Odessa. La anciana se disponía a bajar las escaleras. El hecho de ver a Maggie salir de la habitación de Josh pareció dejarla impertérrita.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

La joven oyó gemir a Josh al otro lado de la puerta. A pesar de lo que le había dicho un momento antes, sintió que se ruborizaba. Se esforzó por sonreír con ecuanimidad.

—Buenos días, Odessa. He dormido bien, gracias —decidió que debía comportarse como si no ocurriera nada extraño—. ¿Y tú?

—Tuve algo de frío a medianoche. El coronel debió de poner el termostato demasiado bajo. Pero esta mañana se está muy bien, ¿verdad? ¿Cómo está Josh hoy?

—Josh —repuso el aludido, saliendo de su cuarto con expresión decidida— está muy bien.

Odessa empezó a decir algo, pero, antes de que tuviera tiempo de hablar, se abrió la puerta de Shirley.

—Hola a todos —se colocó las gafas y los miró atentamente. Sonrió a Maggie y a Josh—. Así que vosotros dos habéis decidido dar el gran paso, ¿eh? Enhorabuena. Sabía que sólo era cuestión de tiempo. Tendremos que hacer una fiesta de compromiso, ¿verdad, Odessa?

—¿Una fiesta de compromiso? —Maggie sintió náuseas en el estómago.

—Por supuesto —respondió Odessa—. Estoy segura de que queda algo de champán en el sótano —se volvió hacia el coronel que salía en aquel momento de su habitación—. ¿No nos queda algo de champán, coronel?

—Supongo que sí. ¿Qué vamos a celebrar?

Miró hacia el pasillo y vio a Maggie en el umbral de la puerta de la habitación de Josh.

—Ah, me parece que ya comprendo.

—¿Verdad que hacen una pareja estupenda? —sonrió Shirley—. Me recuerda mis primeros tiempos con Ricky.

—¿Sabes, querida? —le dijo Odessa a Maggie—, ya os dije que creía que Josh y tú estabais hechos el uno para el otro. ¿Verdad que lo dije, coronel?

El aludido asintió sin apartar la vista de Josh.

—Creo que dijiste algo así, querida.

Odessa volvió a sonreír.

—Y ahora ya están prometidos. Creo que todo esto es muy bonito.

La vergüenza inicial de Maggie empezaba a dar paso al miedo.

Comprendió que había esperado que Josh se hiciera cargo de la situación, pero él no hizo nada al respecto. Lo miró de soslayo y vio que estaba apoyado en el borde de la puerta con los brazos cruzados. Sintió deseos de gritarle y ordenarle que acabara con aquellas burlas, pero era evidente que él no tenía intención de intervenir.

—Muy bien —dijo la joven con una pequeña sonrisa—, ya se han divertido todos bastante. Creo que esto ha ido ya bastante lejos. No quiero más bromas, ¿de acuerdo? Es demasiado temprano para esta clase de humor.

—¿Quién está bromeando? —preguntó Shirley inocentemente—. Todos nos alegramos por ti, querida. Ya era hora de que encontraras a un verdadero hombre. No es que tenga nada contra ese Clay O'Connor, pero cualquiera podía adivinar que no era tu tipo.

El coronel miró a Josh con frialdad.

—¿Han fijado ya la fecha?

—No —replicó el otro con calma—, pero lo haremos uno de estos días.

El coronel asintió y pareció satisfecho.

—En ese caso, felicidades a los dos. Nos veremos en el desayuno. Por una vez, lo prepararemos todo nosotros. Yo solía hacer café en mis días de militar —les ofreció los brazos a Shirley y Odessa—. ¿Vamos, señoras?

—Sí, desde luego. —Odessa se cogió de su brazo derecho—. Estoy hambrienta.

—Yo también —asintió Shirley, cogiéndose del otro brazo. Miró a Maggie con picardía—. Supongo que vosotros dos también tendréis apetito. Nos veremos dentro de un rato.

La joven se quedó inmóvil hasta que los tres desaparecieron de su vista. Luego se volvió hacia Josh y lo miró con frialdad.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? Han creído que estamos prometidos.

—Sí, eso parece.

—Pero has sido tú el que les ha dado esa impresión —replicó ella—. ¿Por qué no has dicho algo? ¿Por qué no has intentado explicárselo?

—¿Y cómo diablos querías que les explicara que salieras de mi

habitación a las seis y media de la mañana y en camisón?

—No tenías por qué hacerles creer que estamos prometidos. ¿Qué haces ahí parado? ¿Es que no te preocupa que esos tres crean que estamos a medio camino del altar?

—¿Qué querías que dijera? ¿Qué he pasado la noche contigo pero mis intenciones no son honorables? Les hubiera costado mucho trabajo aceptarlo, Maggie. Recuerda que ellos son de otra generación.

—¿Desde cuándo te preocupa la aprobación de la gente? —Lo miró con ojos muy abiertos—. Josh, no tendrás miedo de que te obliguen a casarte con una escopeta, ¿verdad? Sé que era una broma, pero no puedes creer en serio que el coronel fuera a intentar algo así en estos tiempos.

El hombre se miró los brazos cruzados y luego levantó la vista hasta la cara de ella.

—Tal vez no quería herir los sentimientos de nadie. Después de todo, estoy aquí trabajando y Dios sabe que mi comportamiento no ha sido nada profesional. No debería haberte dejado entrar en mi cuarto anoche, pero lo hecho, hecho está, y me gustaría terminar este trabajo sin ganarme la hostilidad de nadie. Eso lo complicaría todo. Necesito la colaboración de todos para resolver este caso.

Maggie sintió como si acabaran de golpearla. Retrocedió un paso instintivamente, intentando comprender lo que él acababa de decir.

—¿Vas a dejar que crean que estamos prometidos solo para poder resolver este caso?

Josh frunció el ceño.

—Es lo mejor, Maggie. Creo que puedo dejarlo todo aclarado en unos días más. Tengo que investigar un par de ideas y luego prepararé una trampa para la persona que está causando los incidentes en la mansión.

—Comprendo.

Maggie tragó saliva. Josh pensaba marcharse dentro de unos días.

—Mientras tanto, no quiero enturbiar las aguas más de lo que ya lo están. Tenemos que hacer que todo en la mansión parezca tan normal como sea posible. Con franqueza, esto no es lo peor que podría haber ocurrido.

—¿No lo es?

—No. En realidad, cuanto más pienso en ello, más creo que puede ser justo lo que necesitábamos.

—No te comprendo. —Maggie sintió la boca seca y se preguntó, horrorizada, si no estaría a punto de echarse a llorar.

—Sí, creo que este pequeño malentendido puede trabajar en favor nuestro —declaró Josh—. ¿No lo comprendes? Es la tapadera perfecta para la trampa que pienso preparar.

Maggie lo miró. Sentía que iba a vomitar.

—No comprendo.

El hombre se enderezó y se dispuso a entrar en su cuarto.

—No te preocupes, cariño. Más tarde te explicaré los detalles. Mientras tanto, sigue adelante con esta historia del compromiso, ¿vale? Quiero que la crean todos, incluidos Odessa, Shirley y el coronel.

—Pero Josh… —se interrumpió al ver que él cerraba la puerta a sus espaldas.

Permaneció un momento observando la puerta antes de entrar en su propio cuarto. Mientras se quitaba la bata y el camisón, se prometió a sí misma que no se echaría a llorar. Dejó ambas prendas sobre la cama y se dirigió al cuarto de baño repitiéndose una vez más que no iba a llorar.

Pero el recordar lo que había dicho él sobre que aquel desgraciado malentendido sería una tapadera perfecta fue demasiado para sus confundidos sentimientos. ¿Qué otra cosa había esperado? Por supuesto, aquel hombre no iba a permitir de ningún modo que lo empujaran a un compromiso de verdad. Además, lo último que ella deseaba era que nadie lo obligara a hacer lo correcto.

Cuando se metió en la bañera, sus lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha. Hasta que no empezó a llorar no admitió ante sí misma lo que le había ocurrido en los últimos días.

Se había enamorado de Josh January.

* * *

El teléfono de la cocina sonó justo en el momento en el que Josh y el coronel les contaban a los demás lo del cable cortado en el

generador de la calefacción. Maggie cogió el auricular.

—¿Diga?

—Josh January, por favor —dijo una voz masculina al otro lado.

—Un momento —colocó su mano sobre el auricular y miró a Josh—. Es para ti.

—Gracias —se puso en pie y cogió el aparato—. ¿Sí? Oh, eres tú, McCray. No, no has interrumpido nada importante. Dime lo que tengas que decir y deja de hacerte el listo —hubo una pausa—. McCray, eso no tiene gracia. Ninguna de tus bromas tiene gracia. ¿Cuándo vas a meterte eso en la cabeza? Limítate a decirme lo que sepas de Wilcox.

Los otros dejaron de hablar al oírle mencionar aquel nombre. El coronel asumió una expresión pensativa y Odessa adoptó un aire de desaprobación. Shirley pareció fascinada.

—¿Está investigando a Dwight? —le preguntó Odessa a Maggie.

—Supongo que sí —repuso la joven.

—Wilcox conoce bien nuestro sótano —observó el coronel—. Y también sabe manejar herramientas.

—No sé —murmuró Shirley—. No puedo imaginarme a Dwight planeando todos esos incidentes. Mi Ricky siempre solía decir que, para ser un buen criminal, había que ser inteligente. A los estúpidos los cogen enseguida.

Josh ignoró los comentarios de los otros. Había sacado un bloc de apuntes de un cajón cercano y estaba ocupado tomando notas.

—Muy bien, McCray. No es mucho, pero es algo. Quiero que hagas algo más por mí. Mira a ver si Johnny puede averiguar algo sobre la mansión. No, todavía no sé exactamente lo que estoy buscando. Viejas leyendas sobre tesoros o dinero, cualquier cosa que tenga interés. Sí, exacto. Ese tipo de cosas. Llámame cuando tengas algo. Tranquilo.

—¿Y bien? —preguntó Maggie cuando él se unió a ellos en la mesa—. ¿Qué has averiguado acerca de Dwight?

—No mucho. —Josh miró la página en la que había escrito las notas—. Wilcox tuvo problemas con la ley hace unos años.

Shirley lo miró fijamente.

—¿Nuestro Dwight es un delincuente?

—No estoy seguro. —Josh arrancó la hoja de papel y se la metió en el bolsillo—. Lo detuvieron acusado de robo. Cumplió dieciocho

meses de condena y ha estado limpio desde entonces.

—¿Robo? —preguntó Maggie—. ¿Estás seguro?

El detective asintió con la cabeza.

—De momento, eso no significa gran cosa. Entonces era poco más que un muchacho y lo pescaron. Eso es todo.

—No me sorprende —murmuró Shirley—. Ya os he dicho que no es muy listo.

—Sin embargo, eso puede significar que ese joven tiene tendencias criminales —observó Odessa mirando a Maggie—. Quizá no debas permitirle que siga trabajando aquí, querida.

—¿Y quién más puede hacer su trabajo? —La joven cogió una tostada—. No creo que en Peregrine Point haya mucha gente que sepa reparar cosas.

—A pesar de todo, creo que deberíamos empezar a buscar a otra persona —declaró Odessa.

Maggie dejó la tostada en el plato.

—La tía Agatha lo contrató, ¿no es así?

El coronel asintió solemnemente.

—Así es. Fue hace dos años, poco después de que llegara a la ciudad. Siempre estuvo bastante satisfecha con su trabajo.

Josh levantó una mano.

—Escuchen. No tiene sentido discutir ahora lo que vamos a hacer con Dwight Wilcox. No quiero que Maggie lleve a cabo ningún cambio en lo relacionado con la casa. Eso alertaría a la persona que está provocando estos sabotajes.

El coronel asintió.

—Tiene razón, January. Tenemos que seguir dando la impresión de que pensamos que todos esos incidentes no han sido más que cuestión de mala suerte.

* * *

Aquella tarde, Maggie estaba sentada al lado de Josh en el Toyota del detective. Ella no le había pedido que la acompañara a la ciudad. A decir verdad, había hecho lo posible por disuadirlo de que fuera con ella, pero él había insistido. Maggie empezaba a aprender que, cuando Josh decidía hacer algo, era extremadamente

difícil apartarlo del camino elegido.

—No necesito ayuda para hacer la compra. Podía habérmelas arreglado muy bien sola.

Miró por la ventana hacia el mar color gris. Se aproximaba una nueva tormenta. Podía ver la lluvia cayendo sobre el mar. En menos de media hora estaría cayendo sobre tierra firme.

—No importa —repuso él—. Yo también tengo que comprar algunos artículos personales.

—Podrías habérmelos encargado a mí —murmuró ella.

—Sí, pero me apetecía salir —la miró de soslayo—. ¿Por qué estás hoy tan arisca?

—Yo no estoy arisca.

—Tonterías. Has estado así desde que te encontraste esta mañana con Odessa y con los demás al salir de mi cuarto. No seguirás preocupada por ese compromiso, ¿verdad?

—¿Y qué si es así?

—Maggie, ya te lo he dicho. Todo saldrá bien. Déjalo de mi cuenta, ¿vale?

—Lo he dejado de tu cuenta y mira lo que ha ocurrido —volvió la cabeza para mirarlo con furia—. Todo esto es culpa tuya. Vaya un detective que eres. Al menos podías haber comprobado que no había moros en la costa antes de echarme de tu cuarto. Pero no; estabas impaciente por que saliera de tu habitación.

—Estás enfadada, ¿verdad? —preguntó él, sorprendido.

—Sí, lo estoy. No me gusta esto, Josh. No me gusta nada.

—Tranquilízate, Maggie. Todo esto estará arreglado en cuestión de días.

—Oh, ¡qué bien! ¿Y qué pasará luego? ¿Qué quieres que les diga a Odessa, a Shirley y al coronel cuando tú te marches de aquí? Creerán que me has abandonado. Sentirán lástima de mí.

Josh no apartó la vista de la carretera.

—Diles que has cambiado de idea y has roto el compromiso. Lo comprenderán.

—No lo comprenderán. Pensarán que lo que ha ocurrido entre tú y yo no ha sido más que una aventura de una noche y tendrán razón.

—En ese caso, no rompas el compromiso.

Maggie lo miró atónita.

—¿Estás loca? ¿Qué voy a hacer cuando te hayas marchado? ¿Fingir que seguimos prometidos? ¿Cómo esperas que pueda convencerlos de algo así?

—Yo te ayudaría —dijo él—. Podríamos ampliar el compromiso durante algunos meses y luego decir que hemos cambiado de idea.

—¡Ah, claro! ¿Y cómo vamos a continuar con el compromiso cuando tú estés en Seattle y yo en Peregrine Point?

—Yo podría venir los fines de semana y tú podrías viajar a la ciudad. Seamos sinceros, Maggie; los dos nos sentimos mutuamente atraídos. Lo de anoche fue algo maravilloso. Eso lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué no podemos seguir viéndonos?

La joven cerró los ojos.

—Me gustaría que dejaras de mostrarte tan razonable. ¿No comprendes lo que intento decir? Yo no quiero un compromiso fingido.

—¿Ni siquiera como medio para resolver este caso? —preguntó Josh.

Maggie lanzó un gemido y volvió su atención a la lluvia que caía sobre el mar.

—Me siento atrapada —murmuró.

—No te preocupes —repuso Josh—, yo acudiré en tu rescate. Ya se me ocurrirá algo.

—Tú eres el que siempre está diciendo que no compensa hacerse el héroe.

—Ahora no me estoy haciendo el héroe. Yo te he metido en esto del compromiso y yo encontraré un modo de sacarte de él sin avergonzarte más de lo que ya lo estás.

—No estoy avergonzada —replicó ella con fiereza—. Es una situación incómoda, eso es todo. El coronel y los demás son demasiado anticuados.

—Dime la verdad, Maggie. Esta mañana, cuando has salido del cuarto y has visto a Odessa, te has sentido profundamente avergonzada, ¿no?

La joven suspiró.

—Sí.

—El compromiso era el único modo de salir de la situación —continuó él.

—Y además muy conveniente. Antes de que tuviera tiempo de

contar hasta tres, ya habías encontrado un modo de sacarle provecho.

Josh permaneció un momento en silencio.

—¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó al fin—. ¿Estás enfadada porque voy a utilizar nuestro fingido compromiso como tapadera para mi plan?

—No quiero hablar más de ello —declaró ella.

Habían llegado ya a la ciudad y Josh disminuyó la marcha para entrar en el pequeño aparcamiento del supermercado.

—El daño ya está hecho, así que sólo nos queda esperar que salga algo bueno de ello.

—Confía en mí, Maggie. Anoche lo hiciste.

—Pero esta mañana he aprendido mi lección, ¿no crees?

Capítulo 9

La joven estaba cargando bolsas de comida en la parte trasera del coche de Josh cuando Clay
O'Connor
la llamó desde el otro lado de la calle.

—Maggie —gritó, saliendo de su oficina—. Me ha parecido que eras tú.

La joven se enderezó y lo saludó con la mano. El centro de Peregrine Point consistía en dos bloques de tiendas. La agencia inmobiliaria de
O'Connor
estaba situada enfrente del supermercado. Clay debía de haberla visto desde la ventana de su oficina.

Maggie lo observó cruzar la calle. Vestía un par de pantalones de lana y un elegante jersey tejido a mano. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y el brillante de su anillo de oro lanzaba suaves destellos cada vez que movía la mano. Parecía que acabara de salir de una revista de moda masculina.

—Por poco no te he visto —se quejó cuando llegó hasta ella—. No había reconocido el coche. ¿De quién es? ¿De ese escritor?

Maggie sintió que se ruborizaba y se dio cuenta de lo incómodo que podía resultar lo de su fingido compromiso.

—Hola, Clay —dijo—. Sí, el coche es de Josh. Tenía que venir a la ciudad y me ha traído de paso.

—¿Sabes, Maggie? He estado pensando en ese hombre. No quiero asustarte, pero ¿no te parece raro que apareciera en el

momento en que lo hizo?

La joven lo miró sorprendida y frunció el ceño.

—¿Raro?

Clay se encogió de hombros.

—Bueno, tú decides cerrar durante el invierno y entonces llega él dispuesto a quedarse un mes. Yo te acompaño a casa después de cenar y él te está esperando en la puerta principal. Después me entero de que salís a cenar juntos y ahora vais juntos de compras. Me parece que se ha adaptado muy bien a la casa en poco tiempo.

Maggie se mordió el labio inferior.

—Ya sabes cómo son estas cosas, Clay. Él es el único huésped que hay ahora en la mansión, así que es como si fuera uno más de nosotros. La mayor parte del tiempo no lo vemos mucho. Se pasa la vida arriba trabajando en ese libro suyo.

Clay la miró pensativo.

—¿Has visto tú alguna evidencia de ese libro?

—Sí, a decir verdad, la he visto —repuso ella—. Es una novela de misterio. Y, por lo que he leído, bastante buena.

—Hum.

—¿Qué ocurre, Clay?

El joven sonrió con malicia.

—No me hagas caso, Maggie. Probablemente solo estoy celoso. Eso es todo.

La joven se sintió algo culpable.

—Clay, siento haberte hecho creer que mis sentimientos por ti eran más fuertes de lo que son en realidad. Es cierto que he disfrutado mucho en tu compañía, pero no quiero que pienses que yo…

Clay le puso un dedo en los labios para hacerle guardar silencio.

—No te preocupes por eso, Maggie. Ya soy un adulto; sé que, hasta el momento, nuestra relación ha sido sólo amistosa, pero tengo intención de que eso cambie y, mientras tanto, no me molesta tener competidores.

La joven lo miró enojada. Aquella situación empezaba a incomodarla bastante.

—Clay, no se trata de tener competidores. No quiero que pienses que estoy jugando contigo. Josh y yo, bueno, nos hemos hecho bastante amigos desde que llegó a la casa. Eso es todo.

El hombre hizo una mueca.

—No me preocupa. Supongo que tengo todas las ventajas. Después de todo, January se marchará dentro de un par de semanas y yo todavía seguiré aquí, ¿verdad?

—Clay, eres muy amable, pero…

—Recuerda que soy amable por naturaleza —se puso serio—. Maggie, antes hablaba en serio. Tú no sabes gran cosa de ese January. Si dice o hace algo que te ponga nerviosa, prométeme que me llamarás inmediatamente.

—Pero…

—Prométemelo, querida. Quiero que sepas que puedes llamarme si ocurre algo en la mansión.

—¿Cómo qué? —preguntó Josh con frialdad, apareciendo entre dos coches.

La joven dio un respingo al oír su voz. Volvió la cabeza y vio que llevaba una pequeña bolsa en la mano con la inscripción de la farmacia de Peregrine.

—Ah, estás ahí —dijo—. Me preguntaba dónde te habrías metido —miró su reloj de pulsera—. Dios Santo, mira qué hora es. Será mejor que nos demos prisa. Está empezando a llover.

Josh la ignoró y sonrió a Clay con aire retador.

—Me ha parecido oírle decir que le preocupaba que pudiera ocurrir algo en la mansión.

El otro se metió las manos en los bolsillos y le devolvió la mirada.

—Maggie y yo estábamos sosteniendo una charla amistosa. Hace varios meses que somos amigos, ¿no es así, Maggie?

—Sí, es cierto, Clay —intervino la joven, aturdida—. Escucha, de verdad tenemos que irnos. Te veré en otra ocasión. Josh, ¿quieres darte prisa, por favor? Tengo mucho que hacer en casa.

—Claro, cariño —volvió la espalda a Clay y abrió la puerta del Toyota para Maggie antes de instalarse en el asiento del conductor —. Hasta la vista,
O’Connor
.

La joven saludó a Clay con la mano al alejarse del aparcamiento.

—Has estado muy grosero —dijo, cuando salieron del aparcamiento.

—¿A qué te refieres?

—A tu modo de hablarle a Clay. Y no finjas ahora que no ha ocurrido nada. Te has portado como un maleducado y lo sabes.

—Ese tipo intentaba prevenirte en contra mía, ¿verdad?

Maggie levantó la barbilla.

—Sólo me ha dicho que sé muy pocas cosas sobre ti y que era extraño que hubieras aparecido en la casa de modo tan inesperado.

—Aparecí en la casa porque me llamaste tú —comentó él—. No lo olvides.

—Pero no podía decirle eso a Clay, ¿verdad?

—No si quieres que yo siga haciendo mi trabajo —asintió él con frialdad—. ¿Qué le has dicho?

Maggie suspiró.

—Poca cosa. Que eres uno más de los nuestros en la casa.

Josh soltó una carcajada.

—Como si fuera un viejo amigo de la familia, ¿en?
O'Connor
tendría que ser más tonto de lo que parece para creerse eso.

—No tienes por qué hablar así de Clay. No es ningún tonto. Es un hombre muy educado, que es más de lo que se puede decir de otros.

—¿De verdad?

Josh disminuyó bruscamente la marcha, salió de la carretera y se detuvo en una zona de aparcamiento escondida. Unos gruesos matorrales ocultaban el coche de la carretera.

—¿Qué haces? —gritó Maggie.

—Quiero hablar contigo y es difícil hacerlo en la casa. Hay demasiada gente.

Apagó el motor y se quedó largo rato callado mirando al mar. Maggie sintió que quería decirle algo importante.

—¿Josh? ¿Ocurre algo?

—¿Qué opinas de mi libro, Maggie?

La joven lo miró sorprendida.

—¿De tu libro?

—Tú eres la única persona que lo ha leído.

—Josh, siento haberlo hecho. No tenía derecho a espiarte de ese modo. Pero tienes que comprender que tenía miedo de haber sido estafada.

—¿Cuánto leíste? —preguntó él.

—Un par de capítulos.

—¿Y qué te parecen?

Maggie sonrió.

—Me parecieron maravillosos.

El hombre volvió la cabeza y la miró intensamente.

—Quiero que me digas la verdad.

—La verdad es que he leído innumerables novelas de misterio y puedo asegurarte que, por lo que he visto, la tuya es de lo mejorcito —dijo ella.

Josh suspiró profundamente.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo creo de verdad. Tu protagonista, Adam Carlisie, es estupendo. Intenta ir por la vida con una capa de cinismo que lo proteja, pero, en el fondo, es un héroe nato. Es un Don Quijote. Alguien que lucha por los débiles e inocentes mientras no deja de repetir que no compensa hacerse el héroe. Se parece mucho a ti, ¿no crees?

—Por supuesto que no. Él no es más que un producto de mi imaginación.

—Creo que es algo más que eso —replicó ella—. Es tu otro yo. Él resuelve la clase de casos que tú creías que ibas a encontrar cuando te metiste en esta profesión. Esos casos en los que hay una víctima inocente y un malvado. La clase de casos en las que no hay dudas entre el bien y el mal. Él lucha contra el mal y siempre gana.

—Eso es fácil en los casos de Adam Carlisle —asintió Josh con suavidad.

—Es un héroe. En el fondo, a los lectores les encantan los héroes y les gusta que se haga justicia. Más aún, creo que los lectores necesitan esa clase de historias. Satisfacen una necesidad interior suya. Tú escribes directamente al corazón de esos lectores, Josh. Tendrás mucho éxito.

—¿No lo dices sólo para animarme?

—No puedo creer que tengas tantas dudas. Normalmente pareces muy seguro de ti mismo.

Josh movió las manos con gesto vacilante.

—Como ya te he dicho, la tuya es la única opinión que he oído hasta el momento.

—Dime una cosa. ¿Vas a darle a Adam Carlisle una novia que le ayude a resolver los casos? Me encantan las novelas que describen una relación fuerte entre el protagonista y otra persona. No me gusta que haya sólo un protagonista masculino que se dedica a acostarse con todas las clientes femeninas. Eso me molesta mucho.

Josh la miró divertido. Le desabrochó el cinturón de seguridad y le acarició el cuello. Luego la acercó hacia él.

—Has dicho que yo me parezco mucho a Adam Carlisle. En algunas cosas, puede que tengas razón. Él no se acuesta con sus clientes ni yo tampoco.

La besó con suavidad en la boca.

—Me alegro de oírlo —repuso ella temblorosa.

—Me parece que pensaré seriamente en la posibilidad de darle una compañía femenina permanente.

Se acercó más a ella y la bolsa de papel de la farmacia crujió bajo su peso.

—¿Qué es eso? —preguntó Maggie.

—Nada.

—Espera un momento. Vas a aplastar lo que quiera que lleves ahí —cogió la bolsa y se dispuso a dejarla en el suelo, pero le resbaló y se la cayó de las manos—. Lo siento.

—Ya lo cojo yo.

Josh se agachó deprisa, pero no lo bastante deprisa como para impedir que ella viera el contenido de la bolsa.

Maggie vio la brillante caja de condones y lanzó un gemido.

—Por favor, dime que no has comprado eso en la farmacia de Peregrine Point. ¿Cómo has podido?

—Muy fácil. Pagándola, por supuesto. ¿A qué viene todo esto? Nos estamos acostando juntos, ¿no?

—Una vez —la joven levantó la barbilla—. Nos hemos acostado juntos una vez, Josh.

—¿Y qué?

—Que ahora lo sabrá todo el pueblo —gritó—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que esto no es más que un pueblo? ¿Cómo has podido hacerme eso?

—Creí que eso daría más validez a nuestra tapadera —dijo él con aire inocente.

—¿Tapadera?

Maggie abrió mucho la boca. Una furia incontenible se apoderó de ella y se lanzó sobre él.

Josh la cogió por las muñecas y sonrió.

—Maggie, Maggie, tranquila. Sólo estaba bromeando.

—Estás jugando con mi reputación. No me parece que sea un buen tema para bromear.

El hombre sonrió tranquilizador.

—Querida, dentro de un par de días todo el mundo se habrá enterado de que estamos prometidos y se acabarán los cotilleos.

—Pero no estamos prometidos —cerró los puños con frustración —. Maldita sea. Esto se complica demasiado.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Ya te he dicho que yo me ocuparé de todo.

—Sí, claro. Pues permíteme que te diga algo. Tu brillante idea de fingir que estamos prometidos durante una temporada y luego olvidarnos del asunto no saldrá bien.

Cogió su bolso, lo abrió y sacó un pañuelo de papel. Se sonó la nariz, furiosa consigo misma porque sabía que estaba a punto de echarse a llorar.

Josh la apretó contra su pecho y no dijo nada. La dejó llorar en silencio.

—Esto es humillante —gimió ella, secándose los ojos en la camisa de él—. No sé por qué me comporto así. Creo que últimamente he soportado demasiadas presiones.

—Probablemente. —Josh siguió abrazándola sin que al parecer le importara que ella le mojara la camisa—. Maggie, no tiene por qué ser un compromiso fingido.

—¿Cómo? —preguntó ella, apoyándose más contra él.

—He dicho que no tiene por qué ser un compromiso fingido. Podemos prometernos de verdad.

La joven se quedó inmóvil. Luego levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Prometernos?

Josh sonrió y le cogió la barbilla con una mano.

—¿Por qué no? Me parece que tenemos muchas cosas en común. Nos sentimos mutuamente atraídos. ¿Por qué no lo intentamos? Creo que podemos hacer que funcione.

La joven se apartó un poco, luchando por comprender lo que él

decía.

—¡Dios mío! Ya vuelves a hacerte el héroe, ¿verdad?

Josh frunció el ceño.

—¿Qué tiene esto de heroico?

—Mucho —dijo ella, volviendo a su lado del coche—. Quieres prometerte conmigo porque sabes lo mucho que me molesta ese compromiso fingido y te sientes responsable. No pienso consentirlo.

—¿No?

—Por supuesto que no. Tengo mi orgullo, ¿sabes? No necesito tu ayuda. No soy ninguna víctima débil e inocente. Puedo cuidar de mí misma. Hasta ahora, no lo he hecho tan mal.

Josh se recostó en su asiento y la observó de soslayo.

—¿Crees que sería capaz de comprometerme en matrimonio sólo para hacerme el héroe? No es cierto. Ya te he dicho que hace tiempo que dejé de jugar a los héroes.

La joven notó cierto enfado en su voz y se estremeció. Lo miró con nerviosismo y vio que no estaba de buen humor. A decir verdad, en aquel momento parecía muy peligroso.

—Entonces, ¿por qué has sugerido que nos prometiéramos de verdad? —preguntó.

—Ya te he dicho por qué. Porque creo que un matrimonio entre nosotros podría salir bien. Tengo casi cuarenta años y es hora de que me asiente. Tú tienes casi treinta y, hasta el momento, no parece que hayas encontrado a ningún héroe de carne y hueso que te enamore.

—Tengo ciertas posibilidades —se turbó ella—. Está Clay, por ejemplo.

—Vamos, Maggie. No puedes hablar en serio. Cuando yo llegué, empezabas ya a aburrirte de Clay.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó ella, furiosa.

—Resultó evidente el día en que volviste de tu cita con él —replicó él—. Te alegraste de que estuviera yo allí para librarte de él.

—Yo nunca dije tal cosa.

—No era necesario. Soy detective privado. Puedo ver por mí mismo lo que tengo delante de los ojos.

—¿De verdad? Pues te diré una cosa, señor detective privado. Cuando decida comprometerme de verdad, será porque esté enamorada y porque el hombre en cuestión me ame a su vez. No

será porque necesite una tapadera para un caso ni porque mi prometido crea que le ha llegado el momento de asentarse y no tenga nada mejor a mano. ¿Me oyes?

—Te oigo. —Josh golpeó el volante con los dedos.

Se produjo un silencio largo y pesado. La lluvia había llegado ya a la costa y caía sin cesar sobre el techo del Toyota.

Maggie se removió con nerviosismo. Deseó poder ser más despreocupada y limitarse a vivir y disfrutar de la pasión y aventura que la vida había puesto en su camino. Deseó que lo ocurrido la noche anterior no tuviera tanta importancia para ella.

Deseó muchas cosas pero, sobre todo, deseó no haberse enamorado de Josh January.

—Bueno —preguntó él, rompiendo al fin el silencio—. ¿Crees que podrías enamorarte de mí uno de estos días?

La joven vaciló entre decir la verdad o comportarse como una mujer madura y sofisticada. Con un enorme esfuerzo de voluntad, eligió la última opción.

—¿Quién sabe? En estos momentos tengo tantas cosas en la cabeza que no he tenido tiempo de pensar en ello —sonrió y consultó su reloj—. ¿No crees que deberíamos marcharnos? Se está haciendo muy tarde.

Josh la observó un momento en silencio y luego puso en marcha el motor, sin decir palabra.

* * *

Aquella noche, sólo en su habitación, el detective se dispuso a dar los últimos toques a su plan para atrapar al intruso que forzaba su entrada en la casa. Su plan era sencillo. Si sus sospechas eran ciertas, se enfrentaba a un delincuente muy listo y no tenía sentido idear planes demasiado sofisticados.

No podía perder de vista el hecho de que tenía que actuar deprisa. Sentía que el peligro aumentaba a cada día que pasaba. Quien quiera que fuera el intruso, se volvía más atrevido o más desesperado. Tenía que detenerlo.

Cuando se sintió satisfecho con su plan, decidió ponerlo en práctica al día siguiente.

Aquello lo dejó sin nada en que ocupar su mente. Maggie se había ido a la cama hacía tiempo y no daba señales de que fuera a ir a buscarlo por segunda vez y a él no le apetecía trabajar en el libro.

Pero sabía que no podría dormirse fácilmente. Se acercó a la ventana y se quedó mirando en dirección al mar.

Se preguntó si se habría engañado con Maggie. La noche anterior había estado seguro de que lo amaba. Una mujer como ella no podía fingir la clase de pasión que había demostrado. Además, estaba seguro de que se respetaba demasiado a sí misma para sentirse satisfecha con aventuras esporádicas.

Pero, cuando él accedió a comprometerse con ella delante de los demás, la joven se puso furiosa. A Josh no le quedó otro remedio que decirle que la historia del compromiso le resultaría útil para resolver el caso. Aquello, al parecer, la había enojado todavía más.

No comprendía por qué se había enfadado tanto. Estaba seguro de que estaba enamorada de él y de que era una mujer que creía en los compromisos, pero aquello no concordaba con su modo posterior de comportarse.

Decidió apartar aquello de su mente y concentrarse en algo más práctico. Iría a dar una vuelta por la casa. Había examinado ya las cerraduras de puertas y ventanas, pero no tendría nada de malo hacerlo por segunda vez.

Salió silenciosamente del cuarto y bajó las escaleras. El tobillo ya no le dolía mucho al andar y sus costillas sólo se resentían cuando se daba la vuelta en la cama. Era un alivio volver a sentirse casi normal.

Examinó todas las habitaciones del piso de abajo e inspeccionó las dos ventanas del sótano. Después se dispuso a subir de nuevo las escaleras hasta el segundo piso.

Al llegar a la puerta del cuarto de Maggie, se detuvo. Incapaz de resistir la curiosidad, hizo girar con cuidado el picaporte y, para su sorpresa, la puerta se abrió sin problemas.

—¿Maggie? No tengas miedo. Soy yo.

La joven se incorporó en la cama.

—Te he oído andar por ahí —parecía nerviosa, pero no asustada —. ¿Examinando las cerraduras?

—Sí —cerró la puerta y se quedó mirándola en las sombras—.

Todo está bien.

—Me alegro.

—¿Maggie?

—¿Qué ocurre?

Josh pensó en un modo de hablarle de su relación, pero le fallaron las palabras. Sin embargo, no podía decidirse a abandonar el cuarto, así que buscó alguna razón que le permitiera quedarse más rato.

—He hecho algunos planes para la trampa que pienso montar —dijo.

—Háblame de ello.

Josh se cercó a la cama y se quedó mirándola.

—Voy a necesitar tu colaboración.

—¿De qué modo?

—Quiero dar la impresión de que los dos nos marchamos por unos días. Quiero que todos crean que nos hemos ido juntos a Seattle o Portland. Es importante que todos piensen que estamos lejos de aquí.

—Comprendo —dijo ella, pensativa—. Supongo que era a eso a lo que te referías cuando dijiste que un compromiso fingido sería una buena tapadera.

Josh se esforzó por no mostrar ninguna reacción.

—No hablemos del compromiso. Dime sólo si me ayudarás a hacerles creer que nos hemos marchado unos días.

—De acuerdo. Te ayudaré. De todas formas, mi reputación está por los suelos, así que, ¿qué importa si todo el pueblo cree que me he ido por ahí a vivir un fin de semana apasionado? Sin duda eso mejorará mucho la opinión que tienen de mí. ¿Qué pasará después de que nos vayamos de vacaciones?

—Yo volveré aquí por la noche y vigilaré la casa.

La joven lo miró con cierto interés.

—¿Crees que el intruso intentará atacar cuado estemos fuera?

—Creo que hay ciertas probabilidades. Creo que esa persona empieza a desesperarse y es muy posible que actúe sin tardanza.

—Eso es interesante —dijo Maggie—. Te ayudaré con una condición.

—¿Qué condición?

—Que me dejes venir a vigilar contigo.

El hombre frunció el ceño.

—Vigilar no tiene nada de divertido, Maggie. Es increíblemente aburrido. Además, espero coger a ese tipo. Si aparece, intentaré atraparlo o al menos acercarme a él lo suficiente para identificarlo. Podría haber alguna clase de violencia.

—En ese caso, necesitarás a alguien que te cubra las espaldas —declaró ella—. No podrás dejarme de lado. Josh. Recuerda que yo soy la cliente. Soy la que manda. Si vas a dedicarte a vigilar la casa, insisto en que me permitas ayudarte.

El hombre la miró un momento.

—¿Prometes que obedecerás mis órdenes?

—Te lo prometo —asintió ella.

—Hablo en serio, Maggie. Si vienes conmigo, tendrás que hacer exactamente lo que te diga y no correr ningún riesgo. ¿Comprendido?

—Desde luego.

Josh lanzó un juramento en voz baja.

—De acuerdo. Puedes venir conmigo.

—¡Oh, Josh! —saltó de la cama y le echó los brazos al cuello—. Gracias, gracias, gracias. No sabes lo mucho que eso significa para mí —lo abrazó con fuerza—. Será una experiencia inolvidable.

El contacto de los senos de ella contra su pecho fue suficiente para excitar al hombre, que hizo ademán de estrecharla contra él.

Pero Maggie se alejó de él.

—Será mejor que duermas un poco, Josh. Parece que mañana estaremos despiertos toda la noche. Los dos tenemos que descansar bien hoy. Te veré por la mañana.

El hombre vaciló un momento. No tenía más remedio que admitir que ella tenía razón.

—Sí, de acuerdo. Hasta mañana.

Pero tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para salir del cuarto y avanzar hacia su habitación.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, a las cinco, Josh esperaba en el pasillo a cierta distancia del cuarto de Odessa; cuando vio salir al coronel ataviado con bata y zapatillas, carraspeó cortésmente y miró su reloj.

—Muy puntual, coronel —dijo.

El aludido levantó la vista alarmado; frunció los labios y se mordió el bigote con rabia.

—¿Qué diablos cree que está haciendo, joven? —preguntó.

—Quería hablar con usted en privado —murmuró Josh—, y supuse que éste sería el mejor momento para cogerlo a solas. Además, después de esa emboscada que le tendieron ayer a Maggie, he creído que debía hacer justicia.

—¿Emboscada?

—Todos aparecieron demasiado oportunamente para que fuera pura coincidencia. Los tres salieron a la vez de sus habitaciones. Fue una buena emboscada, coronel, y será mejor que lo admita. Esta mañana he decidido preparar yo una.

El coronel suspiró.

—Odessa y yo siempre hemos sido muy discretos. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Soy muy madrugador y tengo buen oído —hizo una mueca—. Vamos, sé cómo se siente. Vamos abajo, ya he puesto el café a hervir y hasta estoy dispuesto a freírle un par de huevos. Yo he dormido solo, pero apuesto a que usted tiene apetito.

—Lo que les pasa a los de su generación es que no respetan a sus

mayores —el coronel se apretó el cinturón de la bata y siguió al otro abajo—. No le dirá nada de esto a Maggie, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de que insista en que se porte usted de un modo honorable?

El anciano se ruborizó.

—Supongo que ayer por la mañana los puse en un compromiso.

—Desde luego que sí. Y no me importa admitir que no fue el momento más oportuno, coronel. A causa de ese pequeño ataque sorpresa, estuve a punto de perder la guerra.

El coronel lo observó detenidamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que todo ese asunto ha puesto nerviosa a Maggie. Se ha pasado las últimas veinticuatro horas pensando en razones por las que no puede casarse conmigo. Se sorprendería usted de saber cuántas ha encontrado.

—¿Qué no puede casarse con usted? —Se detuvo en el último escalón antes de avanzar hacia la cocina—. ¿Por qué no puede casarse con usted? Espere un momento, no tendrá usted esposa y media docena de hijos ocultos por ahí, ¿verdad? Porque si es así, puedo asegurarle que no pienso consentir que se comporte de ese modo.

—No tengo esposa ni hijos. —Josh entró en la cocina, que olía ya a café recién hecho, y sirvió dos tazas—, pero ayer por la mañana la presionaron demasiado y está nerviosa. Ahora me toca a mí reparar el daño que hicieron ustedes.

—Tonterías —el coronel aceptó una de las tazas y se sentó a la mesa—. Ya se le pasará. Usted sólo tiene que hacer lo correcto. No olvide que en el fondo es una chica provinciana y bastante anticuada en muchas cosas.

—Mis intenciones son honorables —gruñó Josh—. Lo han sido desde el principio, que es más de lo que se puede decir de las suyas, ¿no cree?

El coronel levantó la cabeza orgullosamente y lo miró con ojos brillantes.

—¿Qué quiere decir con eso? Mire, si se refiere a mis intenciones respecto a Odessa, ya puede disculparse. Mis intenciones hacia ella son y han sido siempre honorables.

—Entonces, ¿por qué no se ha casado con ella? —preguntó Josh

con calma.

El anciano suspiró.

—Por culpa de esas malditas acciones suyas. Tengo miedo de que piense que me caso con ella por eso. Yo tengo mi orgullo, señor.

—¿No se le ha ocurrido ir a ver a un abogado y firmar un acuerdo prematrimonial que proteja sus pertenencias?

—Una vez se lo comenté. Con delicadeza, claro. Pero mi Odessa es muy romántica. No le gustan los acuerdos prematrimoniales.

Josh decidió mostrarse sincero.

—¿Qué diría si le dijera que las acciones de Odessa no valen ni el papel en el que están impresas?

El coronel pareció sorprendido.

—¿Está seguro de eso?

—Le pedí a un hombre de mi oficina que lo investigara. Quería comprobar la teoría de Odessa de que sus sobrinos iban detrás de sus acciones. La compañía minera en la que invirtió hace veinte años se hundió hace diecinueve. La mina nunca valió nada.

—Siempre he tenido mis dudas sobre esas acciones. Por lo que sé, ella no parece sacar ningún beneficio de ellas. Pero un caballero no puede dedicarse a investigar las finanzas de una dama. No es correcto.

—Los detectives privados lo hacemos a menudo. Muchos de nuestros casos tienen al dinero como protagonista.

—Una frase interesante —se animó el coronel—. ¿Quiere decir que en este ocurre lo mismo?

—Eso creo. He descartado todos los demás motivos. O se trata de dinero o de un psicópata. Con franqueza, prefiero el dinero. Me gustan los motivos claros y limpios. Los casos de locos me ponen nervioso.

—Sí, lo comprendo. Bueno, ¿cuál es su plan? Porque usted tiene un plan, ¿verdad? Supongo que por eso me estaba esperando esta mañana.

—Sí, señor. Tengo un plan. Pero necesito cierta ayuda aquí, en el interior de la casa. Quiero que alguien cuide de Odessa y de Shirley por si las cosas salen mal. Eso significa que tendrá que quedarse despierto la mayor parte de la noche.

El coronel se mostró complacido.

—Estaré encantado de ayudarle, señor. Todavía soy capaz de hacer de centinela. Y aún tengo arriba mi viejo revólver. Hace tiempo que no lo uso, claro, pero supongo que hay cosas que no se olvidan nunca.

—Si todo sale como lo he planeado, no tendrá que usarlo, pero me sentiré mejor sabiendo que esta noche está usted despierto y armado.

—Desde luego.

Josh apoyó los brazos sobre la mesa.

—Éste es mi plan, coronel. Maggie y yo saldremos de viaje. En cuanto estemos fuera, quiero que llame a Dwight Wilcox y le diga que está preocupado por la calefacción. Dígale que vuelven a tener problemas y que quiere que la examine. Asegúrese de que se entera de que Maggie y yo nos hemos marchado de viaje.

El coronel frunció el ceño.

—¿Cree usted que Wilcox es el causante de los incidentes?

—Así es.

—¿Y supone usted que le pagan las compañías de petróleo?

—Ah, no. A decir verdad, señor, no creo que nadie esté interesado en sus experimentos.

El coronel asintió con calma.

—Bueno, sólo era una teoría, por supuesto. Pero Odessa tiene razón. Ese muchacho no parece lo bastante listo para planear este tipo de cosas sin que lo cojan.

Josh sonrió con sarcasmo.

—Ésa es la cuestión, coronel. Lo cogeremos esta noche.

* * *

Aquella noche, a las once menos cinco, Maggie se puso de rodillas en el asiento delantero del coche que Josh había alquilado para vigilar la casa y buscó otra bolsa de patatas fritas en el asiento posterior.

—Sólo queda una bolsa más —anunció.

—No importa. Todavía nos quedan las galletas y las chocolatinas.

—¿Siempre comes así cuando haces guardia? No había visto

nunca tanta basura junta.

—Ya te dije que vigilar es aburrido; me gusta contrarrestarlo de algún modo.

Bebió un sorbo de Coca Cola de la lata que tenía en la mano y luego volvió la vista hacia la mansión.

La casa resultaba visible a través de la arboleda tras la que había aparcado el coche unas horas atrás. A la pálida luz de la luna, parecía un castillo gótico. Sus adornos arquitectónicos le recordaban a Josh algunas ilustraciones que había visto de niño en libros infantiles.

Desde donde estaba, podía vigilar la puerta de la cocina y las dos ventanas del sótano. También veía la carretera principal, que era el único modo de acercarse a la casa.

—¿Crees que llegará conduciendo hasta la mansión? —preguntó Maggie, metiéndose una patata en la boca.

—Bueno, estoy seguro de que no vendrá por el otro lado de la casa. La playa es demasiado peligrosa esta noche con la marea alta y la tormenta que se avecina. Aunque consiguiera llegar hasta la mansión desde allí, todavía tendría que buscar el sendero del acantilado y escalarlo. Demasiado arriesgado. Yo presiento que Wilcox tomará el camino más fácil.

La joven lo miró de soslayo.

—¿Josh?

—¿Sí?

—¿Piensas seguir en este trabajo el resto de tu vida?

Aquella pregunta le sorprendió; volvió la cabeza y vio que ella lo observaba en las sombras.

—¿Qué? —preguntó.

—Sólo me preguntaba si seguirías en este trabajo una vez que hubieras publicado el libro.

—No es seguro que lo publiquen, Maggie.

—Yo creo que lo harán.

La confianza de ella le complacía en extremo. Josh se estiró un momento y se acomodó mejor en su asiento. Observó la casa mientras pensaba en su pregunta.

—No sé lo que haré si publican el libro —dijo.

—¿Todavía te gusta tu trabajo?

—¿Qué importa si me gusta o no? Es un trabajo y yo lo hago

bien. Es un medio de vida.

—Sí, ¿pero te produce verdadera satisfacción? —insistió ella con gentileza.

Josh la miró un momento.

—¿Qué quieres decir?

La joven se metió otra patata en la boca.

—Bueno, es que hace varios días que tengo la impresión de que estás algo quemado. Me preguntaba si no sería ésa la verdadera razón por la que has venido un mes a la costa.

Josh hizo una mueca.

—Ya estás igual que McCray. A los dos os encanta hacer de psicólogos conmigo.

—Pero es cierto, ¿verdad?

El hombre respiró profundamente.

—Sí, es cierto.

—¿Qué fue lo que te ocurrió en ese último accidente? —preguntó ella.

—Fue un caso de secuestro. Las cosas se pusieron difíciles al perseguir al villano que tenía a la chica. Intentó usarla como escudo.

Maggie lo miró horrorizada.

—¿Y qué ocurrió?

—La chica está a salvo. El villano está en la cárcel.

—¡Dios mío. Josh! Podrían haberte matado —frunció el ceño—. Volviste a hacerte el héroe, ¿verdad?

—Ya te he dicho que nunca compensa. La chica a la que rescaté tenía diecisiete años. Ni siquiera me dio las gracias. A decir verdad, no le gustó nada que la salvara. El chico que la cogió era su novio, ¿comprendes? Ella creía que iban a marcharse juntos y vivir felices para siempre. No nos creyó ni a su padre ni a mí cuando le dijimos que se había enamorado de un bandido que planeaba marcharse sólo con el rescate. Lo último que supe fue que me culpaba de haber arruinado su vida.

—Qué tonta. Supongo que no te servirá de consuelo pensar que dentro de un par de años te estará profundamente agradecida.

—No necesito su agradecimiento. Lo hice como un favor a su padre. Era una buena publicidad; él es el director de una corporación que utiliza los servicios de mi agencia. Vino a verme

cuando recibió la nota del rescate porque no quería dar publicidad al asunto. No debería haber accedido a ayudarle. Esa clase de casos son siempre peligrosos.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas?

—Volveré a trabajar.

—¿Y qué vas a hacer con el libro?

—Escribiré cuando tenga tiempo libre.

—Josh, tal vez necesites más de un mes de vacaciones —dijo ella, vacilante—. Si lo piensas bien, ni siquiera has tenido el mes de descanso que pensabas tomarte. Esto ha resultado ser un trabajo más.

—Créeme —murmuró él—, esto no es sólo un trabajo más.

—Bueno, no creo que puedas considerarlo unas vacaciones.

Josh se quedó pensativo. Había empezado una novela, había encontrado a la mujer con la que quería pasar el resto de su vida y estaba haciendo guardia, con la esperanza de capturar a Dwight Wilcox entrando en la casa.

—Tienes razón. No han sido exactamente unas vacaciones. Pero ha sido interesante.

La joven se aclaró la garganta.

—Quizá deberías pasar otro mes en la costa cuando hayas solucionado este caso.

Josh se quedó inmóvil un momento, intentando comprender lo que ella quería decir.

—¿Aquí? ¿Crees que debería pasar otro mes en Peregrine Point?

—Tú mismo dijiste que era un buen lugar para escribir. Y te has adaptado muy bien a la casa. A decir verdad, nos has ayudado mucho. Si es cierto que vas a coger a Dwight Wilcox esta noche, entonces es evidente que yo voy a necesitar a otra persona que se encargue de las reparaciones.

Josh sintió ganas de reír, pero se contuvo.

—Maggie, ¿me estás ofreciendo que me encargue de las reparaciones durante dos meses?

—Hasta que la casa vuelva a recuperarse económicamente solo podría pagarte la cama y la comida.

—Comprendo.

—Piensa en ello como en un cambio de ambiente. Tal vez te siente bien pasar un par de meses haciendo algo diferente a lo

habitual. Y tendrías mucho tiempo para trabajar en tu libro. ¿Quién sabe? Tal vez llegara a gustarte vivir aquí. A mí me encanta.

Josh terminó su Coca Cola y dejó la lata en el suelo del coche.

—A mí también —dijo con suavidad.

Maggie dejó de comer patatas y lo miró a los ojos.

—¿De verdad?

—Tu oferta es muy tentadora.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Pero sólo hay un modo de que pueda aceptarla.

—¿Cuál? —preguntó ella al instante.

La miró fijamente.

—Sólo aceptaré tu oferta si seguimos manteniendo nuestro compromiso en público.

La joven lo miró atónita.

—Pero Josh…

—Hablo en serio, Maggie. Soy demasiado viejo para juegos. Si me quedo, pasaré todas las noches en tu cama y no quiero que el coronel, Odessa, Shirley y todos los habitantes de Peregrine Point piensen que se trata simplemente de una aventura. Yo tengo mi orgullo y tú también. Esto no es más que un pueblo. La gente hablaría mucho.

—Comprendo —se apoyó contra él y le pasó los brazos en torno al cuello—. Quieres protegerme de los cotilleos. Es muy galante por tu parte. Eres muy amable.

Josh hizo una mueca.

—No soy muy amable. Ya te dije que quería que lo intentáramos de verdad. Ésa es mi condición para quedarme aquí.

Maggie se quedó callada un momento. Josh sabía que lo quería, pero que tenía miedo a profundizar más en su relación porque todavía no lo conocía bien. Necesitaba tiempo.

La joven suspiró.

—De acuerdo. Mientras estés aquí, aprovecharemos para ver qué tal nos va juntos.

Josh sintió un inmenso alivio. Tenía dos meses para convencerla. Estaba seguro de que, en dos meses, ella tendría tiempo de sobra para conocerlo y para estar segura de sus intenciones.

—Trato hecho —dijo.

Inclinó la cabeza y empezó a besarla con lentitud. La respuesta de ella fue instantánea. El deseo de Maggie por él resultaba evidente; era como una cerilla que encendiera su propia pasión.

Josh gimió y se removió en el asiento para poder colocar el esbelto cuerpo de ella entre sus muslos. La joven le sonrió a la luz de la luna y se estrechó contra él.

—Maggie —se inmovilizó al captar cierto movimiento por el rabillo del ojo.

—¿Josh?

—Ya lo tenemos.

La joven se puso tensa.

—¿Qué ocurre?

—Es Wilcox. Ya está aquí. Es temprano, pero debe haber pensado que, puesto que tú y yo estamos fuera, no corre peligro. Supondrá que el coronel y los demás se han acostado ya.

Maggie se sentó con rapidez y examinó las sombras.

—¿Estás seguro? Yo no veo nada.

—No ha llegado en coche sino andando. Debe haber dejado el coche a cierta distancia. He visto que llevaba algo bajo el brazo; herramientas probablemente —se separó de ella y abrió la puerta del coche.

—¿Josh? Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré. Tú no te muevas, ¿comprendido?

—Tal vez debería ir contigo —sugirió ella—. En las novelas, el héroe suele meterse en líos cuando no tiene a nadie que lo ayude.

Josh negó con la cabeza.

—No. No quiero que me sigas ni que te acerques a la casa.

Cerró la puerta con firmeza y empezó a avanzar por entre los árboles sin mirar hacia atrás.

* * *

La silueta de Wilcox se dirigía también hacia la mansión. Era fácil vigilarlo desde los árboles. El muchacho no se detuvo a comprobar si lo seguía alguien; iba directamente a lo suyo.

Josh se acercó más a él, sin dejar la protección de la arboleda.

Wilcox rodeó la casa y fue directamente hacia la puerta de la

cocina. Dejó el paquete que llevaba bajo el brazo e introdujo una llave en la cerradura.

Josh esperó a que entrara en la casa antes de seguirlo. Se detuvo un momento en el umbral y oyó los pasos de Wilcox en el suelo de azulejos. Cuando estuvo seguro de que el otro se hallaba en el vestíbulo que conducía al sótano, entró silenciosamente en la cocina.

Oyó que Wilcox empezaba a bajar las escaleras que llevaban al sótano. Aquello le complació. Ya lo tenía atrapado. Lo único que tenía que hacer era cerrar la puerta del sótano, llamar al *sheriff* y asegurarse de que el intruso no escapaba por la ventana mientras llegaba la autoridad.

Estaba a punto de cerrar la puerta del sótano cuando percibió el olor inconfundible del queroseno. Era evidente que Wilcox estaba desesperado. Tenía intención de prender fuego a la mansión.

Si se limitaba a cerrar la puerta y llamar al *sheriff*, el fuego destruiría sin remedio los archivos del coronel. Además, cualquier chispa que saltara podía acabar incendiando toda la casa.

—No te muevas, hijo de puta —gritó.

Apretó el interruptor y empezó a bajar las escaleras.

La luz iluminó a Wilcox derramando queroseno en el suelo de cemento. Levantó la vista con aire inexpresivo y dejó la lata de queroseno a sus pies.

—Apártate, January. Es demasiado tarde.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un encendedor.

Josh lanzó un juramento, pero no perdió más tiempo en intentar convencer al otro de que dejara lo que estaba haciendo. Llegó al último escalón y se lanzó con fuerza contra Wilcox, en el momento en el que el muchacho acercaba la llama al queroseno.

El impulso que llevaba hizo que Josh chocara pesadamente contra el otro y los dos cayeron al suelo, pero, mientras se daba la vuelta e intentaba colocarse encima del otro, Josh no pudo evitar oír el ruido del fuego.

Entonces sonó un grito en la parte alta de las escaleras.

—¡Josh!

Era Maggie. El detective la oyó bajar corriendo las escaleras. Quiso gritarle para que saliera de aquella trampa de fuego, pero se esforzó por concentrarse por completo en lo que tenía entre manos.

No podría hacer nada respecto al fuego hasta que no tuviera a Wilcox bajo control.

Entonces vio que Dwight tenía una navaja en la mano derecha. Le dio un puñetazo y empezó a incorporarse. Su oponente intentó atacarle con la navaja y Josh se dejó caer fuera del alcance del arma; aterrizó sobre su tobillo izquierdo y lo envolvió una oleada de dolor y de rabia.

—¡Hijo de puta!

Ignoró el dolor de su pie izquierdo y lanzó el derecho con fuerza hacia adelante. Wilcox recibió el golpe en el antebrazo. Soltó la navaja y cayó al suelo, de donde no intentó levantarse.

Un instante después, la espuma de un extintor de incendios nubló la visión de Josh.

—Apúntalo en dirección al fuego, Maggie.

—Ya lo intento, pero pesa mucho.

Josh se limpió la espuma y abrió los ojos. La joven luchaba con el pesado extintor, pero se las había arreglado para apagar el fuego. Dejó el extintor en el suelo y lo miró triunfante.

—Lo hemos conseguido. Hemos salvado la casa.

Josh la miró y luego miró la lata de queroseno, situada a poca distancia de ellos. Sintió náuseas al pensar en todo lo que podía haber ocurrido.

—Te dije que esperaras en el coche. Esa lata podía haber explotado como una bomba —dijo, esforzándose por controlar su rabia.

—Pero no ha sido así —replicó ella, animosa—. Yo he apagado el fuego a tiempo y tú has cogido a Wilcox. Hacemos un gran equipo. ¿Qué te parecería dejar a tu amigo McCray y coger un socio nuevo? En Peregrine Point no hay ninguna agencia de detectives.

Antes de que Josh pudiera pensar en una respuesta, oyeron un grito en la parte superior de las escaleras. El coronel se dirigía hacia ellos con un enorme revólver en la mano. Odessa y Shirley avanzaban detrás de él.

—Muy bien —gritó el coronel—. Lo ha cogido. Siempre supe que era usted un experto en artes marciales. Lo dije la primera vez que lo vi, January.

Josh respiró profundamente y se olvidó de su enfado. Se volvió hacia Wilcox; había llegado el momento de aclarar algunas cosas.

—Muy bien, amigo. ¿Quién te paga por hacer este trabajo?

Sabía que tenía que actuar con rapidez si quería llegar al fondo de aquel asunto. Si le daba tiempo a Wilcox a recuperarse de la impresión y del dolor que sentía en aquel momento, le resultaría mucho más difícil hacerle hablar.

—No me paga nada —murmuró—. Dijo que, si no hacía lo que me pedía, le diría a todo el pueblo que había estado en la cárcel. Tuve que hacerlo. Él me obligó. Ha sido un chantaje. Eso es lo que ha sido. Y encima no dejaba de quejarse porque no conseguía nada.

—¡Dios mío! —murmuró Maggie.

Wilcox la miró con cierto aire de reproche.

—Usted tenía que vender la casa después de los primeros incidentes. El problema es que es usted demasiado testaruda. No era culpa mía. Ya se lo dije.

—¿De verdad? —preguntó la joven—. ¿Y qué dijo él?

—Dijo que tenía que volver y probar otra cosa —se tocó la muñeca rota—. Eso fue lo que hice y mire lo que ha pasado.

—Sí —dijo Josh—. La vida a veces es dura. Pero, en mi opinión, no tienes por qué cargar tú con todas las culpas.

Wilcox lo miró.

—A él no puede tocarlo. Habrá cubierto bien sus huellas. Es muy listo. No es un idiota como yo. Será mi palabra contra la suya.

—No. —Josh negó con la cabeza—. Yo puedo atraparlo. Sólo necesito cierta información.

—Eso me gustaría —gimió Wilcox—. Me gustaría que lo atrapara, sí. Él ha convertido mi vida en un infierno.

—Dime quién te metió en esto, Dwight —le urgió Josh—, y yo me encargaré de él.

Wilcox lo miró fijamente.

—¿De verdad?

—Sí.

—Me gustaría verlo —asintió Dwight—. Sí, me gustaría mucho verlo. Ese bastardo se lo merece.

Maggie frunció el ceño.

—¿Quién se lo merece, Dwight?

—Ese guapito de la agencia inmobiliaria. Ya sabe, el tipo del anillo rosa.

O’Connor

Capítulo 11

Josh permanecía inmóvil en la oscuridad de la oficina de O'Connor. Llevaba casi tres horas allí. Eran las dos de la mañana y ni un solo coche había pasado por la calle principal de Peregrine Point en la última hora.

Pensó que una de las peores cosas de su trabajo era la espera. Claro que, ahora que iba a cambiar de trabajo, no tendría que pasar tantas noches así. Sus planes eran pasar las noches en la cama con su nueva jefa.

Se preguntó cuándo debería decirle a Maggie que pensaba quedarse allí indefinidamente y no sólo uno o dos meses.

Se masajeó el tobillo con aire ausente. Maggie había querido ponerle una bolsa de hielo, pero él se había negado. No sabía cuánto tiempo esperaría O'Connor el informe de Dwight, pero suponía que no sería mucho. Cuando viera que Wilcox no aparecía, se pondría nervioso y empezaría a destruir cualquiera cosa que pudiera ser utilizada como evidencia en su contra.

Josh se había dedicado ya a registrar sus archivos con una pequeña linterna. Descubrió lo que buscaba en el interior de un pequeño cajón cerrado con llave.

Oyó el ruido del motor del Mercedes y se puso en tensión. O'Connor aparcó el coche fuera de la oficina y salió de él. Luego corrió hacia

el edificio y metió una llave en la cerradura. No se molestó en encender las luces.

Josh lo vio acercarse al pequeño cajón cerrado. Esperó hasta que lo oyó lanzar un respingo.

—¿Es esto lo que buscas? —Alargó un brazo y encendió la luz; señaló luego los papeles que tenía en la mano.

—¡January! ¿Qué diablos hace aquí? Es ilegal. Haré que lo arresten.

—¿De verdad? —Josh se sentó tras el escritorio y miró los papeles que llevaba en la mano—. No es lo que llamaríamos un contrato rutinario, ¿verdad? Pero Maggie no tenía intención de vender. Por eso intentaste convencerla.

—¿De qué demonios estás hablando? Esos documentos son propiedad privada.

—Estos documentos —dijo Josh con frialdad— son un precontrato para vender la mansión Peregrine a una constructora de Nueva York por un precio muy bajo.

—No hay nada de malo en una oferta como ésa. Los agentes inmobiliarios se pasan la vida buscando clientes. Así es como nos ganamos la vida.

—Sí, pero da la casualidad de que la mansión no está en venta y tú lo sabías —examinó los papeles—. Te habrías llevado un buen pellizco, ¿verdad? Mucho más del seis por ciento habitual.

—Es una comisión por buscar una propiedad —dijo
O'Connor
—. Es perfectamente legal.

—Sólo si la propiedad estuviera en venta. Y si hubieras informado al vendedor del verdadero valor de la propiedad. Pero tú no le dijiste a nadie lo que la compañía de Nueva York estaba dispuesta a pagar por ese trozo de terreno, ¿verdad? ¿Cuándo empezaron a interesarse por la mansión?

—Poco después de la muerte de Agatha Gladstone —replicó Clay con frialdad—. Eso no tiene nada de raro.

—Excepto que te olvidaste de mencionárselo a Maggie y, en lugar de eso, decidiste ver si podías hacer un trato con ellos. Tú les conseguirías el terreno muy barato y ellos, a cambio, te pagarían una buena comisión.

Josh vio que

O’Connor
le lanzaba una mirada especulativa y comprendió al punto su significado.

Siempre que cogía a alguien con las manos en la masa, lo primero que intentaban era comprobar si la persona que los había atrapado estaba interesada en llegar a un acuerdo con ellos. Partían de la base de que todos los demás tenían la misma falta de ética que ellos.

—Quieren construir un balneario aquí en la costa —explicó Clay —. Las grandes compañías inmobiliarias como ésa tienen que mostrarse discretas cuando se trasladan a una zona nueva. Si la gente se enterara de que van a comprar terrenos, los precios no tardarían en dispararse. Guardar silencio es sólo parte del negocio.

—Sólo parte del negocio. —Josh se preguntó cuántas veces habría oído aquellas palabras a lo largo de los años—. Pero en este caso no iba a ver ningún negocio porque no pudiste convencer a Maggie de que vendiera. Y, desde luego, no querías decirle cuánto valía en realidad la mansión. Si no podías sacársela barata, no podrías hacer un buen trato con tus clientes de Nueva York.

—Para ellos la mansión no es más que una casa vieja. Lo que les interesa es el terreno.

—Y entonces decidiste poner en práctica un plan. Convencerías a Maggie de que vendiera haciéndola creer que la casa se estaba cayendo a pedazos. Si podías convencerla de que era demasiado caro mantenerla, tendría que desprenderse de ella. Pero Maggie puede ser muy testaruda, ¿verdad?

—Mucho. Tú no sabes lo que tuve que hacer para intentar que vendiera. Tuve que fingir que me estaba enamorando de ella. Estaba dispuesta a llevármela a la cama, si era necesario. ¡Qué diablos! Probablemente hubiera resultado divertido. Es bastante atractiva, si a uno le gustan las chicas dulces e inocentes.

Josh saltó de su silla y cogió al sorprendido
O’Connor
por el cuello de la camisa.

—¿Qué te pasa? —murmuró el otro, mirándolo asustado.

—Esta noche ya estabas desesperado, ¿verdad? —preguntó Josh — y te decidiste por una acción drástica. ¿Tienes idea de cómo se castiga el incendio premeditado en este estado?

—¿Incendiado premeditado? No sé de que me hablas. Le dije a Wilcox que no pasara de accidentes mecánicos.

—Sí, bueno, pues no te obedeció. Al parecer, lo presionaste demasiado. Esta noche ha intentado quemar la mansión.

O'Connor

parecía genuinamente atónito.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—Nadie ha resultado herido, si eso es lo que te preocupa. No tendrás que enfrentarte a ningún cargo de asesinato.

—Asesinato. —

O'Connor

parecía apunto de vomitar; se lamió los labios—. Escucha, tú has dicho que todos están bien. Nadie ha resultado herido. ¿Qué te parece si hacemos un trato? Si puedes convencer a Maggie para que venda, repartiré mi comisión contigo. Vamos, January. Todo el mundo sabe que te acuestas con ella. Seguro que puedes convencerla para que venda.

—Olvídalo —dijo Josh—. Tu problema,

O'Connor

, es que, algunas veces, cuando estoy aburrido, me gusta jugar a los buenos y los malos. Adivina quién es el bueno esta noche.

* * *

Josh entró en su habitación poco antes de amanecer. La casa estaba en silencio. Al parecer, todos se habían acostado mientras él hablaba con el *sheriff*.

No se molestó en encender la luz. Se quitó la ropa en la oscuridad, bostezó y apartó el edredón de su cama.

—Hola —dijo Maggie, con voz soñolienta—. Me preguntaba cuándo volverías a casa. Supongo que en tu trabajo hay a veces mucho papeleo.

Josh sonrió y la miró feliz.

—Habría terminado mucho antes el papeleo si hubiera sabido que ibas a estar esperándome en mi cama.

—¿Y dónde iba a estar si no? —Maggie abrió los brazos y sonrió —. Bienvenido a casa, héroe.

Josh se dejó caer entre los brazos de ella, sintiendo que estaba verdaderamente en casa.

* * *

—No puedo creerlo —declaró Odessa por enésima vez aquella mañana—. Parecía un joven tan agradable.

—A mí nunca me gustó —anunció Shirley—. Siempre dije que O'Connor
no era trigo limpio.

—Yo lo siento por Dwight —dijo Maggie—. Lo chantajeó para que hiciera lo que hizo. Me pregunto cómo descubriría Clay lo de su pasado.

—A Wilcox se le escapó algo una vez que estaba haciendo un trabajito para él —intervino Josh—. Cuando la compañía de Nueva York se puso en contacto con él,
O'Connor
llevó a cabo ciertas investigaciones con el fin de utilizarlo para forzar a Maggie a vender.

—Bueno, ahora ya pasó todo —añadió el coronel, satisfecho—. Podemos abrir la mansión a primeros de año y nos habremos recuperado económicamente antes de la primavera. Gracias a January, no hemos perdido demasiado tiempo. Ha hecho usted un buen trabajo, amigo.

—Gracias. Me gusta pensar que hago aquello para lo que me pagan.

Maggie sonrió.

—Yo siempre digo que uno consigue aquello por lo que paga.

—Y, a veces, algo más de lo que espera. —Josh mordió su tostada.

El coronel carraspeó con fuerza.

—Hablando de esperar, Odessa y yo tenemos algo que anunciar. Desde esta mañana estamos oficialmente prometidos y nos casaremos lo antes posible.

Odessa se ruborizó.

—Estamos muy emocionados.

Maggie dejó su tostada en el plato.

—¿Casarse? Eso es estupendo. Enhorabuena. Me alegro mucho por los dos, pero ¿a qué viene esa decisión tan repentina?

—Sí —añadió Shirley—, ¿por qué ahora, después de tanto tiempo?

—No lo sé muy bien —respondió Odessa—. El coronel me lo ha propuesto esta mañana y yo he dicho que sí antes de que pudiera cambiar de idea. Al parecer, tenía miedo de que yo pensara que quería casarse conmigo para controlar mis acciones mineras, pero le he dicho que confío plenamente en él. Es un perfecto caballero —miró a Josh—. ¿Vosotros habéis fijado ya la fecha?

—No —se apresuró a replicar Maggie—. Pero tenemos noticias. Josh se quedará aquí uno o dos meses más. Está pensando en cambiar de trabajo y quiere ver qué tal le va. Si todo sale bien, tal vez decida quedarse en Peregrine Point de un modo permanente.

El coronel frunció el ceño.

—Si quieren saber mi opinión, todo eso me parece algo impreciso. ¿Qué le pasa, January? ¿No puede decidirse de una vez?

—Yo ya me he decidido —les dijo Josh—. Estoy esperando a que se decida Maggie.

—¿A qué viene esa indecisión, Maggie? —La miró Shirley—. Acepta un consejo, querida. En este mundo, una chica tiene que aprovechar todas las oportunidades.

La joven sintió que se ruborizaba intensamente. Todos la miraban.

—Es inútil que intenten intimidarme. Me niego a que me metan prisa. Josh necesita tiempo, diga lo que diga. Quiero que esté seguro de lo que hace.

—Estoy seguro —murmuró él.

—No, no lo estás —replicó Maggie.

—Tú eres la que todavía tiene dudas. —Josh se mordió los labios y se puso en pie—, pero creo que ha llegado el correo, así que quizá podamos empezar a despejarlas.

Maggie lo miró salir de la cocina. Vio que volvía a cojear y no pudo evitar un ademán de preocupación.

—No te asustes —dijo Shirley—. Es un hombre duro. Se pondrá bien.

—Supongo que *sí*, pero me gustaría que no hubiera vuelto a lastimarse el tobillo.

—En unos días estará como nuevo —la tranquilizó el coronel.

—Exacto —asintió Josh, entrando de nuevo en la cocina con el correo en la mano—. En unos días estaré como nuevo —repasó las cartas—. Ah, aquí está.

Seleccionó un sobre blanco alargado y se lo tendió a la joven, que frunció el ceño al cogerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Algunas respuestas a tus dudas.

Se sentó y se dispuso a servirse otra tostada.

Maggie abrió el sobre y dejó caer su contenido en la mesa. Observó un momento el montón de papeles oficiales, licencias y documentos que había enfrente de ella.

No tardó en darse cuenta de que todos aquellos papeles estaban encabezados por el nombre de Joshua January. Levantó la cabeza y lo miró.

—Esto es un informe sobre ti, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Ahí puedes encontrar todo lo que quieras saber sobre mí.

—¿De verdad? —La rabia se apoderó de ella. Apoyó las manos en la mesa y se puso en pie—. ¿Me dirán esos papeles si me amas? Porque ésa es la única duda que no has despejado.

—Maggie… —Josh empezó a levantarse, sorprendido por la reacción de ella.

—No necesito ningún informe sobre ti —cogió los papeles y los tiró por el aire—. Sólo necesito saber si me quieres tanto como yo te quiero a ti, maldición.

—¿Tú me quieres? —Josh la miró sonriente—. ¿Tú me quieres, Maggie Gladstone?

La joven estaba al borde de las lágrimas.

—Claro que te quiero, idiota.

—Estaba seguro, amor mío, pero tú no me lo has dicho nunca. No has dejado de decirme que necesitabas tiempo.

—Te dije que tú necesitabas tiempo. Tiempo para averiguar si me amabas. No has dejado de darme un montón de razones estúpidas por las que debíamos seguir adelante con el compromiso. Y luego dijiste que creías que nuestra relación podría funcionar y que debíamos darnos una oportunidad. Después accediste a quedarte aquí uno o dos meses más para relajarte un poco, pero ni

una sola vez me has dicho que me quisieras.

—Quizá sea porque nunca le he dicho esas palabras a nadie y no estaba seguro de cómo decírtelas a ti.

—¡Oh, Josh! —murmuró ella, secándose los ojos.

—Te quiero, Maggie —apartó su silla y se acercó a cogerla en sus brazos—. Me enamoré de ti la primera noche cuando me abriste la puerta y me dijiste que yo no era exactamente lo que habías pedido.

—Josh…

—Me quedaré más de uno o dos meses, amor mío. He decidido que necesito algo más que unas vacaciones. Necesito un cambio de profesión.

—¡Oh, Josh! —La joven le pasó los brazos en torno a la cintura y lo apretó con fuerza.

El hombre lanzó un respingo.

—Con cuidado. Las costillas se resintieron un poco anoche cuando caí al suelo.

—Sabía que debías haberte quedado hoy en la cama —se apartó un paso y lo miró de la cabeza a los pies—. Creo que deberíamos ir al hospital para que te examinaran detenidamente.

—No. No pienso ir a ningún médico —declaró él—. Lo único que necesito es descansar bien. Recuerda que vine aquí a recuperarme y hasta el momento no he tenido muchas oportunidades de hacerlo, pero ahora pienso dedicarme a ello. Quisiera estar en buena forma para la boda.

Maggie levantó la cabeza y sonrió.

—¿Cuándo será eso?

—¿Qué te parece a finales de mes? —sugirió él.

—¿A finales de mes? —Se horrorizó ella—. No puedo preparar una boda para finales de mes.

—Creo que podremos arreglárnoslas —sonrió a los tres ancianos sentados en torno a la mesa—. Tendremos mucha ayuda.

—Podemos hacer una boda doble —anunció el coronel, animoso —. No tiene sentido gastar dinero en dos recepciones en un período de tiempo tan corto.

—Tiene razón —asintió Josh—. Tendremos que tener cuidado con los gastos hasta que la mansión abra de nuevo sus puertas.

—Hablas como un hotelero nato —dijo Maggie—. Creo que

llegarás lejos en este negocio, Josh.

* * *

A pesar de la poca antelación con que les avisaron, la mayor parte de los habitantes de Peregrine Point acudieron a la mansión para celebrar la doble boda. Los invitados se esparcieron por todas las habitaciones del primer piso llenando la casa con el ruido de sus conversaciones y sus risas.

A mitad de la recepción, Josh se encontró por fin un momento solo. Salió al porche delantero y miró su reloj de pulsera. Frunció el ceño. McCray no solía retrasarse.

Justo en aquel momento, oyó el sonido de un coche que se acercaba. Se apoyó sobre la barandilla y se inclinó para observar el viejo automóvil de su socio. En la parte delantera había dos hombres. McCray fue el primero en apearse y acercarse a él.

—Vaya, January. Estás muy elegante —dijo, contemplando su esmoquin—. Enhorabuena, amigo. ¿Llegamos a tiempo para la fiesta?

—Todavía queda champán —miró a su acompañante, que salía en aquel momento del coche.

El hombre parecía rondar los sesenta años. Era de complexión gruesa y llevaba una gabardina sobre los hombros.

—¿Es él? —preguntó.

—Es él. Siento llegar tarde. Me ha costado un poco encontrarlo. Estaba en mitad de una de sus clases de alfabetización, pero cuando le dije quién lo esperaba, lo dejó todo y se subió al coche.

El hombre subió las escaleras y le tendió una mano a Josh.

—¿Es usted January?

—Sí —el aludido le estrechó la mano—. Gracias por haber venido hoy.

—No me importa admitir que estoy algo nervioso. Después de tantos años…

Un agudo grito femenino interrumpió sus palabras.

—¡Ricky!

Josh se volvió y vio a Shirley inmóvil en el umbral. Resplandecía bajo el peso de toda su colección de piedras falsas.

Miraba atónita al hombre que tenía delante.

—Hola, Shirley —vaciló Ricky—. Ha pasado mucho tiempo, cariño. Eres tan bonita como yo recordaba.

—Ricky, ¿eres tú? ¿No estoy soñando?

—Creo que soy yo el que está soñando —repuso él, con voz ronca—. Creía que habrías encontrado a otra persona hace años. A alguien digno de ti. Cuando McCray vino a decirme que vivías en la costa y que no te habías casado nunca, no podía creerlo.

Shirley dio un paso vacilante hacia adelante.

—Yo pensaba que me odiabas. Creí que pensabas que te había traicionado cuando te cogieron.

Ricky pareció sorprendido.

—Claro que no, cariño. Yo sabía que tú no hubieras sido capaz de algo así. Siempre fuiste muy leal. Fueron los federales los que me cogieron. Utilizaron equipos electrónicos modernos. Yo no tenía ninguna posibilidad, siempre fui un tipo anticuado. El día en que me encerraron comprendí que, cuando saliera, tendría que cambiar de profesión. No estoy preparado para hacer mi antiguo trabajo en el mundo moderno.

—Ricky, ¿quieres decir que te has reformado?

—Así es, querida. Desde que salí de la cárcel, no he vuelto a reincidir. Sé que yo no soy lo que tú te mereces. También lo sabía entonces. No me puse en contacto contigo cuando me detuvieron porque no quería arruinar tu vida. Me dije a mí mismo que merecías tener la oportunidad de volver a empezar, pero estos hombres dicen que tal vez estuvieras dispuesta a admitirme de nuevo si sabías que me había vuelto honrado.

—Sin duda alguna, Ricky. —Shirley se echó en sus brazos con un tintineo de cadenas—. Te he echado mucho de menos, amor mío. Tú siempre fuiste el mejor. Nunca he dejado de pensar en ti. Nunca.

—Yo no he dejado nunca de soñar contigo, cariño.

—Creo que deberíamos dejar solos a estos dos —le murmuró Josh a McCray.

—Sí, es una escena muy tierna, ¿verdad? —Miró hacia el interior de la casa—. Bueno, ¿qué te parece si me presentas a la novia? Me gustaría conocer a la mujer que me ha convertido en el único dueño de la agencia.

Josh sonrió al ver a Maggie acercarse hacia ellos. Estaba encantadora con su larguísimo vestido blanco de raso y encaje. Pensó que nunca en su vida había visto nada tan hermoso. Ella era lo que siempre había buscado; ella era su futuro.

—Estás aquí, Josh. Te estaba buscando. Es hora de partir la tarta —miró un momento a McCray—. ¿Es usted su antiguo socio?

—Soy McCray y me gustaría decirle, señorita Gladstone…

—Señora January —corrigió Josh, con sequedad.

Su amigo sonrió.

—Me gustaría decirle, señora January, que estoy impresionado. Nunca creí que ninguna mujer pudiera derretir el corazón de este hombre. Lo único que puedo decir es que debe de ser usted una mujer muy especial.

—Josh no tiene el corazón frío —se rió ella—. Es sólo que le gusta ocultar su verdadera naturaleza bajo una capa de dureza fingida.

—¿De verdad?

—Sí, así es. Sólo hay que conocerlo un poco para darse cuenta… —se interrumpió al ver a la pareja del porche—. ¿Quién es ese hombre que está con Shirley? Se están besando.

—Ricky *Ring* —explicó Josh—. Le pedí a McCray que lo buscara. Hace años que no comete ninguna fechoría y resulta que nunca ha podido olvidar a Shirley, pero creía que no era lo bastante bueno para ella. Por eso no se había puesto en contacto con ella.

Maggie abrió mucho los ojos y sonrió encantada.

—¿Y tú has hecho que viniera aquí a reunirse con Shirley? Josh, eres maravilloso, ¿verdad que es un encanto, McCray?

—Verdad —asintió el otro, irónico—. ¿Os importaría decirme dónde puedo encontrar el champán?

—Sigue el pasillo —le aconsejó Josh—. El otro novio lo está sirviendo. Lo encontrarás fácilmente; está vestido igual que yo. Puedes llamarlo coronel.

—Voy a buscarlo.

* * *

Maggie se volvió hacia Josh.

—Shirley parece muy feliz. Has sido muy amable al tomarte la molestia de encontrar a Ricky. ¿Crees que nos dejará para mudarse a Portland?

—No me sorprendería. Creo que será mejor que vayamos a partir la tarta. Odessa y el coronel estarán esperando —la cogió de la mano y se dispuso a avanzar por el pasillo.

—Josh, he estado pensando.

—¿En qué?

—En lo de nuestra sociedad. Tiene muchas posibilidades.

—Sí, creo que nos irá muy bien en la mansión.

Tenía muchos planes para la casa. McCray iba a comprarle su parte de la agencia y pensaba invertir parte del dinero en la mansión Peregrine.

Maggie lo miró con ojos brillantes.

—Yo no me refería a la casa, sino a la primera agencia de detectives de Peregrine Point.

Su marido se detuvo abruptamente.

—¿De qué diablos hablas?

—Josh, estoy segura de haberlo mencionado antes.

—No, me parece que no ha sido así.

—Bueno, ¿por qué no? —sonrió entusiasmada—. Podemos prepararte un despacho aquí mismo, en la casa. Podrás trabajar en los misterios de Adam Carlisie cuando no tengas ningún caso, lo cual será muy a menudo, porque no habrá muchos casos en Peregrine Point.

—Yo diría que ninguno.

—Bueno, supongo que habrá alguno de vez en cuando. La naturaleza humana es la misma en los pueblos que en las grandes ciudades. Y, de vez en cuando, sentirás deseos de hacerte el héroe. Es algo innato en ti.

—Maggie…

—Había pensado que podíamos llamarla Agencia de Investigación January. Y, cuando la casa me deje algún tiempo libre, te echaré una mano con tus casos.

—Caramba, gracias.

No pudo evitar echarse a reír. Todavía seguía sonriente cuando Maggie cortó el pastel de bodas unos minutos más tarde y encontró la cajita oculta en su interior.

La abrió y descubrió el broche de esmeraldas de su tía Agatha Gladstone.

—¡Josh! —Lo miró con ojos brillantes—. Lo has encontrado. Has encontrado el broche de la tía. ¿Cómo lo has hecho?

—Te he dicho muchas veces que soy un buen detective. Se me da muy bien buscar pistas.

La joven le echó los brazos al cuello en medio de los aplausos de los invitados.

—Eres el héroe perfecto —murmuró contra su garganta.

—Sí. Bueno, he aprendido que algunas veces sí compensa.

FIN

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.